9855

BIBLIOTECA SANSKRITA

SAKÚNTALA

drama del poeta indio

KALIDASA

EN SIETE ACTOS

VERSION DIRECTA DEL SANSKRIT

POR

D. FRANCISCO GARCÍA AYUSO

MADRID

1875

IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO

calle del Rubio, número 25

17

ESTUDIOS SOBRE EL ORIENTE

PROSPECTO

Los estudios filológicos orientales son, hace medio siglo, uno d los elementos más principales de las investigaciones científicas e los grandes centros literarios del mundo civilizado. La ciencia m derna viene haciendo titánicos esfuerzos por apropiarse y asimilar las ideas y conceptos, tal vez regeneradores, de las naciones d Oriente, únicas representantes de las antiguas civilizaciones, y m fieles depositarias del saber y de las tradiciones de la humanida primitiva.

¡Pero España! ¿Qué han hecho los literatos españoles en pró d la causa que agita los centros todos de la ciencia, *la causa científic literaria de Oriente*? La patria de tantos sábios, eruditos en lengua orientales que ilustraron las páginas de nuestra historia de los E tudios filológicos y orientales aún en las primeras décadas del pr sente siglo, se ha mantenido indiferente al extraordinario mov miento y cambio completo realizado en la direccion, método esencia de estas investigaciones (1).

Poner algun remedio, en lo posible, á este mal que, con otro nos deshonra y rebaja en concepto de las naciones cultas, es el pr mer objeto que con la Biblioteca de **Estudios sobre e Oriente** nos proponemos. En el menor espacio posible, en form clara, sencilla y al alcance de todo hombre estudioso presentaremo sin entrar en prolijas y enfadosas discusiones, los hechos y desc brimientos que la moderna ciencia y nuestras investigaciones pr pias nos ofrecen ya probados tocante á dichos pueblos, sus literat ras y países que habitaron.

Esto nos indica bien claro nuestro deber al llevar á cabo l publicacion que tenemos emprendida. Antes de incoar investigaci nes propias originales, debemos asimilarnos los datos y descubri mientos con que en nuestros dias han enriquecido el portentos arsenal de los conocimientos humanos sobre los pueblos orientales los filólogos y orientalistas modernos, especialmente alemanes. Qu no hemos de admitir en nuestros **Estudios** sus datos y opinione sin prévio exámen, es cosa corriente y de ello tenemos dadas pru bas (2). Educados, casi desde nuestros primeros estudios filológico en la escuela alemana, y en una de sus más célebres Universidades la de Munich, hemos adquirido algo del hábito de investigacion trabajo de nuestros eruditos y profundísimos maestros, sin perde un solo punto de la noble independencia delos buenos españoles

Pero todos nuestros esfuerzos y levantadas intenciones re sultarian estériles, si los hombres científicos y literatos que sos

---

(1) El autor de los **Estudios** que hoy anunciamos ha demostrad estos hechos con abundosos datos en su escrito *El estudio de la filolo gía*, etc.

(2) Véase *El estudio de la filología* y el juicio crítico que sobre est obra apareció en la *Gaceta Universal de Augsburgo*, reproducida e version española en los periódicos que despues se indican.

SAKÚNTALA.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/sakntaladramaens21117kali

SAKÚNTALA

DRAMA EN SIETE ACTOS

DEL POETA INDIO KALIDASA

VERSION DIRECTA DEL SANSKRIT

POR

D. FRANCISCO GARCÍA AYUSO

MADRID
IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO.
Calle del Rubio, núm. 25.

INTRODUCCION.

William Jones, el profundo y perspicaz investigador de las lenguas y literaturas asiáticas, fué el primer europeo que fijó su atencion en esta joya, que nos legó uno de los más afortunados ingenios del mundo antiguo. El sabio autor de las *Investigaciones asiáticas* vertió el drama al latin primero, y despues al idioma de su patria. La version latina quedó inédita; la inglesa vió la luz pública un año despues de su conclusion, en 1789. Los manuscritos de una y otra se conservan en la biblioteca Bodleyana de Oxford.

Muchos años pasaron sin que el original sanskrito se editase: por fin se publicó en 1830, acompañado de una version francesa y de notas en la misma lengua; una y otras debidas á la versada pluma del profesor *Chezy*, que, segun confesion propia, puso

612793

el más exquisito cuidado en la preparacion de su trabajo. Si éste no fué completo ni acabado, cúlpese más bien á la insuficiencia de los medios que á la incompetencia del que fué primer profesor de Sanskrit del colegio de Francia. Para la preparacion del texto original sólo pudo aprovechar un manuscrito; el dialecto *Prâkrito* era entónces poco ménos que *terra incógnita* en Europa, y los medios lexicográficos auxiliares eran igualmente incompletos.

De la obra de Chezy elaboró *Bernhard Hirzel* en 1833 una version alemana de nuestro drama, que reprodujo mejor que las anteriores sus bellezas. El ingeniosísimo poeta y literato *Rückert* contribuyó tambien al esclarecimiento de la obra que inmortalizó el nombre de Kâlidâsa, con sus notas críticas á la traduccion de Hirzel (1). Este favorecido vate había ya demostrado su competencia en la interpretacion y version de obras orientales, á que fué muy dado toda su vida, siendo por demas notables su traduccion de las *Makâmânt* ó trasformaciones de *Abuzaid*, del poeta y retórico Muslim, *Harîrî*, y su admirable paráfrasis de la coleccion de poesías y composiciones arábigas, titulada: *Hamâsah*.

---

(1) G. Jahrbücher für wissenschaftliche Kritik, 1834, números 101-103.

No fué sólo Rückert el poeta que fijó su atencion en las bellezas literarias y poéticas de Çakúntala. La lectura de la version Hirzel despertó ilimitado entusiasmo en *Göthe*; y aunque califiquemos de algun tanto apasionadas las palabras del inmortal autor del *Fausto*, su juicio general del drama es perfectamente exacto y verdadero. Por mi parte, más admiro la indiferencia de los modernos literatos con relacion á las bellísimas é importantes producciones del teatro indio, que el extrardinario entusiasmo que, despues de la lectura del Çakúntala, arrancó al juicioso Göthe estas palabras:

Willt du die Blüthe des frühern, die Frucht des späteren Jahres,
Willt du was reizt und entzückt, willt du was sättigt und nährt,
Willt du den Himmel, die Erde mit einem Namen begreifen,
Nenn ich Sakontala dir und so ist alles gesagt.

Es decir: «Quieres comprender en un sólo nombre las flores de primavera y los frutos de otoño; una cosa que enamora y encanta, algo que alimenta y sacia; dígote el nombre de Sakúntala y lo abraza todo.»

El poeta que despues de *veinte siglos* logra tales triunfos literarios, y sostiene comparacion honrosa y digna con los primeros ingenios de los siglos de oro de los teatros modernos, con el fecundísimo autor de *La vida es sueño*, con el ingenioso y román-

tico productor de *Hamlet*, y con el gran filósofo, vate de la moderna Europa, *Göthe*, fué un gran poeta y un talento de primer órden: sus obras reclaman lugar preferente en las bibliotecas de todo literato, y deben ser objeto de estudio al poeta que aspire á conocer los secretos del corazon humano en todas las etapas de la vida de los pueblos.

La interpretacion del SAKÚNTALA dejaba mucho que desear áun despues de los ensayos críticos de Rückert.

Al ocuparse el profesor *Brockhaus* en el exámen, comparacion y copia de varias obras manuscritas indias en las bibliotecas de Oxford y de Lóndres, llamaron tambien su atencion algunos manuscritos de ÇAKÚNTALA, escritos unos en caracteres bengaleses y en *Devanâgarî* otros. Las divergencias de estas dos clases de copias eran tan notables, que indicaban con entera evidencia dos ediciones ó recensiones diferentes. La segunda clase, Devanâgarî, contenía los manuscritos más hermosos, mejor conservados y más antiguos. Grande fué su gozo al observar esta circunstancia, porque precisamente la única edicion original hecha entónces en Europa, la de Chezy, reproducía tan sólo la recension de caracteres bengaleses. El profesor *Lassen* trata de dar á conocer este nuevo y precioso descubrimiento en sus *Institutiones linguæ*

Prâcriticæ. Otro distinguido orientalista, *Westergaard*, pasaba entónces á Lóndres para dar la última elaboracion á su precioso trabajo *Radices linguæ Sanscritæ*, y no pudo resistir al impulso de examinar una vez más los manuscritos del precioso drama. Encantado de su lectura, más agradable en la nueva forma que allí tenía que en la hasta entónces conocida, se resolvió á hacer los trabajos preparatorios para traducirle al idioma de su patria, el *danés*, y sacó nota exacta de todos los manuscritos *devanâgarî* del mismo, existentes en Lóndres. Su viaje científico á la India le obligó á suspender tan laudable terea, pero entregó, con generoso desprendimiento, todos sus trabajos, en copias, etc., al profesor *Böhtlingk*, que inmediatamente puso en conocimiento del hecho al profesor *Brokhaus*. Este distinguido orientalista, á su vez, dió una prueba más de su amor desinteresado á los progresos de la ciencia y del saber humano, remitiendo incondicionadamente á Böhtlingk todos los materiales que sobre el drama había coleccionado y compuesto, escribiéndole, al propio tiempo, estas generosas palabras: «No debo negar que alguna vez tuve el pensamiento de dar á luz la edicion ó recension más antigua del Çakúntala, pero aún había de trascurrir mucho tiempo hasta que me fuese posible

hacerlo; y en nuestros estudios la *proteccion y auxilio mutuos es una ley* á que gustosamente me someto: esto considerado, adjunto á usted todo cuanto poseo relativo al *magnífico drama.*» Las últimas palabras encierran además el juicio imparcial de uno de los más autorizados sabios sobre nuestro drama (1).

Si los españoles no quebrántasemos con tanta frecuencia esta ley de mutuo auxilio, más progresos harían la ciencia y las letras en la patria de tantos ingenios y de tantos favorecidos de las Musas.

Los nombres de los personajes del drama ocurren en los comentadores y escoliastas bajo formas diversas. Dushyanta, el esposo de Çakúntala, descendiente de Puru y padre de Bharata, es una modificacion de *Duh-shanta*, en algunos escoliastas lleva el nombre de *Dushmanta*, *Dushvanta* y *Duhshvanta*. *Priyanvadâ* es nombre compuesto que significa la que habla amorosamente, la que es amable en el trato, usado despues como nombre propio de mujer. *Anasûyâ*, compuesto de *a* y *asûya*, significa la que está libre de envidia, la que no replica, ó no es díscola. Así se llama la hija de *Daksha* y esposa de *Atri*, nombres

(1) Böhtlingk, *Kâlidâsa's* Çakúntala, introduccion, pág. VII.

muy celebrados en la mitología india. Chezy escribe *Anusûya*, siguiendo al escoliasta Çankara.

Mi presente version está hecha de la magnífica edicion original de *Böhtlingk*, habiéndome además servido de sus notas críticas, de la traduccion literal alemana que acompaña como auxiliar al texto Sanskrito, y de varios apuntes que coleccioné durante mi permanencia de *tres años* en Munich, debidos principalmente á la singular benevolencia de mi querido profesor el Dr. *Haug*. Para la composicion de las notas he aprovechado la excelente obra del inglés *G. W. Cox*; «Mythology of the Aryan nations;» II vol., 1870: la edicion y version del *Râmâyana*, de *Gorresio*, y mis propios apuntes, algunos de ellos tomados tambien de trabajos, especialmente alemanes, que hoy no tengo á la vista. He reproducido algunas notas puestas ya en el tomo anterior de la Biblioteca Sanskrita, suponiendo que la mayor parte de los lectores del Çakúntala no podrán ya adquirir el *Vikramorvaçi*.

Madrid, Enero de 1875.

Francisco García Ayuso.

SAKÚNTALA.

PRÓLOGO.

Siva, el bondadoso, proteja y conserve vuestras vidas, por los ocho séres portentosos que vuestros sentidos perciben; el que fué primera obra del Creador eterno; el que presenta á las divinas potestades el sacrificio celebrado segun leyes sagradas, y es al propio tiempo sacrificador venerable; los dos séres que determinan la sucesion de los tiempos; el que siendo perceptible lo alcanza y llena todo (1) lo que llaman los sabios

(1) Los séres y elementos á que en la invocatoria se alude son: *Fuego*, que consume el sacrificio; *Sol* ó hacedor del dia *(divakara)*; *Luna* ó hacedor de la noche *(niçakara*, que en Sanskrit es masculino); *Éter*, el más fino elemento de la creacion, que encierra la cualidad del sonido; en concepto indio; *Aire*, que contiene la propiedad del sonido y del sentimiento, como el *fuego* encierra la del calor y estas dos últimas; *Agua*, á estas cualidades junta la del gusto, como la *Tierra* contiene sobre todas ellas la del olfato ú olor.

Como se ve por las dos piezas que del *Teatro indio* vamos publicando, al verdadero *prólogo* precede siempre una *invocatoria*. *Wilson*, siguiendo á los escritores indios de más nota, opina que el *Sutradhara* ó

principio de toda semilla, y aquellos elementos por quienes los séres visibles tienen vida. (Sale el)

DIRECTOR. (Mirando hácia el fondo del escenario.) Si has terminado la *toilette*, sal á la escena y ven á mi presencia. (Sale una)

ACTRIZ. ¡Noble director! aquí estoy; manda lo que te agrade; tus órdenes cumpliré gustosa.

DIRECTOR. ¡Amable dama! Esta numerosa concurrencia, que atenta nos escucha, se compone de personas ilustradas y de saber profundo; con impaciencia esperan que dé principio la representacion del drama nuevo, en verso, obra del inmortal Kâlidâsa, titulado SAKÚNTALA. Que todos los actores desempeñen sus papeles con inteligencia y acierto, es mi deseo.

ACTRIZ. Nada se omitirá seguramente para representar con lucimiento la nueva obra de tan ilustre ingenio.

DIRECTOR. ¡Amable dama! Mi opinion en el asunto es esta. No será con verdad perfecta y acertada la representacion de una obra, si los inteligentes no salen totalmente complacidos; porque el espíritu de los hombres ilustrados desconfía de sí mismo.

---

director pronunciaba esta invocatoria y todo el resto del prólogo (*Teatro indio*, I, introduccion, pág. xxxv.); *Böhtlingk* cree, tal vez con más acierto, que el recitador de la oracion era un Brahmán, con lo que está conforme Wilson al suponer que el Sûtradhâra era de casta de Brahmánes. Terminada la invocatoria, se retiraba de la escena y aparecia el director y Sûtradhâra para dar las disposiciones inmediatas á la representacion y anunciar la pieza objeto de ésta. Tal es precisamente el contenido del prólogo en dramas indios. Para no dar por hecho probado lo que es incierto, dejamos anónimo el recitador de la invocatoria, apartándonos del método que hemos seguido en la version de *Vikramorvasí*.

El título completo de nuestro drama es *Abhigñanaçakuntalan natakam*, ó sea drama que versa sobre Çakuntala, reconocida por un objeto de recuerdo, el anillo (Böhtlingk, Kâlidâsa's Çakuntalâ, pág. 147 y *Diccionario*).

ACTRIZ. Así es; dime, pues, lo que en primer lugar ha de hacerse.

DIRECTOR. ¿Qué otra cosa sino preparar dulcemente los oidos de este muy noble auditorio?

ACTRIZ. Ya entiendo; ¿en qué estacion del año quereis que busque el tema de mi canto?

DIRECTOR. Indudablemente debes escogerle en la estacion del calor, que, sobre todas, inclina la naturaleza á los placeres, y ha tenido principio en estos dias. Entre otras cosas, ahora es tiempo de tomar los baños de agua refrescante; las brisas y los vientos de las selvas hacen brotar, como torrentes, aromas deliciosos de las suavísimas flores Patalas; dulcísimo y apacible sueño cae sobre los párpados pesados á la fresca sombra, y en la caida de la tarde todo está lleno de placer y encanto.

ACTRIZ. Escucha, pues. (Canta.) Las jóvenes amantes adornan sus graciosas sienes con flores *Sirîshas*, cuyos tiernos capullos, que poco ántes besaban con dulzura diligentes abejas, despiden suavísimos aromas.

DIRECTOR. ¡Magnífico es tu canto! ¡Oh! escuchando tus suavísimos acentos, ha permanecido el auditorio inmóvil como una estatua; los ánimos todos dan muestras de placer y de contento. Dime, tú, ¿qué pieza podríamos ejecutar que merezca sus aplausos?

ACTRIZ. El muy noble señor ha dicho pocos momentos hace que el drama titulado SAKÚNTALA era el escogido para la fiesta de este dia.

DIRECTOR. Bien has hecho en recordarme lo que ya tenía olvidado. ¿Y cómo no había de suceder así? Los dulcísimos tonos de tu canto habían con violencia arrebatado mi mente, no de otro modo que al rey augusto Dushyanta arrastró en su carrera la velocísima gacela. (Salen.)

ACTO PRIMERO.

La escena tiene lugar en unos bosques próximos á Hastinàpura, capital del rey Dushyanta.

Entra el Rey persiguiendo á una gacela con arco y flecha en la mano, seguido del cochero que dirige su carroza.

COCHERO. (Mirando á la gacela y al Rey.) Vive largos años, Rey augusto; cuando fijo en tí mis ojos, armado como estás con arco de inmensa fuerza, y de otro lado contemplo esa ligerísima gacela, me parece ver á Siva persiguiendo, como tú, á su antílope (1).

(1) SIVA.—*Siva*, apelativamente tomado, significa *bueno*, agradable, *benéfico*, dichoso. Aparece despues como nombre de una divinidad, que más bien designa una manifestacion ó trasformacion de otros séres divinos. Recibió ese nombre por eufemismo para ocultar en lo posible su carácter destructor y terrible. *Vishnu*, en sus múltiples encarnaciones, es una misma cosa con Rudra, Agni, *Siva*, Indra y otros séres celestes. Siva tiene por esposa á Durga, nacida de Agni. Armado de su arco temible persiguió en una ocasion á la gacela ó antílope de que habla el Cochero. Autores indios de los tiempos medios llaman el arco y la pesada maza de la duple divinidad, *Rudra-Siva*, *Pinaka*, cuya significacion primitiva es *baston*, *palo*.

Rey. Ciertamente; esa gacela, infatigable en su veloz carrera, nos llevaría demasiado léjos ántes de darla alcance; observa y ve cómo, desviando graciosamente su lindo cuello, fija una y otra vez su tímida mirada en la carroza, que de cerca la persigue, encogiendo fuertemente su cuerpo delicado por temor al golpe de una flecha. Sigue incontinente su rápida carrera, floreando apénas la tierra y sembrando el camino de hierba Kuça medio molida, que, jadeante de fatiga, deja caer de su boca. Ya lo ves, en un momento se ha alejado tanto, que apénas es visible.

Cochero. ¡Vive largos años! Obligado por las escabrosidades del terreno sujeté los corceles para disminuir la velocidad de la carroza; entre tanto hemos dado tiempo á que la gacela se aleje tan largo trecho de nosotros; mas ahora que pisamos terreno llano, nada te será más fácil que darla alcance.

Rey. Dices verdad; deja ya rienda suelta á los caballos.

Cochero. Sereis inmediatamente obedecido. (Acelera la marcha de la carroza.) Ya lo veis, señor. No bien he dejado libres las riendas, y ya sus penachos y crines se levantan al aire, manteniéndose inmobles como columnas; en su ligera marcha ni les toca el polvo que ellos mismos levantan, demostrando así que ni sufrir pueden el ser adelantados por una tímida gacela.

Rey. (Con júbilo.) Ciertamente; más veloces que Vishnu montado sobre sus hermosos corceles, corren mis caballos. Demuéstralo el que los objetos pequeños á la vista ordinaria se vuelven de súbito grandiosos; los que aún están distantes aparecen próximos; lo que por naturaleza es torcido se presenta recto; no hay objeto distante ni cercano; ¡tan grande es la velo-

cidad del coche! Detente y ve cómo doy muerte á la gacela. (Pone la flecha en el arco, y entre tanto dice detrás del escenario una)

Voz. ¡Eh, eh! Rey soberano; no mates la gacela, no la mates.

Cochero. (Escuchando con asombro.) Anacoretas contemplativos vienen á ponerse entre tí y la gacela, que ya apénas distaba de nosotros un tiro de flecha.

Rey. (Con premura.) Deten los caballos y veamos.

Cochero. Ya os obedezco. (Detiene el coche. Entra un anacoreta con otros dos compañeros.)

Anacor. Esta gacela que persigues es propiedad de nuestra Laura; no la des muerte, porque traspasarás la ley de la justicia. La misma ley que prohibe arrojar fuego en una bala de algodon saludable, defiende de tus flechas á este delicado cuerpo de antílope. La vida tierna de una tímida gacela no podrá resistir al más leve golpe de uno de tus dardos agudos, hermoseados con vistosas plumas. Ea, pues, vuelve la flecha mortífera á su aljaba; que tus armas han de servir para defensa de los desvalidos y no para hacer blanco contra el bueno.

Rey. Ya he retirado del arco la flecha. (Lo hace.)

Anacor. No esperaba yo otra cosa de tí, que eres antorcha luminosa de la familia de los Purus. Bien se ve que has nacido de tan ilustre cuna. Quieran los dioses darte un hijo adornado de tus virtudes, que con sus armas invencibles domine el orbe todo (1).

Comp. (Levantando las manos.) Que de tí salga un dominador del mundo es tambien nuestro deseo.

Rey. (Con una reverencia.) Hago mios vuestros votos.

---

(1) - *Puru*; antiguo y nobilísimo príncipe de la familia india, hijo de Yayati, patriarca de las tribus arias, y de *Garmishtha*. Sus descendientes se llaman *Pauravas*, y de ellos es *Dushyanta*.

ANACOR. ¡Rey poderoso! nosotros hemos salido en busca de leña para el sacrificio, y seguiremos nuestro camino hasta llenar este deber sagrado; ¿ves la hermosa Laura que se extiende á orillas del Mâlinî? pertenece á Kanvas, jefe de nuestra familia. Si más altos deberes no requieren en otro punto tu presencia, entra en ella y encontrarás hospitalidad amable y cariñosa. Y al ver cómo aquí se celebran con regularidad constante las ceremonias y actos sagrados que dan placer á los santos penitentes, conocerás hasta dónde alcanza la proteccion de tu brazo valeroso, marcado con las señales que en él han estampado las vigorosas cuerdas de arcos de guerra.

REY. ¿No está léjos el jefe de familia?

ANACOR. La bella Sakúntalâ tiene por el momento el cargo de recibir con bondad atenta á los huéspedes, porque el jefe, su padre, se ha visto precisado á salir para Sômatîrtha con el fin de aplacar á un malicioso destino de la preciosa niña.

REY. Está bien. (Aparte.) ¡La veré, pues! y la hermosa jóven hará presentes al noble Rishí mis atentos respetos.

ANACOR. Partamos nosotros. (Sale con los discípulos.)

REY. Auriga, pon el coche en marcha. Hoy nos purificaremos con la visita á la sagrada Laura.

COCHERO. Ya está cumplida vuestra órden soberana. (Hace marchar la carroza.)

REY. (Observando el recinto.) Señales evidentes se ven de todos lados de que este lugar frondoso y bello es morada de contemplativos penitentes.

COCHERO. ¿Cuáles son, señor, esas señales?

REY. Pues qué, ¿no las tienes delante? Vuelve los ojos de este lado donde por el suelo yacen granos de arroz tirados por hermosos papagayos que tienen su morada en el corazon de estos ár-

boles; allí se ven gruesas piedras usadas para triturar los frutos-sagrados de la planta *Indushí*; lindas gacelas corren confiadas por la selva sin que el grave ruido de las piedras acelere ó perturbe su graciosa marcha; en los caminos que parten de los estanques se ven señales del agua que destilan los bordes del hábito de venerables penitentes.

COCHERO. Todos son indicios de un lugar santo y sagrado.

REY. (Despues de una breve pausa.) La presencia de la carroza podría perturbar á los habitantes de la hermosa Laura; para evitar esta molestia quédate aquí y yo seguiré solo.

COCHERO. Ya estais obedecido: puede V. M. bajar á tierra.

REY. (Baja.) En el sagrado recinto, habitado por penitentes, no debe penetrar el fausto y la opulencia: guarda tú mis ornamentos reales hasta mi vuelta. (Se los entrega con el arco.) Baña tambien los caballos en tanto que dura mi visita á los moradores de la selva.

COCHERO. Sereis en todo obedecido. (Sale el cochero con la carroza.)

REY. (Da alguuos pasos observando.) Esta es la entrada á la deseada Laura; puesto que nada hay que me detenga, penetraré en ella. (Se detiene un momento, y dice con énfasis y accion misteriosa.) Las pasiones del mundo no tienen entrada en este lugar, donde el silencio y la virtud imperan; y, sin embargo, mis piés vacilan y mis brazos tiemblan. ¿Qué influencia produce en mí tan singular estado? ¿Qué espero aquí? ¿Qué me detiene? ¡Las puertas del porvenir están abiertas á todos los mortales!...

VOZ. (Detrás del escenario.) ¡Por este lado, aquí amigas mias!

REY. (Escucha.) Por este lado derecho de la alameda

oigo ruido de voces: voy hácia ese punto... ¡Hola! Son las hijas de los Rishís, que con bonitas regaderas, pequeñas como sus lindas manos, se acercan á refrescar las tiernas plantas. (Las contempla algunos instantes.) ¡Encantadora y llena de fuego es su mirada!... Si esta belleza, que por completo ofusca la más radiante hermosura de los Serrallos de los reyes, se alberga entre las hijas de humildes penitentes, ¿qué de extrañar es si las lianas de estos jardines aventajan á las más lindas flores de mis verjeles? Bajo esta apacible y fresca sombra observaré lo que pasa. (Se pone á la sombra. Entran Sakúntalá y sus amigas en la ocupacion indicada.)

SAKUNT. Aquí, aqui, amigas mias.

ANASUYA. Parece, amiga Sakúntala, como si el gran hijo de Kaçyapa tuviese más cariño á los árboles de su Laura que á tí, su hija amada; eres tierna como la flor delicada del jazmin y no te dispensa de regar estos árboles y plantas.

SAKÚNT. No sólo por obeder el mandato del padre hago esto; son para mí estas plantas y flores como hermanas. (Riega los árboles.)

REY. ¿Qué escucho? ¿Esta es la hija de Kanva? Ciertamente; el venerable Kaçyapa se muestra severo al encomendar á tan hermosa y delicada criatura oficios tan penosos. El Maestro Rishí, que tenga el intento de acostumbrar á penitencias contemplativas un cuerpo que en su natural sencillez arrebata y enamora el alma, es comparable á uno que se empeña en cortar plantas trepadoras con el filo de una hoja de flor Lotos. ¡Pero tengamos un poco de paciencia! Oculto detrás de estos arbustos gozaré el placer de contemplar su belleza sin ser visto.

SAKÚNT. Amiga Anasûya; este vestido que me ha puesto Priyanvadâ me oprime fuertemente; ven y aflójamele un poco.

ANASUYA. Serás complacida. (Lo hace.)

PRIYANV. El vigor de la juventud, que hace crecer tu cuerpo, es la causa de eso, no yo.

REY. Tiene razon la jóven. Los graciosos adornos que cubren sus hombros, y el velo que oculta sus lindos pechos, son como nubes puestas delante de un cuerpo lleno de encanto y hermosura, encerrado en ellas como la bella flor en el fondo de una hoja seca y marchita. No hay duda que sienta mal á sus juveniles encantos el vestido de penitente, impropio de tanta belleza. Pero, ¿qué digo? La flor Lotos no es ménos hermosa cuando sobre ella se levanta osada alguna planta de las aguas: las manchas que cruzan los hemisferios de la luna acrecientan más y más su belleza; la de esta niña brilla con nuevos encantos á traves del austero ropaje de penitente: nada hay capaz de ofuscar la hermosura verdadera.

SAKÚNT. El árbol Kêçara me está llamando con sus ramitas á manera de tiernos dedos mecidos por el viento; voy hácia él sin detenerme. (Lo hace así.)

PRIYANV. Quédate como estás un momento, Sakúntala querida; al lado del árbol Kêçara pareces una hermosísima Liana estrechada por verdes y delicadas ramas.

SAKÚNT. No engaña tu nombre; con razon te llamas Priyanvadâ (1).

REY. Las palabras de Priyanvadâ encierran tanta verdad como finura. Sus labios ostentan el carmesí de tiernos capullos de rosa; sus lindos brazos son como delicadas ramitas trabajados por arte divino; hechizos infinitos encierra su cuer-

---

(1) PRIYANVADA. Véase lo que sobre este nombre dejamos dicho en la Introduccion, y se comprenderá el juego de palabras que Çacúntalâ emplea.

po, lindo y gracioso como una flor de primavera.

ANASUYA. ¡Sakúntala querida! Aquí está la flor Navamâlikâ, por tí llamada *luna de las selvas*, que libremente eligió por esposo á Sahakâra; veo que la tienes olvidada.

SAKUNT. Antes me hubiera olvidado de mí misma. (Se acerca á la planta.) ¡Oh, amiga Anasûya! Acércate y mira. Impulsados por las delicias de la estacion, se han unido, como dos amantes, la Liana y el árbol. Nuevas flores brotan sin cesar de la luna de las selvas, que dan testimonio de su vigor y lozanía; Sahakâra despierta más y más el apetito con tiernos ramitos que constantemente se renuevan. (La contempla por algunos instantes.)

PRIYANV. No sabes, amiga Anasûya, por qué Sakúntala contempla, henchida su alma de placer y encanto, esta planta que llama *luna de las selvas?*

ANASUYA. Lo ignoro, ciertamente; cuéntamelo.

PRIYANV. Porque, al ver á la luna de las selvas abrazada estrechamente á un árbol vigoroso que la da nueva hermosura, piensa si ella misma logrará conquistar el corazon de un amante que de nuevo esplendor á su belleza.

SAKÚNT. Más bien me parece que esas palabras revelan tus propios deseos. (Riega la planta.)

REY. ¿No podria suceder que esta bella descendiese, por su madre, de la nobilísima casta de guerreros? ¿Pero á qué atormentar mi corazon con tales dudas? Firmemente debo creer que posee las mejores cualidades para esposa de un guerrero, por cuanto mi corazon altanero se siente arrebatado hácia ella, suave pero irresistiblemente; y por fin, en casos de duda, *la norma de accion para los buenos es el juicio de su conciencia*. Esto no obsta para que yo busque la verdad en el asunto.

SAKÚNT. (Con turbacion.) ¡Ay! una abeja huyendo del agua se levanta de la flor *Navâmalikâ*, y vuela furiosa contra mi rostro. (Hace como si hubiese recibido daño.)

REY. (Con ansiedad.) Dichosa tú, dulcísima abejilla, al tocar una y otra vez sus lindos ojos, que inquietos y tímidos se mueven á todas partes; zumbando suavemente, vuelas apacible en rededor de sus oidos, como solicita por comunicarla un secreto; constante y sin ceder al empuje de sus blancas manos que te alejan, bebes néctar de su boca, que es conjunto de todas las delicias. Tú, fuente inagotable de dulzuras, obras con acierto; yo, mísero potentado de la tierra, me esfuerzo en vano por buscar la verdad de mi ventura!... ¡Oh! ¡hasta los movimientos que ejecuta á impulsos de su dolor y de su angustia encierran infinito encanto! Sus bellísimos ojos deslumbran al huir de la abeja que les persigue. Contra su voluntad, aprende hoy el juego amoroso de los ojos, con el movimiento de sus graciosas cejas; y no está su corazon enamorado!

SAKÚNT. No se da por vencido el atrevido animalillo... por fin habré de abandonar este sitio. (Da algunos pasos.) ¡Cómo! ¿Aquí tambien me persigue? Venid en mi auxilio y libradme de esta importuna y maléfica abejilla que me tiene abatidas las fuerzas.

AMIGAS. (Sonriendo.) ¡Pues qué! ¿acaso es deber nuestro prestar auxilio? Anda y pide socorro á Dushyanta. Las Lauras de los Solitarios y Rishís están bajo la proteccion de los augustos reyes.

REY. Bien dicho: este es el momento oportuno de presentarme á ella. (A media voz.) No temais. (Aparte.) Pero... no... de este modo pronto conocerian que soy el rey. ¿Mas qué puede importarme que así sea? Las hablaré resueltamente.

SAKÚNT. (Da algunos pasos y de nuevo se detiene.) ¡Bah! ¿tambien aquí me va siguiendo?

REY. (Sale apresuradamente de su retiro.) ¿Quién se atreve á cometer desmanes contra tímidas moradoras de una Laura tranquila, reinando en la tierra *Pâurava*, que mantiene en sumision y respeto á los malvados? (Al ver al Rey se muestran asombradas.)

ANASUYA. ¡Rey soberano! No se ha cometido aquí injuria ni desacato: únicamente esta amiga nuestra se ha llenado de espanto al verse perseguida por una abeja.

REY. (A Sakúntala.) ¿Cómo pasais la vida en el retiro (1). (Sakúntala está como atemorizada y sin articular palabra.)

ANASUYA. Bien, como nunca, puesto que nos ha cabido la honra de servir á tan ilustre huésped. Amiga Sakúntala; anda y trae de nuestro aposento frutos frescos con el argha (2). Esta os servirá de agua para los piés.

REY. Con tan finas atenciones habeis ya cumplido todos los deberes de la hospitalidad más delicada.

PRIYANV. Si rehusais lo ofrecido, tomad, al ménos, asiento en este banco, y bajo la sombra apacible y fresca de un Saptaparna (3) descan-

---

(1) Es el saludo con que se recibe á los Brahmánes.

(2) ARGHA. Significa propiamente *valor*, precio. Despues se usó *para designar un* REGALO *ó presente, con que se recibia á* personas de categoría, y una especie de ofrenda que se hacía á los dioses. Se compone de *arroz*, hierba Dûrva (Panicum dactilon, segun Wilson, ó *Agrostis linearis*, segun otros); cierta flor y agua. Tambien parece que designa el presente llamado *Maduparka*, que se componia ordinariamente de leche con miel ó con manteca, y se ofrecia á los huéspedes nobles, practicando ciertas formalidades. Diccionario Sankrito de Bötlingk y Roth bajo la palabra citada. *Lenz*, Apparatus criticus ad Urvasiam, pág. 8.

(3) SAPTAPARNA, es la *Astonia scholaris*, segun Colebrooke, y *Echites scholaris*, segun Wilson. Del texto se desprende que puede dar sombra á muchas personas, ó que del mismo sale material para construcciones.

sareis algunos momentos de las penosas fatigas del camino.

REY. Con más motivo estareis vosotras fatigadas de trabajo tan molesto.

ANASUYA. Amiga Sakúntala, deber nuestro es mostrarnos amables con el que nos visita. Sentadas á su lado le haremos compañía. (Se sientan.)

SAKÚNT. (Aparte.) ¿Qué es esto? Desde que mis ojos vieron á este príncipe, siento en mi corazon un impulso apasionado que no está en armonía con los deberes de la vida solitaria.

REY. ¡Oh! ¡cuán dulce y llena de encanto es vuestra amistad! sois igualmente jóvenes y bellas.

PRIYANV. (Aparte á Anasûya.) Quién podrá ser este personaje. Sus maneras son delicadas y nobles; sus actos mesurados y profundos; sus palabras interesantes y cariñosas. Indudablemente su alcurnia es ilustre y elevada.

ANASUYA. Amiga mia, tambien se ha despertado en mí curiosidad de saber este misterio. ¿Y qué? le preguntaré y lo sabremos. (Alto al Rey.) La confianza que me inspiran las amables palabras que de vuestros labios hemos escuchado, me da valor para dirigiros una pregunta. Decidme: ¿qué familia ilustre tiene la gloria de contaros entre sus hijos: qué nacion y qué vasallos tienen la dicha de llorar hoy vuestra ausencia? ¿Qué causas han enderezado tus pasos á una Laura de solitarios y penitentes, donde á tu delicado y noble cuerpo sólo privaciones esperan?

SAKÚNT. (Aparte.) No te atormentes, corazon mio: tu amiga se ha hecho eco fiel de tus afecciones y sentimientos.

REY. (Aparte.) ¿Qué hago? ¿Habrá llegado ya el momento de darme á conocer á mi amada? Sea, pues; les manifestaré sólo una parte del secreto. (Alto.) Señora mia, me trae á vuestro lado una mision con que se ha dignado honrarme el

rey augusto, descendiente del divino Puru. El objeto de mi visita es, ver si las sagradas ceremonias y actos religiosos se celebran en vuestra Laura sin interrupcion ni desacato.

ANASUYA. Y cómo no, si nos protege tan poderoso brazo. (Observando la turbacion y ansiedad de Sakúntala y el interes de Anasûya, dicen las dos.)

AMIGAS. (Aparte.) ¡Si el padre estuviese presente, Sakúntala!

SAKÚNT. (Con enojo.) ¿Qué pasaría?

AMIGAS. ¡Nada! Que en todos sus actos trataría de dar contento á tan ilustre huésped.

SAKÚNT. Andad, léjos de mi presencia. Vuestro corazon oculta injustos recelos. No quiero escuchar más tiempo vuestras enojosas palabras.

REY. Ahora me toca á mí haceros una pregunta con relacion á vuestra amiga.

AMIGAS. Príncipe ilustre; en ella recibiremos de tí favor señalado.

REY. El venerable Kaçyapa vivió siempre en religiosa y austera continencia; esto es de todos conocido. ¿Cómo, pues, llamais hija suya á esta vuestra amiga encantadora?

ANASUYA. Escucha un momento, noble príncipe: En esta Laura vivió un Rishí, de régia estirpe, varon santo y poderoso, cuya familia lleva el nombre de *Kânçika*.

REY. Así es; prosigue.

ANASUYA. Precisamente de este ilustre sabio desciende nuestra amiga. Huérfana desde su tierna infancia, fué recogida en esta Laura por Kaçyapa, que la hizo criar y despues la educó como á su nobilísima alcurnia corresponde: por eso le llaman padre de la jóven princesa.

REY. Tus palabras despiertan más y más mi curiosidad; cuéntame la historia de esta niña, desde su nácimiento.

ANASUYA. Serás complacido; estáme atento. El

príncipe y Rishí, de la familia de los *Kâñçikas*, se ocupó durante largos años en austerísimas penitencias. Tal era en él la virtud del Tapas (1), que los mismos dioses inmortales tuvieron envidia y celos, y en su despecho, enviaron á *Mênakâ*, Apsara celeste, para que presentándosele en su belleza seductora, entorpeciese la práctica de sus actos meritorios.

Rey. Ciertamente; antiguas leyendas nos enseñan que las penitencias, plegarias y virtud contem-

---

(1) Tapas. Significa propiamente *calor*, *fuego*, ardor de la raíz. S. *top*. arder, quemar; lat. *tepeo*, gr. *taf*, *zapto*, ruso *tepl'* caliidus, *teplota* calor, al. ant. *dampf*. Designó despues los ardores ó fuegos á que el asceta-penitente-contemplativo (todo esto es el que practica el Tapas), se somete, durante la estacion del estío principalmente; á saber: cuatro segun las cuatro direcciones que pueden señalarse en el mundo, y el *Sol* que envía sus rayos desde lo alto. Pero el Tapas supone, además, en el que le practica, absorcion completa de la inteligencia en un objeto dado, en un sér diviuo, en la virtud, que se logra mediante austerísimas y prolongadas penitencias y mortificaciones de todo género, cuyo resultado es subyugar la naturaleza librándola de pasiones y removiendo más y más los obstáculos que de la divinidad la separan. Y la virtud de los que llegan á este grado es tan poderosa y tan infalibles sus resultados, que los dioses se sobresaltan ante la posibilidad de que un hombre domine hasta ese punto su sér y sus inclinaciones, como que la virtud del Tapas en caso semejante, le conquistaría *seguramente* un lugar entre los inmortales. De aquí el que los dioses, alarmados de la virtud de algun celebrado Rishí, enviasen á las Apsaras ó Ninfas del Olimpo á que se presentasen á los Rishís ó penitentes, y perturbasen por la fuerza irresistible de sus divinos encantos las prácticas del Tapas. Las Ninfas llevaban de ordinario especial encargo de acceder á todas las proposiciones de los anacoretas vencidos: la conquista era segura; los resultados fatales para el *Tapasvin* (practicador de Tapas), que perdía casi toda su virtud, adquirida á costa de tantos sacrificios. Muchos héroes, celebrados en la mitología y en las leyendas populares indias, nacieron de estos tratos, aumentando así la raza semidivina entre los hombres.

plativa de los Rishis, despiertan en los dioses cierto miedo y celoso despecho.

ANASUYA. Pues bien; en un dia apacible de primavera, tuvo el venerable Solitario la mala suerte de contemplar la belleza fascinadora de la Ninfa.

REY. No digas más; lo he comprendido todo. Sakúntala tiene por madre á una Apsara divina.

ANASUYA. Justamente.

REY. Y no podía ser otra cosa. (Aparte.) ¿Cómo había de nacer de hombre y mújer terrestres, belleza tan lozana y seductora? ¡No se levanta de la tierra el rayo vibrando en ráfaga de fuego! (Sakúntala permanece con los ojos enclavados en el suelo.) Animo, corazon mio; he logrado saber estos hechos que tan vivamente me interesaban. Mas ahora asaltan á mi espíritu nuevas y más terribles dudas. Pocos momentos hace hablaban éstas sus amigas de amor de Sakúntala y de un dichoso amante que respondía á su cariño.

PRIYANV. (Mirando con sonrisa á Sakúntala y despues al príncipe.) Noble guerrero, parece que deseabais decir alguna cosa; hablad francamente. (Sakúntala hace con el dedo una señal amenazadora á su amiga.)

REY. Bien has pensado, noble niña. El plácer que siento al oiros hablar de la vida tranquila y virtuosa que aquí se lleva, me impulsa á dirigiros nuevas preguntas.

PRIYANV. Pues no debeis ocultar los sentimientos de vuestro corazon generoso. A las jóvenes entregadas á una vida de piedad y penitencia podeis hablar sin rodeos ni ambajes.

REY. Quisiera, primeramente, saber si tu amiga Sakúntala está obligada á seguir este género de vida, que prohibe las relaciones de amantes tan sólo hasta que sea llegada la época de su dulce himeneo, ó si ha de vivir para siempre en soledad penosa, teniendo por únicas compa-

ñeras á las gacelas de la selva, llenas de encanto, como ella, por la belleza de sus ojos.

PRIYANV. ¡Príncipe augusto! Esta niña no obedece aún á voluntad propia en la práctica de sus deberes. Pero la intencion de su maestro es darla en matrimonio á un esposo digno de su cuna y de sus prendas.

REY. (Aparte.) Mis aspiraciones, por lo tanto, llegarán á cumplirse. Alégrate, corazon mio, en tus esperanzas: tus dudas se han disipado como tinieblas ante los rayos del divino Sûrya (1); lo

---

(1) SURYA.—*Sol.*—De lo mucho y extravagante que la mitología ha dicho sobre el astro del dia, sólo apuntaremos aquí lo más indispensable para venir en conocimiento de los atributos que le dió el indio, y de las fantásticas creaciones á que dió orígen este concepto primitivo.

Antiguos poetas nos pintan con frecuencia al Sol desnudo y á su casta esposa la Aurora, que se ocultaba el rostro cuando veía á su esposo en esta forma. Tan pronto como *Surya* termina su carrera por el orbe en busca de su amada, se le presenta de nuevo la esposa en el Crepúsculo para conducirle á los dorados asientos de los inmortales. El Crepúsculo no es tal vez otro que la misma Aurora.

La imaginacion de los poetas antiguos veía fidelísimos ecos de sus propios sentimientos y afecciones en los fenómenos naturales, que contemplaba sin estudio en toda su belleza y encanto, libres de ficcion y engaño, como sus propios amores, creando así los mitos, como en otro sentido dejaba consignadas, sin darse cuenta de su trabajo, preciosas páginas de la historia de los primeros hombres de su tribu en las voces del lenguaje. Las fábulas y los héroes solares fueron entónces fuente inagotable de ficcion y de poesía.

Cuando al terminar un triste dia espiraba el sol en el lejano Occidente, buscando tal vez aún á su amada de Oriente; cuando se abrían los cielos para dar salida á la imágen gloriosa de la aurora, el poeta remontaba infinitamente más allá su fantasía en la contemplacion de estos fenómenos, y venía en conocimiento de la idea de otra vida, de que tal vez tenía vagos recuerdos tomados de las tradiciones del pueblo, donde tambien él podría encontrar el objeto de su amor y de sus ayes, que poco ántes habia perdido.

que juzgabas inasequible como fuego, es preciosa joya que adorna y produce placer con su presencia.

El Sol abandona á la Aurora, y muere al fin de cada dia, obedeciendo las leyes de un destino inexorable: la naturaleza toda parece llorarle en sus tinieblas. Así metamorfoseaba la imaginacion fecunda del poeta éstos fenómenos naturales, personificaba los séres que en ellos obran, y acababa por idealizarlos y divinizarlos, creando además, á imitacion de estas acciones trágicas ó cómicas de que la naturaleza presenta el bosquejo, poemas grandiosos en que obran como actores hombres, genios y dioses.

El Crepúsculo (femenino en sanskrit como en aleman) era la nodriza que hacía dormir á *Surya* con sus canciones y arrullos.

Los poetas indios representan además á los dias como el rebaño del Sol, que marchaba de un punto á otro, dando así lugar á los intervalos nocturnos, durante los cuales entra el rebaño en su establo. Tambien Homero nos dice que *Hélios* tenía siete rebaños de bueyes de 50 cabezas cada uno, ó sea 350, que representan los dias del año. Y los 720 gemelos del Rigveda (I, 164, 11) no son otra cosa que la suma de los dias y las noches del año.

Los nombres diversos y simbólicos con que se designaba al Sol en los idiomas primitivos, dieron nacimiento á un mundo de mitología. El sol vivificante de la primavera tenia distinto nombre que el abrasador del estío y el apacible de otoño. Creáronse expresiones, nombres y frases para significar ciertos fenómenos solares, cambios de las estaciones, dias y noches que con el tiempo se bicieron proverbiales, simbólicas y tradicionales. Pero al juzgar de este modo muchos hechos que consignan los antiguos mitos, guardémonos de llevar el simbolismo al extremo de negar la existencia real de ciertas personalidades históricas que dieron nacimiento al tejido laberíntico de fábulas que forman las mitologías india, griega, latina, y las tradiciones más ó ménos históricas de los pueblos indo-europeos. El gran investigador Max Müller se deja llevar no poco de este escepticismo histórico que, consecuentemente aplicado, borraría en breve del catálogo de las celebridades antiguas, nombres que han merecido la veneracion de los siglos; Confucio, Visvamitra, Purûravas, Valmiki, Ciro, Rómulo y tantos otros, quedarían convertidos en séres fantásticos, emanados de un símbolo primitivo, bábilmente explotado y

SAKÚNT. (Con enojo.) Anasûya, no puedo más sufrir esto; me retiro.

ANASUYA. ¿Por qué causa?

SAKÚNT. Voy á informar á la venerable Gautamî de las necias palabras que habla Priyanvadâ.

ANASUYA. Amiga mia, no es conveniente que te marches por tan ligera causa, sin haber obsequiado al ilustre huésped que hoy honra nuestra Laura. (Sakuntala hace ademan de salir.)

REY. (Está á punto de impedirlo, pero de pronto retrocede.) ¡Oh! ¡Cosa extraña! ¡El que de vêras ama, demuestra el ardor de su corazon hasta en los movimientos del cuerpo! El amor me impulsaba á seguir los pasos de la hermosa hija del sabio y noble Rishi; el decoro y la modestia contuvieron mi marcha; pero sin haber movido los piés, me parece como si ya hubiese vuelto.

PRIYANV. (Detiene á Sakuntalâ.) No es decoroso, amiga mia, que ahora nos abandones.

SAKÚNT. (Con enojo.) ¿Por qué no?

PRIYANV. Me debes aún el riego de dos árboles: anda, pues; págame esta deuda y luego puedes retirarte.

---

manejado por algun poeta diestro y caprichoso; no hablemos de Perséo, Deukalion, Manu, Edipo, Páris y otros cuya personalidad se destaca sólo muy débilmente por entre el negro manto de la fábula. Lo que realmente se desprende del estudio y comparacion de los mitos antiguos, es que la mitología formó sus héroes de tipos reales y personales, tomados de las tradiciones populares, tan vivas y seguras en el mundo antiguo como la historia en el moderno. Pero nos olvidamos que escribimos una nota y no un tratado de mitología: volvamos al mito de *Surya*.

Es el ojo de Mitra, Varuna y Agni: su irresistible poder es muy superior al de cualquiera de estos dioses. Soma es padre de Sûrya, y con el gran Indra le dió su esplendor y brillo. En la Aurora, su esposa, tenemos tal vez el orígen del mito Yokasta, madre y esposa de Edipo. En el primitivo Trimurti ocupaba el tercer lugar con Agni y Vayu. Siete yeguas hermosas tiran de su carroza.

Rey. Bella Priyanvadâ, vuestra delicada amiga está precisamente abatida de cansancio por el trabajo de regar las plantas. Sus tiernos hombros, decaidos por la fatiga; sus lindas y blancas manos, enrojecidas por el manejo de la pesada regadera; su respiracion, extraordinariamente agitada, se manifiesta en las fuertes conmociones de su gracioso pecho; preciosas gotas de sudor rodando sobre su bellísimo rostro, caen, como perlas, sobre el adorno de flor *Cirîsha*; con tímida mano sostiene hermosos y larguísimos cabellos, que perdida la banda, caen sobre la espalda en desórden gracioso. Si permites el cambio, yo pagaré gustoso esta deuda. (Entrega á Sankúntala su anillo; las amigas cambian miradas de asombro despues de haber leido en él un nombre.) Vuestras miradas revelan infundada sospecha: tal vez me tomais por otro de lo que soy. Este anillo es un don del rey, mi señor, de quien soy servidor obediente.

Privanv. Entónces no es justo que el anillo pase á otro dedo que no sea el tuyo. En cuanto á mi amiga, la perdono la deuda, en consideracion á tu amable ofrecimiento. (Con sonrisa.) Sakúntala mia, libre estás de tu deuda por mediacion de este noble guerrero, ó mejor dicho, de nuestro rey augusto. Ya puedes retirarte.

Sakúnt. (Aparte.) Saldré de aquí si mi corazon lo consiente. (Alte.) En cuanto á retirarme, no pediré consejo á quien no tiene autoridad para despedirme ó retenerme en este sitio.

Rey. (Aparte, despues de cruzar una mirada con Sakúntala.) ¡Y qué! ¿hallará mi amor tan benévola acogida en el corazon de mi amada como en el mio tuvo ella? Pero... ¿no he logrado ya el principio de mis deseos? ¿Qué puede turbar mis aspiraciones? Es verdad que no se ha dignado cambiar conmigo una palabra, pero, aunque fingiendo

volver á otro lado el rostro, presta oido atento á mis sonidos, y fija en mí sus lindos ojos con ternura. (Detrás del escenario.)

Voz. ¡Eh! ¡Eh! Solitarios: estad dispuestos y preparados á la defensa del interior de las Lauras: el Rey Dushyanta, entregado á la diversion de la caza, ha penetrado en el sagrado recinto. El polvo levantado por la herradura de sus caballos cubre los hábitos y vestidos que cuelgan de las ramas de los arboles, y elevado en forma de nube oscurece la luz del divino Sûrya, y cae como rebaño de langosta, sobre las plantas de las Lauras y de la selva. Un elefante asustado por el ruido y el tumulto se lanzó á velocísima carrera, y dejó un colmillo enclavado en el tronco de un árbol robusto; pero impulsado por el dolor agudo, se levanta de nuevo hasta sentirse aprisionado por plantas trepadoras que fué arrancando en su veloz carrera y rodean sus piés robustos como cuerdas. Más y más aturdido, al ver la carroza, penetra en nuestra Laura, llevando á todas partes la perturbacion y el espanto, y esparciendo los rebaños de gacelas que allí moran.

Rey. (Las jóvenes dan señales de inquietud. Aparte.) ¡Oh, desgracia! Los cortesanos vienen en busca mia, y ponen miedo y espanto en el ánimo de los Rishís contemplativos. (Alto.) Voy corriendo; saldré al encuentro de estos perturbadores.

Amigas. ¡Noble señor! Este suceso que pasa en la selva nos infunde miedo: con vuestro permiso nos retiramos á nuestros pabellones.

Rey. Vivid tranquilas: yo cuidaré de que ningun mal venga á vuestra Laura.

Amigas. (Se levantan.) El recibimiento poco digno que hoy os hemos hecho nos mueve á pediros que nos honreis pronto de nuevo con vuestra presencia, y nos dareis ocasion de enmendar tan

grave falta; avergonzadas estamos de no haber obsequiado mejor á tan ilustre guerrero.

Rey. No hableis de este modo: por muy honrado me tengo con sólo haber visto á tan nobles y bellas damas.

Sakunt. ¡Ay! Anasûya querida; una espina de Kuça se ha introducido en mi pié; y el vestido se ha enredado en una rama de *Kuravaka*. Por favor, esperad á que me haya quitado estos enredos. (Fingiendo hacer lo que dice, dirige al Rey una mirada amorosa, y sale despues con sus amigas.)

Rey. No puedo, por ahora, resolverme á volver á mi corte. ¿Qué hacer? Iré á encontrar á mi servidumbre y les mandaré alojar no léjos de la Laura. Mi memoria no podrá olvidar un solo instante á Sakúntala. No debo alejarme de mi amada. Porque apénas doy un paso para salir de esta deliciosa morada, cuando la imaginacion me arrastra á ella, cual paño de bandera llevado contra la corriente de los vientos. (Salen todos.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Entra el Bufon, haciendo ademanes de pesadumbre y de cansancio.

Bufon. ¡Qué desgraciada suerte la mia! En su fuerte pasion por las diversiones de la caza, el Rey mi amigo, me desprecia y me deja en el más cruel abandono. ¿Y qué distracciones nos ofrece? Aquí salta una gacela; allí corre un jabalí furioso; de este lado sale un tigre, y así pasa uno los dias, semejante á las fieras, entre árboles, plantas y malezas, que en la estacion presente dan escasa sombra, corriendo desalentado y sin término fijo por la selva. Y para apagar la sed devoradora sólo se encuentran aguas torrenciales que bajan de la montaña, amargas y enturbiadas por las hojas secas que les sirven de manto. Por alimento apénas si se obtiene otra cosa que carne asada en parrillas, y esto fuera de las horas ordinarias. A mi cuerpo lastimado por el constante correr en pos de los caballos, no puedo concederle siquiera el tiempo preciso para el descanso durante las horas de la noche. Porque no bien la aurora anuncia la llegada del divino Sûrya, cuando

estos hijos de esclavas con un estrépito y gritería que conmueven los espacios de las selvas, me arrancan de los brazos del dulcísimo sueño. Pero no acaban aquí mis penas; ántes bien sobre la antigua llaga se ha levantado una nueva ampolla. Ayer mismo, en un momento en que el príncipe se adelantó á la servidumbre persiguiendo á una gacela, penetró en el recinto de las Lauras y vió, para desgracia mia, á una hermosísima niña, llamada Sakúntalâ, hija de un solitario santo y de régia estirpe. Cautivado por esta belleza, ni remotamente hace intencion de volver á la ciudad, su corte. Esta mañana, cuando la aurora alumbró sus régios ojos, pensando estaba en ella. ¿Qué resolucion tomaré?... Voy á ver si ha hecho ya la purificacion sagrada. (Da algunos pasos mirando como receloso.) ¿Pero qué veo? Allí viene el augusto amigo rodeado de lindas jóvenes que llevan el arco, aljaba y flechas, sus sienes ceñidas con guirnaldas de hermosas flores de las selvas. Bien pues; aguardaré en este lado y haré como si estuviese cojo por la fractura de una pierna: tal vez alcanzaré con esta estratagema algun reposo. (Entra el Rey con el acompañamiento indicado.)

Rey. No es empresa fácil lograr la posesion del corazon amado: pero no retrocedo en la demanda. Mi espíritu se siente impulsado hácia ella con vigor creciente, cada vez que mis ojos la contemplan. El amor no ha llegado aún á su término, pero ya nuestros corazones se gozan con placer inagotable en su cariño... (Con sonrisa.) ¡Mísero de mí! Así entretiene sus propias ilusiones el amante, suponiendo que los pensamientos del sér amado son la reproduccion de los deseos de su corazon impaciente... Mas yo puedo seguramente pensar de esta manera: su mirada, en mi presencia, era dulce y amorosa,

aunque el decoro la obligase á volver de mí sus lindos ojos; en su andar lento y mesurado movía con infinita gracia su talle esbelto, como si ya estuviese instruida en juegos de amor; cuando su amiga la detuvo para evitar su salida, se revuelve contra ella y la reprende con finura inimitable. Todo esto por mí lo hacía... ¡Oh! ¡ilusion terrible! Siempre el amante se cree causa y término de todos los actos de la amada.

BUFON. (Está como ha dicho.) ¡Amigo y señor mio! Imposibilitado de piés y manos, sin poder accionar ni dar un paso, perdona si únicamente de palabra te saludo.

REY. ¿De qué procede esa rigidez que te impide ejecutar los más precisos movimientos?

BUFON. ¿Cómo preguntas por el orígen de las lágrimas, tú, que has perturbado el reposo de los ojos?

REY. No entiendo tus palabras.

BUFON. ¿Cuando la caña *Vétaça* imita, por su posicion, las formas del jorobado, lo hace por virtud propia ó por ceder al empuje violento de las aguas?

REY. La corriente del rio produce semejante daño.

BUFON. Exactamente; lo mismo haces tú conmigo.

REY. Explícate; no entiendo lo que dices.

BUFON. Has abandonado los deberes de Rey para vivir en este sitio agreste, haciéndote semejante á las fieras que pueblan las selvas. Y en tanto, yo, obligado á seguir sin descanso la pista de animales silvestres, sufro las consecuencias y me encuentro en tan lastimoso estado, que ya no soy dueño de mi cuerpo. Atendidas estas razones, me atrevo á suplicaros permiso para retirarme un solo dia á descansar de mis fatigas.

REY. (Aparte.) Precisamente me pides lo que yo deseaba concederte. Desde que la hermosa hija de

Kâçyapa cautivó mi alma, no ha quedado en ella resto de mi primera inclinacion á los placeres de la caza. ¿Cómo se ha producido en mí tal cambio de costumbres?... Mi brazo, poco há robusto y vigoroso, es impotente para mover el arco de tensa cuerda; he olvidado el arte de tirar flechas contra las gacelas que moran en la tienda de mi amada; con ella viven, saltan y alegres juegan, y la han enseñado los juegos amorosos de los ojos.

BUFON. (Mirando al Rey.) Aquí habla mi augusto amo, pero su corazon vive en otra parte. Yo tambien he sufrido en esta selva, y lágrimas brotaron alguna vez de mis ojos.

REY. (Con sonrisa.) No has juzgado rectamente. Estaba pensando que no debía desechar la peticion de un fiel amigo.

BUFON. Que los dioses te guarden muchos años. (Se pone en disposicion de salir.)

REY. Quédate un instante, amigo; tengo que hablarte de un asunto.

BUFON. A tus órdenes estoy, dueño mio.

REY. En cuanto hayas descansado, utilizaré tus servicios en un negocio importante; la comision será para tí cómoda y ventajosa.

BUFON. ¿Acaso me vas á ocupar en la confeccion de golosinas? Buen pensamiento; ya me estoy saboreando con ellas.

REY. Llegado el momento oportuno sabrás el secreto. ¡Hola! ¡Raivataka! (Entra el)

PORTERO. (Hace una reverencia.) A las órdenes de S. M. Augusta.

REY. Llama al jefe de las tropas.

PORTERO. Sereis obedecido. (Sale y entra de nuevo con el jefe.) Allí teneis al príncipe augusto que desea comunicaros sus órdenes. Acercaos, pues, valiente guerrero.

JEFE. (Se detiene y se va acercando lentamente.) Condenan las

gentes como un delito las diversiones de la caza en los príncipes y reyes; yo, en verdad, veo en este ejercicio más bien una virtud perfecta. En nuestro Rey y señor ha producido un cambio notable; el esfuerzo frecuente ejecutado en el tiro de flechas, ha duplicado el vigor de su brazo; su cuerpo se ha hecho insensible á los ardores de los rayos solares, impenetrable al sudor frio, y exento del dolor de la fatiga; es, en verdad, más delgado, pero no ménos bello y esbelto, y su inmensa fuerza es sólo comparable á la del gran elefante, rey de las selvas. (Acercándose.) ¡Viva el Rey, mi Señor! Algunas fieras han caido en poder de vuestros valientes y fieles servidores. Esperamos las órdenes de vuestra voluntad soberana.

Rey. Mi sabio consejero *Mâthavya* desaprueba la continuacion de la cacería; tambien yo me siento cansado de las fatigas que me impone.

Jefe. (Aparte al Bufon.) Apruebo tus consejos, Brahman amigo. Prosigue con valor la guerra que has emprendido contra la caza; yo entre tanto, halagaré las nuevas ideas del príncipe. (Alto.) No hagais caso de los consejos de este necio. Vos, Señor, podeis servir de norma y ejemplo al soberano más perfecto. Vos mismo tocais las ventajas de la caza; ya lo veis. El cuerpo ligero, esbelto y libre de los humores que produce la grosura, está siempre ágil y dispuesto á emprender las más difíciles hazañas. Hecho es de todos conocido, que el miedo y la cobardía, como el furor insano, ofuscan la inteligencia del hombre y trastornan el sentido de las bestias. Los que con destreza manejan el arco en la caza, llevan gran ventaja sobre otros tiradores; porque sus flechas van dirigidas á un blanco siempre en movimiento. Sin razon, pues, se condena la caza como un crímen.

Bufon. El Rey nuestro señor obra con verdadero y recto juicio; pero tú, al contrario, vagando, desalentado, acá y allá en la selva, vendrás seguramente á caer en las mandíbulas ó garras de algun oso viejo y codicioso de las narices de un hombre temerario.

Rey. Mi apreciado general: encontrándonos tan cerca de una hermosa Laura, que convida al descanso, no debo, por esta vez, seguir tu consejo. Dejaremos hoy á los búfalos zambullirse alegres en las aguas del estanque y lanzar al aire torrentes de líquido; no se inquiete más á los rebaños de lindas gacelas que pastan á la sombra de tupidos Kadambas; haga en paz completa el jabalí sus vuelcos y revuelcos sobre el juncoso *Mustâ* de los pantanos; entre tanto el arco, flojo, descansará tambien con las flechas y la aljaba.

Jefe. Los mandatos del Rey soberano serán puntualmente ejecutados.

Rey. Manda retroceder á los que se han adelantado y vagan por la selva; haz de modo que mis soldados no cometan el más leve atropello en esta Laura de virtud y penitencia. Advierte que en estos sagrados recintos de la contemplacion en que la esencia de la virtud y de la vida está en el reposo nunca perturbado, hay una ráfaga luminosa oculta, pero siempre ardiendo, semejante á la que de sí despiden los plácidos *Sûryakântâs* (1).

Bufon. Vanos han salido tus esfuerzos por convencer al Rey. (Sale el Jefe.)

Rey. (A la comitiva.) Retiraos á cambiar los vestidos de caza. Tú, Raivataka, sal á desempeñar tu cargo.

---

(1) *Suryakantas*, el que despide rayos como del sol: es una piedra fabulosa, que expuesta al influjo de los rayos solares, recibe un calor extraordinario.

COMIT. Sereis al punto obedecido. (Salen todos.)

BUFON. Ahora que te ves libre de estas moscas, puedes tomar asiento en ese banco á la sombra de un árbol frondoso, bajo el dosel ameno que forman esas trepadoras y lianas. Tambien yo buscaré para mí un asiento cómodo.

REY. Anda y vé delante.

BUFON. Siga el Rey augusto mis pasos. (Despues de dar unos pasos se sientan.)

REY. Mâthavya; tus ojos no te habrán dado un placer verdadero, en tanto que no vean al sér más bello de la tierra.

BUFON. Señor, no olvides que estás delante de tu Brahman-consejero.

REY. Todo mortal se cree asimismo el más hermoso de los séres; pero mi corazon vive sólo para Sakúntalâ, ornamento y joya preciosa de esta solitaria Laura.

BUFON. (Aparte.) ¡Está bien! En verdad, no es conveniente evocar la memoria de esta bella que le tiene robado el corazon y cautivados los sentidos. Pero... ¿qué oigo? ¿Aspiras acaso á la mano de la hija de un penitente?

REY. Amigo mio: el corazon de un Pâurava no aspira á obtener nada de lo que las tradiciones divinas prohiben. Esta hermosa jóven tuvo por madre á una mujer divina, y por padre á un varon santo y de régia estirpe. Llámanla hija del sabio Rishí porque la recogió huérfana y abandonada en sus primeros años, semejante á la flor Navamâlika, cuando cae agostada sobre la Calotropis.

BUFON. (Sonriendo.) Tu proceder, al despreciar los adornos, joyas y esplendor en la mujer amada, me parece semejante al de aquellos que desechan el fruto de la palma y devoran el del tamarindo.

REY. Bien se ve que no conoces sus incompara-

bles dotes cuando así te atreves á rebajar su mérito.

BUFON. Indudablemente debe ser encantadora y sin par la belleza que así cautiva tu alma.

REY. Todo cuanto de ella se diga es inferior á su mérito. El Creador, al formarla, trazó primero en diseño celeste su bellísima figura, á la que infundió, despues, un espíritu perfecto; escogióla, en su mente divina, cual modelo sin tacha, la más bella entre una coleccion de lindas formas. Cuando contemplo su hermoso cuerpo, admiro el infinito poder del Creador supremo, y no la encuentro inferior sino á la perla de las mujeres, *Lakshmî* (1).

BUFON. A ser verdad lo que dices, no hay belleza comparable á su belleza.

REY. Mi limitada inteligencia no alcanza á hacerte el retrato de sus cualidades. Su perfecti-

---

(1) LAKSHMI.—Prosperidad, riqueza, dicha, signo especialmente bueno. Personificado despues este concepto en la diosa de la fortuna y de la belleza. Se la nombra con «Çri» como esposa de Prachâpati ó señor de los séres y padre de los dioses en el primer período de la literatura india, el Vedico ó Teológico propiamente dicho, pero desde los tiempos heróicos le es de *Narayana* ó Vishnu. Lakshmi elige esposo libremente y sin ningun género de imposiciones, como explícitamente lo indica el poeta. Tómese este dato de Kâlidâsa como una prueba, entre otras muchas que tenemos, de la libertad que gozaba la mujer índia y distinciones sinceras de que era objeto en la sociedad de este por tantos conceptos celebrádo pueblo, algunos siglos ántes de Jesucristo. Podemos comparar á Laksbmi con Céres, maduradora de los frutos de la tierra, y en este concepto madre de su riqueza, Dido, Anna Perenna (Sanskr. á *Apnapurna)* y otras diosas de las antiguas mitologías. Algunos la identifican con el griego *Core*, otros con el latin *Garanus* ó *Recaranus*. *M. Müller* deriva estas palabras de la raiz Sanskrita *çri* madurar, de donde procede tambien el *S. Sarad*, otoño. Como Afrodite se levanta «Çri» ó Lakshmi del mar, pero con cuatro brazos. Su morada la tiene en la preciosa flor Lotos.

simo cuerpo es semejante á una flor á la que no ha tocado aliento humano; es como un delicado capullo sin la más leve señal de accion externa; como perla sin mancilla ó semejante á miel pura cuyas dulzuras nadie ha probado... Pero... ¿á qué decir más? ¡Quién será el dichoso mortal señalado por el destino para gozar la posesion de este tesoro!

BUFON. Tú serás, si, pronto y con delicadeza, la conquistas ántes que sea destinada por esposa de algun devoto anacoreta, corpulento y engruesado con las mezclas de Ingudî (1) y aceite Sésamo.

REY. Pero te olvidas de que su voluntad y pensamiento no la pertenecen. Y para desgracia mia, el maestro que dispone de su destino está hoy ausente de la Laura.

BUFON. ¿Y conoces acaso los sentimientos de su corazon en este punto? ¿Has penetrado lo que sus miradas significan?

REY. Las hijas de sabios Rishís son por naturaleza tímidas, y ésta lo es sobremanera. Cuando sus ojos encuentran de frente á los mios, desvía de mí su rostro; la sonrisa de sus labios me encantaba sin conocer la causa. La profunda modestia que revela en todas sus acciones encubre con velo impenetrable los secretos de su corazon, aunque no trata de ocultar el amor que arde en su pecho.

BUFON. Todo lo encuentro muy natural. ¿Querias acaso que no bien te vieran sus ojos se lanzase derretida á tus brazos?

REY. En la forma que te he dicho me demostró ya su amor en la primera entrevista que tuve con ella y sus amigas. Su corazon me pareció

---

(1) *Ingudi* es una planta medicinal. Tal vez el llamado *Terminalia Catappa*, que produce muy sabrosas nueces, de que se saca aceite.

hermoso como de un sér divino, cuando, al tiempo de retirarse, andados algunos pasos, se detuvo hermosísima y sin par graciosa, diciendo: «Amiga mia, la punta de una rama de Darbha me ha lastimado un pié;» y volviendo á mí el rostro, se puso con gran calma á desembarazar de las ramas su vestido, que nunca estuvo en ellas enredado.

BUFON. A lo que voy viendo, harás bien en mandar traer provisiones de viaje para muchos dias, porque me temo que vas á trasformar esta Laura de penitencia en jardin de placeres y delicias.

REY. Necesito de tu consejo: algunos anacoretas me han conocido á pesar mio, y es de necesidad que discurras un pretexto por el que una vez siquiera podamos penetrar en la Laura.

BUFON. ¿Pretexto? Ninguno necesitas; como Rey soberano, puedes mandar que te presenten el tributo del sexto del arroz, y está hecho todo.

REY. Siempre tus pensamientos son mezquinos. Dones más preciosos y más dignos de estima que montones de perlas recibimos por la proteccion que dispensamos á los santos varones. Los productos que las castas sociales dan á los soberanos, perecen; mas los frutos de abnegacion y penitencia que por nosotros ofrecen los Rishis de las selvas, nunca mueren. (Detrás del escenario gritan)

VOCES. Hemos felizmente llegado al término del viaje.

REY. (Escucha.) ¡Oh! estos sonidos graves y tranquilos son indudablemente de anacoretas. (Entra el)

PORTERO. ¡Viva el Rey mi señor! A la puerta esperan dos jóvenes anacoretas.

REY. Introdúcelos á mi presencia.

PORTERO. Voy á ello. (Sale y vuelve con los dichos; éstos se detienen al ver al Rey.)

JÓVEN 1.° ¡Oh! Su augusta persona me inspira completa confianza. Verdaderamente, no podía ser de otro modo en un Rey poderoso que se confunde con los sabios de las selvas. Gran mérito ha contraido al fijar su residencia entre los Rishis, y premio sin igual le está reservado por la proteccion que nos dispensa. Dos poderosos Gandharvas cantan sus glorias y llevan hasta los cielos la fama de su nombre, como sabio y como Rey al propio tiempo.

JÓVEN 2.° Gâutama, ¿es acaso este Dushyanta el amigo del invencible Indra.

JÓVEN 1.° El mismo.

JÓVEN 2.° Ahora comprendo cómo su brazo fuerte y poderoso, semejante al hierro que sujeta las puertas de una ciudad, es salvaguardia de la tierra toda hasta los límites del mar azulado; las ninfas celestes al verse acometidas de los Daityas, sus mortales enemigos, esperan la victoria y salvacion del arco invencible y siempre armado de este príncipe, no ménos que del poderoso Indra.

JÓVENES. (Acercándose.) La victoria sea contigo, príncipe augusto.

REY. (Levántase del asiento.) Decid lo que os trae á mi presencia.

JÓVENES. La salud y la dicha te acompañen. (Le ofrecen frutos.)

REY. (Tomándolos con una reverencia.) Hablad; ya os escucho.

JÓVEN 1.° Sabiendo que te habias dignado visitar nuestra Laura, venimos de parte de sus jefes á pedir de tí una gracia...

REY. Pedid, que nada os será negado.

JÓVEN 1.° Ausente el noble jefe nuestro, Kanvas, Rishi valeroso, tememos que los malignos genios Rakshasas logren impedir con sus torcidos artificios la celebracion de sagradas ceremonias;

esto nos ha movido á demandar el auxilio de tu brazo durante tu estancia en nuestra Laura.

Rey. Grande es el honor que me dispensan los amigos de los dioses.

Bufon. (Al Rey.) Esta peticion llena la medida de tus deseos.

Rey. (Sonriendo.) ¡Eh! ¡Râivataka! Di al auriga, de órden mia, que acerque más la carroza, con el arco y flechas.

Portero. Sereis puntualmente obedecido. (Sale.)

Jóven 1.° (Con júbilo.) Con tan nobles acciones imitas dignamente á tus mayores. Los ilustres Pâuravas se aprestaron siempre gustosos á la defensa de los débiles en fiestas religiosas.

Rey. Andad vosotros delante, que yo os sigo de cerca.

Jóvenes. Mâthavya, hé aquí la ocasion de ver á la bella Sukúntalâ, si lo deseas.

Bufon. Ardiendo estaba, hace un momento, en deseos de verla; pero el nombre sólo de los Rakshasas ha disipado en mí tales deseos: no tengo valor para moverme.

Rey. No hayas miedo: al lado de tu Rey siempre estás salvo.

Bufon. Decís bien: ya me siento libre de tan incómodos huéspedes. (Entra el)

Portero. La carroza del Rey augusto está dispuesta para correr en pos de la victoria. Mas en este momento llega Karabhaka con un mensaje de la Reina.

Rey. ¿Viene de parte de la Reina madre?

Portero. Así es.

Rey. Que pase inmediatamente.

Portero. Voy á darle la órden. (Sale y vuelve con Karabhaka.) Allí está el Rey: acércate á S. M.

Karabh. La victoria sea con el Rey soberano. El mensaje de la Reina madre es como sigue: «el cuarto dia despues de recibir este mensaje, es el

término de mi ayuno; y espero que el Rey augusto se encuentre para el caso á mi lado.»

REY. ¡Trance apurado! Aquí me llaman los asuntos de los anacoretas venerables; en la ciudad pide mi presencia el mensaje de la madre querida; deberes ambos justos y sagrados. Di, Brahman amigo, ¿qué deberé hacer en este caso?

BUFON. Quedarte en medio, como *Triçanku.*

REY. El caso es difícil de resolver. Deberes sagrados reclaman mi presencia en lugares diferentes y apartados. Sentimientos contrarios luchan en mi pecho, como las olas al chocar impetuosas contra las rocas. (Despues de un momento de pausa.) Amigo mio, una idea me ocurre. La Reina madre te quiere y honra como á uno de sus hijos. Corre tú á su lado. Dila que mi corazon y mi honor están empeñados en este gravísimo asunto de los sabios Rishís, y haz con la nobilísima princesa los deberes de un hijo, cual conviene á mi honor y á su decoro.

BUFON. Si juzgas que tengo miedo de los Rakshasas, estás en un error deplorable.

REY. (Sonriendo.) Nunca supuse en tí tal cobardía.

BUFON. Entónces iré y cumpliré cual conviene al hermano de un Rey tan poderoso.

REY. Para evitar nuevas perturbaciones y tumultos dentro de la Laura, irás en mi carroza y te guardará mi séquito.

BUFON. Y en un momento me veré convertido en príncipe heredero.

REY. (Aparte.) Este loco es ligero de cascos, y pudiera divulgar en la corte mis amores: trataré tambien de evitar esto. (Toma al Bufon de la mano.) Amigo mio; no ignoras que únicamente por la defensa de los sabios Rishís consiento en permanecer algun tiempo en esta Laura. Lo de mis relaciones amorosas con la bella Sakúntalâ

fué un juego y nada más. En tal sentido debes tomar todo lo que con ella y sus amigas ha pasado. Eres de recto juicio y comprendes que no podría un Rey pretender la mano de una dama, criada entre gacelas, plantas y flores de la selva, para quien los secretos y deberes del amor son un misterio. (Salen todos.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

INTRODUCCION. (1)

Entra un ayudante del sacrificio recogiendo la hierba Kuça..

AYUD. ¡Oh! grande es el poder del príncipe Dushyanta. Desde el primer momento de su entrada

(1) VISHKAMBHAKA. El erudito sanskritista Chezy sospechó, y el no ménos distinguido *Lenz* demostró ya con entera evidencia, que con esta expresion designaban los indios escenas especiales que pasaban entre actos, y no personajes, como opinó Wilson en su *Teatro indio* (2.ª edicion), *Böhtlingk* y otros indianistas han puesto fuera de duda la teoría de Lenz, fundados en la autoridad de los retóricos y escritores dramáticos indios más celebrados. (Lenz, Apparatus criticus ad Urvasiam, p. 6; Böhtlingk, *Kalidasa's Sakúntala*, introduccion, p. XI y siguiente.)

De esta especie de *Episodios dramaticos* hay dos clases: el *Vishkámbhaka* y el *Praveçaka*. La diferencia de uno y otro está únicamente en la clase y número de personas que en ellos intervienen. En la escena *Vishkambhaka* sólo pueden aparecer dos personas, y de las clases *media* y *baja*; tiene precisamente lugar al principio de un acto; es como su preámbulo. En *praveçaka* sólo aparecen personas de la clase *baja*, y tiene lugar siempre entre dos actos. Estas escenas tienen algo de parecidas á las desempeñadas por los *clowns* en ciertas representaciones del teatro moderno. En ellas se da conocimiento de hechos ó circunstancias cuya noticia es indispensable ó conveniente para la inteligencia de lo que sigue. Tambien se anuncian por este medio sucesos futuros, que deben saberse, pero que no tienen cabida en el drama verdadero. El Vishkambhaka se llama *puro* cuando sus dos actores son de la clase media; *mezclado*, cuando uno es de la media y de la baja el otro.

en nuestra Laura se celebran los sacrificios y actos religiosos sin interrupciones. Fiado en la fuerza de su brazo no juzgó necesario tener el arco dispuesto con las certeras flechas. Yo por mí creo, que el lejano zumbido de las cuerdas y el ruido del arco producen espanto en los malévolos genios que nos hacen la guerra. Bien está; derrotados no hay que temerlos. Ahora voy á llevar á los sacerdotes esta hierba Kuça para que la derramen por el suelo del lugar del sacrificio. (Anda algunos pasos y prosigue en tono más alto.) ¡Eh! ¡Priyanvada! ¿Para quién llevas ese ungüento de raíz Uçîra, y los tiernos filamentos de hojas de Lotos?... (Aplicando el oido.) ¡Es cierto lo que dices! ¡Oh desgracia! Los ardores de la estacion han quebrantado la salud de la bellísima Sakúntalá y llevas ese remedio para aplicarle como calmante á su delicado cuerpo. Anda y vé ligera, que tu hermosa amiga es, á no dudarlo, el sér que sostiene la vida del noble jefe de nuestra familia, del venerable Kanva. Yo tambien corro presuroso á derramar en las manos de la nobilísima niña agua del sacrificio, que es eficaz remedio de todos los males. (Sale.)

FIN DE LA INTRODUCCION.

Entra el Rey pensativo y absorto en sus meditaciones.

Conozco hasta dónde alcanza la virtud del Tapas; sé que esta niña, de fascinadores ojos, está bajo la tutela y autoridad de un extraño; pero me falta resolucion y valor para alejar de ella mi corazon, cautivo de sus encantos. (Agitado por la pasion del amor.) ¡Oh! ¡Adorado Amor! A tus piés y ante la divina Luna venimos á ofrecer nuestros pesares; pero implacables, os gozais en el dolor del corazon amante. Destino fatal que no

perdona las edades de los tiempos ni las condiciones de la vida. Tus flechas no son flores, ni son frios los rayos de la Luna. Que esto es verdad, lo ve cualquiera que se encuentra en igual caso que yo. Fuego misterioso despiden los rayos de la benéfica Luna, aunque nacidos del frio; las flechas de flores lanzadas por Amor se convierten en dardos semejantes á la terrible maza de Indra. (Anda algunos pasos en ademan triste.) ¡Cómo pasaré estos momentos en que me veo libre de los anacoretas! Se ha terminado el sacrificio y debo descansar de esta fatiga que me oprime. (Suspirando.) Pero... necio de mí, ¿qué dudo? ¿Es para mí posible la vida fuera de la presencia de mi amada? Voy sin detenerme á buscarla. (Mira al Sol.) Estas horas de calor sofocante las pasa, de ordinario, Sakúntalâ acompañada de sus amigas, sobre las márgenes del rio Mâlinî, lugar sin igual risueño y profusamente engalanado con flores, trepadoras y Lianas. (Anda algunos pasos y se detiene haciendo como si algo le tocase.) ¡Cuán apacible y ameno es este sitio! La blanda y deliciosa brisa que sopla calma el fuego que me abrasa. En el fondo de tanta belleza parece como si en estrecho abrazo se uniesen el aura portadora del aroma de la flor Lotos envuelto en gotas delicadas de las olas del Mâlinî, con los miembros del invisible dios Amor, abrasados por el fuego de Indra poderoso. (Sigue examinando la escena que le rodea.) (1)

---

(1) Ananga ó ineorpóreo es uno de los muchos nombres que tiene el dios Amor. En una ocasion se presentó á «Çiva,» que se ocupaba en austerísimas penitencias y practicaba todas las prescripciones del Tapas, con el designio de perturbar sus prácticas y despertar en su divino pecho amor hácia *Parvati*. «Çiva,» lleno de cólera por su atrevimiento, abrasó con el fuego de su ojo el cuerpo del dios Amor y le redujo á cenizas. La historia de este mito se cuenta en *Ramayana*, I, 25.

Deben encontrarse no léjos de esta enramada de lianas y trepadoras, tan graciosamente adornada con la planta Vêtasa... ¡Hermoso panorama! El suelo que en un principio se presenta levantado, se hunde despues como inclinándose ante la presencia de mi amada! Tal vez yace lánguida y graciosa sobre el césped florido. Aquí mismo descubro sobre la blanca arena recientes señales de sus lindos piés. Las buscaré entre estos arbustos y ramajes. (Despues de andar algunos pasos, exclama con júbilo.) ¡Oh! dicha inefable; ¡venturosos ojos mios! Allí está la amada de mi alma, radiante de hermosura y de belleza. Con languidez graciosa descansa su delicado cuerpo sobre un banco alfombrado de suavísimas flores, y sostiene con las amigas animado coloquio. Valor, corazon mio. Aquí me detendré á escuchar sus palabras. (Se oculta, y despues de una breve pausa, aparece Sakúntalá con sus dos amigas que la dan aire.)

AMIGAS. (Con cariño.) ¿No te refresca y da placer el aire que producen las hojas de Lotos?

SAKUNT. ¿Y por qué vosotras, amigas mias, os tomais tan penoso trabajo? (Las dos amigas están como asustadas, mirándose una á otra.)

REY. Efectivamente; la hermosa niña lleva en su cuerpo todo señales de un mal grave. (En tono de duda.) Pero... tal vez su malestar reconoce otra causa distinta del calor que viene del Sol. Sí, las sospechas de mi corazon son ciertas. (Con ansiedad.) ¿Pero qué estoy diciendo? ¡Fuera con estas dudas que me atormentan! El delicado cuerpo de mi amada está enfermo, pero más bello y hermoso que nunca. Y el lindo adorno de Lotos puesto sobre su brazo con descuido, y la risueña planta Uçîra que, á manera de velo, oculta su gracioso pecho, todo en ella es encanto que fascina y arrebata el alma. Iguales efectos produce en la mujer el calor de la estacion que

el fuego del amor implacable; mas este sólo causa en ella cierta languidez dulcísima que roba el corazon del amante.

PRIYANV. Amiga ANASÛYA, desde el instante en que Sakúntalâ vió por vez primera al ilustre Rey Dushyanta, huye de sus párpados el sueño y de su corazon el sosiego. Su alma está dominada por ansiedad siempre creciente, y no es otra la causa de este mal, que parece incurable.

ANASUYA. Tambien mi corazon empezaba á sospechar lo que dices. Deja que yo la indague. (Alto.) Amiga Sakúntalâ, si no te sirve de molestia, te haré una pregunta que el cariño me sugiere. Veo que tu malestar va en aumento.

SAKUNT. (Se incorpora sin dejar el lecho de flores.) ¿Y qué quieres decir con eso, amiga mia?

ANASUYA. Escucha y lo sabrás. Aunque no estamos versadas en cuestiones y casos de amor, con todo, nos parece tu situacion semejante al estado en que nos pintan las antiguas leyendas á enamorados y amantes. Dínos francamente: ¿acaso Amor es la causa de tus penas? No te empeñes en ocultar un secreto que pronto será de todos sabido; que no es posible dar el remedio de males cuyas causas y naturaleza son desconocidas.

REY. (Aparte.) Las palabras de Anasûya son la expresion de mis pensamientos, y esto hace renacer en mi corazon la esperanza, pues que no he juzgado por consejo propio.

SAKUNT. (Aparte.) Verdad es cuanto las amigas dicen y piensan del estado de mi alma. Fuerza irresistible mantiene mi corazon cautivo del suyo; mas no encuentro en el ánimo valor para manifestar claramente á mis amigas la causa de mis pesares y tristezas.

PRIYANV. Sakúntalâ mia, dice bien nuestra amiga Anasûya: ¿por qué no cuidas esta enfermedad

que consume tus fuerzas? De dia en dia vas perdiendo de ellas y tu salud se agota; únicamente tu belleza y gracia no te abandonan.

Rey. Entera verdad dice Priyanvadâ. Lentamente enflaquecen sus mejillas y su rostro; sus lindísimos pechos no ostentan su primer lozanía y su grosura; la robusted de su cuerpo disminuye; visiblemente se van hundiendo sus hombros; el color decae, y en su apacible y lánguida mirada demuestra el tormento del amor, á la manera de una delicada *Latâmâdhavî* (1), tocada por un viento, cuyo soplo sólo marchita las hojas, dejando á las flores su bello y radiante colorido.

Sakunt. Amigas mias, ¿á quién he de contar sino á vosotras esto que me pasa? Pero, nó; callaré: mis palabras os darían nuevo tormento.

Priyanv. Esta es precisamente la causa que más despierta nuestra curiosidad: las penas se hacen más llevaderas desde el momento en que se dividen, comunicándolas con una persona querida.

Rey. Ahora cederá seguramente á los ruegos de sus amigas que compartir quieren con ella los pesares, y no podrá guardar más tiempo un secreto que á mí más que á otro alguno interesa. Grande es la ansiedad de mi corazon. Aunque sus miradas tiernas y sentidas me han revelado muchas veces la llama que en su pecho ardía, tiemblo que llegue el momento de pronunciar la fatal sentencia.

Sakúnt. Desde el dia en que se presentó á nosotras ese Rey generoso protector de nuestra Laura, se encendió en mi pecho tal llama de amor, que la ansiedad y la impaciencia me han traido por fin á esta situacion desesperada.

---

(1) *Latamadhavi*, es la gærtnera racemosa, ó *Banisteria Bengalensis* de los botánicos.

Rey. (Con júbilo.) ¿Qué escucho? ¿No es sueño?... El dios Amor derramó sobre mi alma dolor profundo y fuego insano; y él mismo corre hoy clemente á cerrar las heridas que ántes hizo. Su benéfico influjo es semejante al que las frescas nieblas producen sobre los séres que han sufrido los ardores del estío.

Sakúnt. Si á vosotras no pareciese contrario al decoro, haced de modo, que ese Rey tan noble como sabio se mueva á piedad de mi infortunio. De otro modo, pronto tendreis que rociar mi cuerpo con agua y semilla de tila (1).

Rey. Estas palabras disipan mis dudas sobre sus sentimientos amorosos.

Priyanv. (Aparte.) La inmensidad de su amor no consiente espera en el logro de sus aspiraciones. No hay duda que éstas son elevadas, pues el que ha merecido sus ardientes simpatías es vástago nobilísimo y gloria de los *Pâuravas*. Nada más justo, pues, que dar contento á su amor y procurar el logro de sus deseos.

Anasuya. Dices bien.

Priyanv. (Alto.) Grande será tu ventura, amada Sakúntala; tus aspiraciones son tan rectas como nobles y elevadas tus miras; porque nada más natural que una gran corriente se confunda, al fin de su curso, con el vasto Océano; y nádie mejor que el árbol *Mango* puede sostener, en dulce abrazo, á la trepadora *Atimukta* con sus tiernas ramitas.

Rey. Ahora comprendo por qué las dos estrellas *viçakhas* siguen el curso de la Luna en sus fases diversas.

Anasuya. ¿Y qué medio buscaremos para ver cumplidos los deseos de nuestra amiga, pronto y sin que el hecho sea divulgado?

---

(1) Es la ceremonia que se practica con los muertos.

PRIYANV. No es difícil hacer que se vea pronto unida en himeneo con el príncipe amado; pero lo será, tal vez, que el hecho permanezca mucho tiempo oculto.

ANASUYA. ¿Y cómo podrá hacerse lo primero?

PRIYANV. El Rey ha manifestado claramente su amor á nuestra amiga por medio de miradas sentidas y amorosas; además le atormenta la tristeza, y el dulce sueño apénas cierra sus ojos. (Queda pensativa.)

REY. Todas sus palabras son ciertas, y no es otro el estado de mi alma. Hé aquí una prueba. Las ardientes lágrimas que de las mejillas caen al brazo cuando en él se apoyan, han gastado el brillo de este brazalete y empañado el lustre de sus preciosas joyas. Antes entraba apénas por el brazo, y ahora á cada momento se desliza sin tropezar siquiera en esta herida que me ha causado el roce de las cuerdas del arco; ya estoy cansado de volverle á colocar en el lugar conveniente.

PRIYANV. Una idea me ocurre. Escribe al Rey una carta amorosa; yo la envolveré en una flor, y con el pretexto de que la cubierta ha servido de ofrenda á los dioses la pondre en su régia mano.

ANASUYA. Tu plan me agrada en extremo. ¿Y qué dice á esto Sakúntala?

SAKÚNT. ¿Qué duda puede haber cuando se trata de cumplir un mandato?

PRIYANV. Pues haz memoria de alguna improvisacion compuesta en verso ameno, y principalmente alusivo á tu situacion presente.

SAKÚNT. Está bien: me pondré á recordar un verso que reuna esas condiciones, pero mi corazon teme un desprecio del amado.

REY. (Con júbilo.) No léjos de tí suspira, prenda amada, el hombre de quien temes un despre-

cio, y más que tú desea la union de nuestros corazones. Si el que pretende puede temer ser rechazado, no así tú que eres joya incomparable, y tus deseos se verán siempre cumplidos.

PRIYANV. Una modestia exagerada te induce siempre á rebajar tus dotes extraordinarios. Piensa que nádie comete la ligereza de apartar de sí con el vestido los rayos de la hermosa Luna de otoño que despiden dulcísima frescura.

SAKÚNT. (Con sonrisa.) Déjame: ahora estoy ocupada. (Se sienta y queda pensativa.)

REY. Buena ocasion se me presenta de contemplar á mi amada: lo haré sin apartar de ella un instante los ojos. En esta nueva ocupacion recibe su rostro singular gracia y celestial belleza; las cejas que sombrean sus lindos ojos se asemejan á las delicadas ramitas de una esbelta Liana: el fuego que enciende sus mejillas da claro testimonio del amor que su corazon encierra.

SAKÚNT. Amigas mias, ya tengo improvisados los versos; pero no hay materiales de escribir.

PRIYANV. Fácil es marcar los signos en esta hoja de Lotos, más tierna que la pechuga de un papagayo.

SAKÚNT. (Hace lo dicho.) Ahora estadme atentas y decid si la estrofa contiene ó no algun pensamiento.

AMIGAS. Te escuchamos atentas.

SAKÚNT. (Lee.) Sin conocer el secreto de tu pecho, abrasa el amor implacable, dia y noche, toda mi existencia: las delicias de mi corazon están en tu cariño.»

REY. (Presentándose de improviso.) Hermosa niña, si la llama de amor arde en tu pecho, á mí su fuego inextinguible me consume lentamente, y agota

mis fuerzas, al modo que los rayos del Sol marchitan á una hermosa Lotos-nocturna.

AMIGAS. (Con júbilo.) Bienvenido el amado que solícito acude á las primeras voces de su amante.

(Sakúntala se dispone á levantarse del lecho de flores.)

REY. Permanece tranquila, bella mia. Estás más hermosa descansando sobre el lecho de aromáticas flores y hojas de Lotos que á la menor presion despiden suavísima fragancia. Tu estado no permite que hagas este ligero esfuerzo.

ANASUYA. Puesto que el noble príncipe nos ha honrado con su presencia, tome asiento en este banco. (Lo hace; Sakúntala no se atreve á levantar los ojos.)

PRIYANV. Por mi carácter de amiga de Sakúntala me creo en el deber de haceros, señor, una advertencia. Este grave asunto no debe terminar en declaraciones recíprocas de amor y de cariño. Algo más piden el honor y el decoro.

REY. Explica tus deseos; no tardes: muchas veces lo que se quiso hablar y se calló, produce pesadumbre.

PRIYANV. Es deber del Rey Augusto poner remedio y término á las desgracias de los débiles mortales: ya conoces tu destino en el presente caso.

REY. Ciertamente, no han sido otras mis intenciones.

PRIYANV. Pero ten presente que el divino Amor, dirigiendo sus flechas á vuestros corazones, ha producido en nuestra amiga este abatimiento: ahora de tí depende conservar la vida de la hermosa niña.

REY. Bella jóven; no ignoras que su amor es de mí correspondido, y que de su cariño espero mi dicha y mi ventura.

SAKÚNT. (A Priyanvadà.) No hables más de esto, amiga mia: no ves que aumentas la pena del Rey

augusto, contristado ya por el recuerdo de las hermosas mujeres de su palacio.

Rey. Niña adorable. Si tú, que habitas como única señora en mi corazon, que por tí y para tí sola tiene vida y siente; si tú, que me tienes embriagado con tus encantos y tus lindos ojos, piensas de otro modo, me quitarán la vida las certeras flechas del divino Amor, enclavadas ya hasta el fondo de mi pecho.

Anasuya. Nobles son tus sentimientos; pero cuentan que los Reyes tienen crecído número de concubinas en sus palacios: por eso debieras empeñar tu real palabra de amor y dar contento á nuesta amiga, de tal modo que todas envidiásemos su gloria y su ventura.

Rey. ¿Qué más promesas quieres? Aunque tengo muchas mujeres que se disputan una mirada de mis ojos, dos solos objetos forman hoy la gloria de mi casa: la tierra ceñida del Océano inmenso, y esta vuestra hermosa y adorable amiga.

Amigas. Ya estamos tranquilas.

Priyanv. (Mirando en torno suyo.) Anasûya, mira cómo aquel hijito de gacela vuelve hácia nosotras sus tristes ojos, buscando con ansiedad á su madre; ven, corramos á prestarle auxilio. (Se levantan.)

Sakúnt. ¡Cómo! ¿y me dejareis abandonada? ¿Ni una de vosotras quiere acompañarme?

Amigas. ¿Qué puedes temer, si tienes á tu lado al protector de toda la tierra? (Salen.)

Sakunt. ¡Qué! ¡las dos me abandonan!

Rey. No turbes tu reposo; yo no me aparto de tu lado y estoy pronto á servirte. ¿Quieres que te dé aire fresco con abanicos hechos de verdes hojas de Lotos, ó que levantando del suelo tus piés, más lindos que la flor de Lotos, les frote suavemente?

SAKÚNT. No está bien que me deje yo servir de tí, que eres digno de honor y de respeto. (Se incorpora y hace ademan de salir.)

REY. Adorada niña; aún no ha pasado el gran calor del dia. ¿Cómo pretendes abandonar en este estado el lecho florido y dejar el velo que protege tu pecho, exponiendo tu cuerpo delicado á los rayos de un sol ardiente? Y tus fuerzas agotadas... (La hace retroceder tomándola del brazo.)

SAKÚNT. ¡Pâurava! No faltes al decoro. Aunque el fuego de Amor me consumiese, no dispondré de mis destinos. Aparta.

REY. ¡Tímida niña! Nada tienes que temer del venerable Maestro: tus recelos son infundados. El sabio Kaçyapa, profundo conocedor de las leyes, no puede condenar la union de nuestros corazones. De muchas hijas de reyes se cuenta que celebraron su himeneo al modo de los divinos Gandharvas, recibiendo despues la sancion paterna (1).

---

(1) Este matrimonio se contraia sin ceremonia alguna, como consecuencia de amor probado en los amantes. No se pide para ello consejo de los parientes, á quienes se pone en conocimiento del hecho, despues de consumado.

GANDHARVAS.—Son semidioses del Olimpo indio, cuyo oficio principal es el de proteger y guardar la milagrosa planta *Soma (Rigveda* IX, 83,4-85,12), uno de los objetos más celebrados del culto de los indios é iranios. (Véase sobre el Soma y las tradiciones heróico-mitológicas de los Iranios, la obra del Sr. Ayuso *Los pueblos iranios* y *Zoroastro*: Madrid, 1874.) Los *Vedas* hacen frecuente mencion de un *Gandharva*, y sólo algunos pasajes hablan de gandharvas en plural. Con el sobrenombre *Viçvavasu* lleva el epíteto *celeste (Rigv.* IX, 86,36-X, 139,5).

Tiene su morada en los espacios celestiales, en el mundo aéreo ó en las regiones de las aguas. Por intermedio de este genio beben los dioses la sávia del portentoso Sôma, ambrosía deliciosa de las divinidades indías, siendo, por esta circunstancia, puesto en igual categoria con el mismo

SAKÚNT. Eso está bien; pero no debo obrar en esto sin pedir consejo y parecer á mis amigas; por lo tanto, déjame libre.
REY. Te dejaré, si así lo quieres.
SAKÚNT. ¿Cuándo?
REY. ¡Bella mia! A la manera que la industriosa

Sôma, personificado en sér divino *(Rigv.* IX, 86,36). Como de la planta Sôma se dice ser la medicina más eficaz y de ilimitadas virtudes, así aparece *Gandharva* como versado en el conocimiento de las propiedades de las plantas y arbustos.

Gandharva es tambien contado entre los genios que dirigen y ordenan la marcha de los caballos del Sol *(Rigv.* I, 163,2). Se le atribuye además profundo conocimiento de los secretos celestes y verdades divinas, de que es anunciador-profeta *(Rigv.* X, 139,5).

Del Gandharva desciende el primer par humano que habitó la tierra; y él mismo es con Sôma y Agni de los divinos esposos que tuvo la mujer ántes de pasar á ser propiedad del hombre *(Rigv.* X, 85,40-41.); de aquí el concedérsele ciertos derechos sobre el sexo bello, cuya renuncia se le pide en la ceremonia del matrimonio. Sus relaciones con la luna son tambien análogas á las que el indio supone deben existir entre la mujer y el astro de la noche.

De este sér ó tipo primitivo creó despues la fantasía inagotable del pueblo indio ejércitos de Gandharvas, con idénticos caracteres y análogo destino. Esposas de estos Gandharvas son las *Apsaras* ó ninfas celestes, entre las que descuella *Urvaçi*, la heroina del conocido drama: llámanse por esta razon *apsaras* de los *gandharvas*.

Desde los tiempos heróicos forman estas dos clases de séres semidivinos la corte del poderoso dios Indra, y hacen al propio tiempo oficio de cantores celestiales. Sus numerosos ejércitos, distinguidos ya por nombres especiales, toman parte en las frecuentes y gigantescas batallas que Indra sostiene con sus poderosos enemigos. Así les vemos volar al rescate de *Urvaçi*, arrebatada por los genios malos llamados Dânavas, enemigos directos é irreconciliables de los *Devas* ó dioses, y que llevan tambien el nombre de Daityas. (Para más detalles véase KUHN; *Gandharven und Kentauren*, en la Revista *Zeitschrift für vergleichende Sprachwissenschaft*, tomo I.) La analogía de los Gandharvas con los *Centáuros* de la mitología griega es evidente.

abeja extrae con más gusto la sávia de las flores nuevas y delicadas, así yo, sediento, bebería con placer infinito la miel dulcísima de tus bellísimos y ardientes labios. (Intenta levantar la cabeza de Sakúntala; pero ésta le rechaza con energía. En tanto se oye detrás del escenario una)

Voz. El C'akravaka anuncia á su compañera amada que la noche se acerca (1).

SAKÚNT. (Asustada.) ¡Pâurava! La noble Gautamî viene para informarse de mi estado; ¿qué hacer? Escóndete detrás de estos arbustos.

REY. Voy al instante. (Lo hace. Despues entra Gautamî con un vaso en la mano seguida de las amigas.)

AMIGAS. Por aquí, noble Gautamî.

GAUTAM. (A Sakúntala.) ¡Hija mia! Ha cedido algo el fuego que abrasaba tu cuerpo?

SAKUNT. Siento algun alivio.

GAUTAM. Estas gotas de agua de Darbha te devolverán tu salud primera. (Rocía con ella la cabeza de la jóven.) El dia está espirando; anda y vamos á nuestros pabellones. (Salen.)

SAKÚNT. ¡Corazon mio! Cuando pocos momentos hace se ofreció á tí el amante por humilde esclavo, te causaron espanto sus palabras cariñosas; ahora te muestras arrepentido y pesaroso de tus propias obras. (Anda algunos pasos, se detiene y prosigue.) ¡Oh amena empalizada de trepadoras que alejas los pesares! Adios; pronto volveré á gozar á tu sombra las delicias que me ofreces. (Sale con las amigas y Gautamî, haciendo señales de pesadumbre.)

---

(1) *C'akravaka*, es el *Anascasarea*, una especie de ganso que durante la noche está condenado á vivir separado de su compañera. Se les presenta como modelo de amor conyugal, y han dado materia abundantísima á los poetas para numerosas composiciones eróticas y sentimentales. Durante el dia viven juntos; al llegar la noche una maldicion les obliga á separarse; entónces empieza entre ambos un diálogo de quejas y lamentos.

Rey. (Sale de entre el ramaje y queda pensativo y triste.) ¡Ay! ¡Cuántos impedimentos tiene que remover el hombre ántes de lograr sus deseos! ¡Mísero de mí! Apénas hice intencion de levantar un poquito la cabeza de mi amada, fueron rechazados con noble orgullo mis halagos, y no logré siquiera contemplar su rostro, que una vez y otra cubrió con su mano blanca y delicada. Y la llama de mi pecho ardía con nueva furia, porque en sus desdenes fieros y en medio de la turbacion interna de su alma estaba sin igual radiante de hermosura y de belleza. Sus grandes cejas cautivaban mi alma cual cadenas de esclavo; pero ella impasible apartaba de mí el rostro, y despues de prolongada lucha, no logré apagar la sed de mis ardientes labios.

¿Adónde iré, léjos como estoy de mi amada? Siento cierta complacencia en esta empalizada, cuyo ramaje ha dado sombra y regalo á mi bella Sakúntala! (Mirando en torno suyo.) Si contemplo este lecho formado de suavísimas flores, marchitas bajo el peso de su lindo cuerpo, y esta carta amorosa escrita sobre una hoja de Lotos, y este adorno hecho de finísimas fibras de la más bella de las flores que se ha deslizado de su mano... me falta valor para abandonar esta que fué morada de la más hermosa entre las mujeres. Pero ahora reina tambien aquí la soledad y la tristeza. (En el aire exclama una)

Voz. ¡Rey poderoso! Empezada la libacion *Sôma* de la tarde (1), se han presentado en los aires

(1) *Soma*, célebre sacrificio de los Indios y de los Parsis ó partidarios de Zoroastro, así llamado de la planta que constituye el principal material de la ofrenda. Sobre este importante sacrificio de los rituales indio y parsi puede consultarse la obra del autor, *Los pueblos iranios y Zoroastro*, 1874, pág. 107 y siguientes.

multitud de espíritus malignos, á manera de sombras, de diversas formas, rojizos como el crepúsculo de la noche, sembrando terror y espanto en torno del altar en que arde el fuego sagrado.

REY. Voy á vuestro socorro. (Sale.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

INTRODUCCION.

Entran las dos amigas Anasûya y Priyanvadâ haciendo como si leyesen en flores.

ANASUYA. Amiga Priyanvadâ, mucho ha celebrado mi corazon el que Sakúntalâ se haya unido en dulce himeneo, al modo de los Gandharvas, con un esposo digno de su mérito y nobleza; mas no puedo echar de mí cierta inquietud que me hace temer por las consecuencias.

PRIYANV. ¿Cómo así? Explicate.

ANASUYA. Hoy mismo, terminado el sacrificio, se ha despedido el príncipe de los sabios Rishis. Llegado que sea á la ciudad, se presentará á las bellas damas de su rico harem, y quién sabe... tal vez no conservará memoria de sus compromisos y olvidará por completo á nuestra amiga y su esposa.

PRIYANV. Ten confianza. No juegan así con la virtud y el honor varones tan ilustres como el rey Dushyanta. Pero lo peor del caso es que no sabemos cómo el Maestro interpretará el hecho luego que le conozca.

ANASUYA. En mi opinion, otorgará su asentimiento á todo.

PRIYANV. ¿Por qué lo crees así?

ANASUYA. Porque su primer pensamiento fué dar la mano de la niña á un varon sabio y virtuoso; si el destino le ha deparado éste, que lo es, y noble, verá en un dia logrados sus intentos con pequeño esfuerzo.

PRIYANV. (Examinando el cestito de flores.) Mira y ve si las flores que llevamos recogidas bastan para las ceremonias del sacrificio.

ANASUYA. Ten presente que vamos á dar culto á los Dioses tutelares de nuestra muy amada Sakúntalâ.

PRIYANV. Y es muy justo que lo hagamos con atencion y celo. (Sigue cogiendo flores. Luego se oye detrás del escenario una)

VOZ. Yo soy; ¡eh!

ANASUYA. (Con atencion.) Me parece voz extraña. Tal vez se anuncian nuevos huéspedes.

PRIYANV. Sakúntalâ está en su pabellon. (Aparte.) Por más que su corazon no está con ella.

ANASUYA. Mira, ya tenemos más que suficientes flores. (Dan algunos pasos para salir, y se oye detrás de la escena una)

VOZ. ¡Ay de tí, que has despreciado al hombre recto y virtuoso! Fija el alma en aquel á quien has dado posesion absoluta de tu memoria, no percibes que yo tambien soy penitente. Pues bien; escucha mis palabras: se acordará de tí y no te reconocerá por esposa, como el que ha perdido el juicio, que no recuerda la palabra apénas salida de sus labios.

PRIYANV. ¡Oh, dolor! ¡Oh, pena! Algo desagradable ha pasado. Sakúntalâ, distraida en sus dulcísimos ensueños, ha, quizá, ofendido á algun anacoreta venerable, digno de honor y de respeto. (Observando á los costados.) Y, á lo que parece, ha sido á un respetable individuo de la Laura, nada ménos que al gran Rishi Durvâsas, de ca-

rácter irascible y ligero. Despues que ha lanzado tan terrible anatema, le he visto retroceder con paso tembloroso, pero tan veloz, que me pareció un huracan irresistible; y su poder, semejante al de Agni, invencible, mensajero de los Dioses.

ANASUYA. Anda, échate á sus piés, y muévele á que absuelva á nuestra amiga; yo voy entre tanto á preparar el agua sagrada.

PRIYANV. Voy en seguida. (Sale.)

ANASUYA. (Tropieza y deja caer las flores.) ¡Oh, dolor! El cestito de flores se me ha deslizado de la mano. (Recoge las flores. Despues de una breve pausa entra)

PRIYANV. Amiga mia, este santo varon ha demostrado una vez más conmigo su carácter repulsivo y sus maneras bruscas; aunque me parece haberle movido un poco á benevolencia, está resuelto á no cambiar una sola de sus palabras.

ANASUYA. Y no es poco si de su dureza has logrado eso. Cuéntame lo que ha pasado.

PRIYANV. Cuando noté que persistía en no volver atrás la vista, le hablé de esta manera: «Varon santo, considera que esto ha pasado hoy, por vez primera. La hija del nobilísimo Rishi ignoraba la virtud del Tapas terrible. Perdona, pues, esta única ofensa de la amada compañera.»

ANASUYA. ¿Y cuál fué su respuesta? Habla pronto.

PRIYANV. Luego me dijo: «Mi palabra no puede cambiarse; pero escucha: cesará la maldicion en el momento de ver el Rey una joya, que será la señal de reconocimiento.» Así habló, y en el instante mismo desapareció por virtud propia.

ANASUYA. Ya podemos respirar tranquilas; precisamente al partir puso el rey generoso en su dedo un anillo por recuerdo, y en él está grabado su nombre augusto. En esta joya tendrá Sakúntalâ un talisman seguro contra la maldicion del Rishi, de que podrá usar libremente.

PRIYANV. Vamos, es llegada la hora de cumplir nuestro deber en el servicio de los Dioses. (Andan unos pasos observando, y sigue.) ¿Qué veo? Acércate, Anasûya, y mira. Apoyada la mejilla en la mano izquierda, está allí nuestra preciosa amiga, fijo su pensamiento en el amado esposo, sin darse cuenta siquiera de sí misma. ¡Cómo ha de observar lo que en torno suyo pasa!

ANASUYA. Priyanvadâ, yo creo que este suceso no debe salir en modo alguno de nuestro pecho. Trataremos tambien con la mayor dulzura á la amiga, que es naturalmente sensible y delicada.

PRIYANV. Indudablemente, debemos hacerlo así; no podria, sin grave daño, regarse con agua hirviendo á la tierna flor Navamâlikâ. (Salen las dos.)

FIN DE LA INTRODUCCION Ó VISHKAMBHAKA.

Entra un discípulo que acaba de levantarse de dormir.

DISC. El noble Kaçyapa ha vuelto de su excursion y me ordena que vea la señal de la hora. Voy á salir al aire libre, y en un instante veré lo que resta de la noche. A ello, pues. (Da unas vueltas y observa.) ¡Hola! ya hay luz; y de este lado veo que el rey de las plantas y antorcha de la noche se dirige á la cima de la montaña de poniente; por el lado opuesto se presenta ya el sol, precedido de su veloz auriga la aurora. La manera de estar de los hombres en la tierra se cambia igualmente en los momentos simultáneos de salir y ponerse las dos grandes luminarias. Y es singular que, apénas desaparece el astro de la noche, se esconde á mi curiosa mirada una especie de flor Lotos, cuya belleza primera

queda siempre fija en la memoria. Así las penas de una bella producidas por la ausencia de su amado son ciertamente sobre toda medida penetrantes. (Entra precipitadamente.)

ANASUYA. Por más que una muchacha que vive alejada de estos asuntos no los entiende, para mí es indudable que el rey Dushyanta no ha obrado rectamente con Sakúntalâ.

DISC. Voy á anunciar al Maestro que es ya llegada la hora de celebrar el sacrificio Sôma (Sale).

ANASUYA. Ahuyentado el dulce sueño de mis ojos, ¿qué hacer? Piés y manos apénas quieren ponerse en movimiento para dar comienzo á mis tareas ordinarias. El divino Amor puede estar contento de su obra. La infortunada Sakúntalâ, impulsada por su influjo irresistible, da su mano á un hombre que, faltando á su fe y á su palabra, la deja abandonada á los pocos momentos de celebrado el himeneo. Su tierno corazon vive penando en profunda soledad y desconsuelo. Pero no... La maldicion de Durvâsas, y no el rey, ha producido tanto daño. Porque, al ménos, el generoso príncipe, que tales cosas obró y dijo, hubiera enviado, despues de tantos dias, una carta ó un sencillo mensaje. Le mandaríamos, para recuerdo de su palabra, el anillo de reconocimiento; pero ¿quién informa del suceso á un hombre endurecido por el pesar y por el tapas? Y aunque Sakúntalâ está libre de culpa en el asunto, me falta valor para anunciar á Kâçyapa que se ha enlazado en himeneo con Dushyanta, y que ahora es tan desgraciada. ¿Pero si nuestras precauciones no bastan á conservar el secreto?... Cómo saldríamos de este enredo!... (Entra precipitadamente.)

PRIYANV. (Con júbilo.) Corre, corre, ven á completar nuestra alegría: Sakúntalâ sale hoy mismo para unirse con su esposo.

ANASUYA. ¿Qué dices? Cuenta; ¿cómo puede ser esto?

PRIYANV. Escucha un momento. Me dirigía á la tienda de Sakúntalâ para informarme de su estado y saber cómo había pasado la noche.

ANASUYA. ¿Y qué?

PRIYANV. Entónces el Maestro Kâçyapa, abrazándola con dulzura, la saludó con estas palabras, que hicieron aparecer en su hermoso rostro el bello carmin de la vergüenza: «Afortunada eres. El sacrificio cayó en el fuego aunque el humo perturbó un momento la faz del sacerdote. Hija mia, tu porvenir se presenta risueño y envidiable como la ciencia que se entrega á un discípulo prudente y aplicado. Hoy mismo partirás al lado de tu esposo, escoltada por varones prudentes y sabios y por damas de autoridad y de respeto.»

ANASUYA. ¿Y quién ha manifestado á Kâçyapa el oculto suceso?

PRIYANV. Al penetrar en el recinto del sagrado fuego, una voz pronunciada por un sér invisible se lo dijo.

ANASUYA. (Con asombro.) ¿Qué le dijo? Prosigue.

PRIYANV. (Hablando en sanskrit.) «¡Oh, Brahman! Sakúntalâ lleva en su seno un rayo de luz que ha recibido de Dushyanta para salud del mundo; á la manera que la planta Çamî encierra el gérmen del fuego.»

ANASUYA. (Abrazando á Priyanvadâ.) ¡Oh! qué placer tan inmenso me produce esta nueva. Pero ¿qué digo? Cuando pienso que hoy mismo se llevarán á Sakúntalâ, siento en mi ánimo gozo mezclado de tristeza.

PRIYANV. Nosotras debemos justamente procurar que la tristeza no turbe la tranquilidad de su alma: la bella solitaria debe estar hoy llena de contento.

ANASUYA. Así pienso yo tambien. Por eso precisa-

mente he guardado una guirnalda de flores *Kesaras*, que conservan su belleza largo tiempo, en esa cajita de coco que ves ahí colgada de la rama de Mango. Tómala tú y guárdala con cuidado. Entre tanto yo voy á preparar de este almizcle, con tierra del suelo del baño sagrado y tiernos tallos de la planta Dûrva, un perfume delicioso y símbolo de ventura.

PRIYANV. Hagámoslo así. (Sale Anasûya y Priyanvadâ se pone á coger flores. Entre tando se oye una)

VOZ. Gautamî, que Çârngarava y los compañeros vayan en busca de Sakúntalâ.

PRIYANV. (Prestando atencion.) Anasûya, escucha, ya llaman á los sabios que han de acompañar á Sakúntalâ á Hastinâpura.

ANASUYA. Vamos tambien nosotras. (Andan unos pasos.)

PRIYANV. Aquí viene Sakúntulâ radiante de hermosura: ya trae lavada y arreglada la cabeza. Lindas jóvenes la rodean y saludan, diciéndola bendiciones y presentándola el arroz del sacrificio. Acerquémonos á ella. (Entran á Sakúntalâ sentada en un sillon de mano, con el acompañamiento dicho, y tres mujeres penitentes.)

1.ª PENIT. (A Sakúntalâ.) Hija mia, recibe desde hoy el título de «Gran Reina» que simbolice la estimacion y cariño del augusto esposo.

2.ª PENIT. Hermosa niña, que seas pronto madre de un héroe dominador del mundo.

3.ª PENIT. Afortunada esposa, que seas siempre honrada con el cariño más profundo de tu amado. (Las tres penitentes salen, quedando Gautamî. Despues entran las amigas.)

PRIYANV. Adorable amiga, deseamos con todo nuestro corazon que el baño te devuelva tu vigor y lozanía.

SAKÚNT. Bienvenidas sean mis queridas amigas; tomad asiento á mi lado.

AMIGAS. (Lo hacen.) Sakúntalâ amada, debes estar

dispuesta para partir: entre tanto, vamos nosotras á preparar el *perfume de la fortuna.*

SAKUNT. ¡Oh! cuánto debo estimar estas muestras de vuestro cariño. Tal vez nunca más tendré la dicha de ser adornada por manos tan queridas. (Se limpia las lágrimas.)

AMIGAS. No está bien que llores en estos momentos de tanta dicha y de la más grande ventura que en la tierra cabe. (Lloran. Luego empiezan á vestirla y adornarla.)

PRIYANV. El cuerpo hermoso y elegante forma extraño contraste con los preciosos vestidos, que fácilmente pueden adquirirse hasta en una Laura de solitarios y penitentes. (Entran dos jóvenes con regalos en las manos.)

JÓVENES. Aquí teneis un adorno precioso; ponedle tambien á la nobilísima niña. (Les miran asombradas.)

GAUT. Hijo mio Nârada, ¿de dónde ha venido tan rico adorno?

NARADA Del gran poder del venerable Kâçyapa.

GAUT. ¿Es obra de su espíritu elevado?

2.° JÓV. No, ciertamente, no habeis pensado bien; escuchad y sabreis su orígen. El gran Kâçyapa nos dijo lo siguiente: «Andad y coged flores de los árboles para Sakúntalâ.» Y cuando estábamos en esta ocupacion, hé aquí que un árbol produjo un vestido de lino, color rojizo de luna, portador y símbolo de ventura: otro destilaba una suavísima sustancia resinosa, cuyo uso es muy benéfico en los piés delicados de una bella: otros daban adornos de sus tallos nacientes, y todos se mostraban generosos, como haciendo competencia á las manos benéficas y espléndidas de las divinidades de las selvas que derraman la dicha y la fortuna.

PRIYANV. Indudablemente, favores tan señalados demuestran y anuncian la felicidad sin límites, que gozarás en la morada del esposo.

NARADA. Ven, Gautama, ven; corramos á dar cuenta al maestro Kâçyapa, que sale del baño, de los ricos dones que los árboles han prodigado á Sakúntalâ.

2.° JÓV. Sí, sí, corramos. (Salen.)

AMIGAS. ¡Oh dolor! jamás hemos puesto un adorno; pero la práctica que tenemos en la pintura nos servirá de norma para ajustar con elegancia el traje y los adornos á tu lindo cuerpo.

SAKUNT. De todo os sacará bien vuestra especial destreza. (Se ponen á adornarla. Pocos momentos despues entra Kaçyapa que viene del baño.)

KAÇYA. Hoy se irá Sakúntalâ; mi corazon está oprimido de pena. Gruesas lágrimas se agolpan á mis ojos y ahogan mi garganta, mi vista se turba y se ofuscan mis sentidos ante la muchedumbre de cuidados y disgustos; si el cariño que profeso á esta niña produce en todo mi sér perturbacion tan grande, y soy anacoreta y he renunciado al mundo y sus encantos, ¡cuál será el martirio de un padre al verse privado por vez primera de su hija muy querida! (Anda como turbado.)

PRIYANV. Bella Sakúntalâ, ya estás vestida y adornada; échate ahora el manto doble por encima de los hombros. (Se levanta y la echa el manto.)

GAUT. Hija mia, aquí está tu padre, en pié, esperando tu abrazo, con los ojos henchidos de lágrimas; su gozo, al verte dichosa, es grande; no faltes tú á los deberes de hija bien educada.

SAKÚNT. ¡Padre querido! bien venido seas.

KAÇYA. El más ardiente deseo de mi corazon es que seas honrada por tu esposo augusto como *Çarmishtâ* por *Yayâti*, y que tengas tambien un hijo destinado á ser dominador y rey supremo, como aquella tuvo al gran *Puru*.

GAUT. Señor mio, vuestras palabras son para ella prenda segura de que obtendrá tan altos dones.

KAÇYA. Ahora, hija mia, da una vuelta al sa-

grado fuego, en direccion de la derecha. (Todos dan la vuelta: entre tanto dice en tono sentencioso al modo de los versos del Rigveda.) «Estos fuegos tomados del ara sagrada, puestos sobre el altar con nuevo combustible, y la hierba kuça esparcida en sus extremos, con el suavísimo olor del sacrificio, aparten léjos de tí el pecado y limpien tu corazon de toda mancha.» Ya puedes emprender confiada la marcha. (Queda pensativo.) ¿Dónden están *Çârngarava* y sus compañeros?

ÇARN. Señor, aquí estamos todos.

KAÇYA. Anda y vé delante, para que muestres el camino.

ÇARN. Por aquí, señora mia.

KAÇYA. ¡Oh, vosotras, flores y plantas de esta Laura deliciosa! Sakúntalâ, que con solícito cuidado refrescaba vuestros ardores ántes de apagar la sed propia; que, por cariño á vosotras, jamás arrancó de su lugar un tallo ni un capullo para usarlo como adorno; que celebraba como gran fiesta el primer dia en que aparecían vuestras flores y tiernos botoncitos; la que siempre fué alegría de estas selvas, pide vuestra vénia para marchar al lado de su esposo amado. No le negueis este consuelo... (Hace oir los gorjeos de un kokila.) Escuchad. Sakúntalâ obtiene de las plantas y flores, compañeras y amigas de sus tiernos años, la vénia para emprender su viaje. Así lo manifiestan por los dulces sonidos de este kokila (1). (Se oye en el aire una)

Voz. Que los risueños lagos, con sus verdes y plácidas riberas, vestidas de Lotos, hagan ligero y ameno el viaje; las sombras de tupidos árboles cierren el paso á los rayos del sol ardiente; suavísimo y perfumado polvo de Lotos,

---

(1) *Kokila, cuculus indicus.* El macho de esta ave tiene un canto muy agradable. Los poetas indios le celebran con frecuencia.

llenando los espacios, dé placer á la hermosa viajera; vientos suaves, apacibles y tranquilos impulsen su marcha. (Todos escuchan asombrados.)

GAUT. ¡Bella mia! Los genios tutelares de nuestra Laura te dan su bendicion para el viaje, en premio del amor con que les has rendido adoracion y culto. Honra una vez más á los benéficos Dioses.

SAKÚNT. (Haciendo vénias en diversas direcciones. Luego dice aparte.) Querida Priyanvadâ, aunque mi corazon suspira justamente por estar con el amado esposo, ahora que llega el momento de abandonar este retiro, me faltan las fuerzas y los piés se mueven con trabajo.

PRIYANV. ¡Oh! Todos los moradores de la Laurá y los séres que viven en la selva dan claras señales de la profunda pena que tu marcha les produce. ¿No lo ves? Las graciosas gacelas dejan caer el bocado; los pavos reales suspenden sus alegres danzas y gorjeos; las Trepadoras y Lianas despiden una á una sus hojas amarillas, como lágrimas de pesar y de ternura.

SAKÚNT. Padre mio, dejadme despedir tambien de la trepadora *Vanachiotsna*, que ha sido para mí como una hermana.

KAÇYA. Ya sé que la querías como á hermana; ahí la tienes á tu derecha.

SAKÚNT. (Da unos pasos hácia la planta.) ¡Luz de la noche! Aunque asida fuertemente al árbol Mango, estréchame tambien con estos ramos, que, como brazos, tienes extendidos; desde hoy no podré darte mis cuidados.

KAÇYA. Al modo que esta planta Navamâlika se ha enlazado con el árbol Mango, has obtenido tú un esposo digno de tu nombre y de tus virtudes; por tu suerte, como por la suya, estoy libre de cuidados... Ea, pues, tiempo es ya de emprender la marcha.

SAKUNT. Amigas mias, á vuestro cuidado encomiendo mis flores y mis plantas.

AMIGAS. ¿Y quién cuidará de nosotras y de nuestro destino? (Lloran.)

KAÇYA. Basta de llorar, Anasûya. (Todos andan algunos pasos.)

SAKÚNT. ¡Padre mio! Cuando esta pesada gacela, que se mueve con penoso esfuerzo alrededor de las tiendas tenga un hijito, despachadme algun correo que me dé la buena nueva.

KAÇYA. Te prometo cuidar de esto.

SAKÚNT. (Haciendo como si algo se opusiera á su marcha.) ¿Quién se pega tanto á mi vestido?

KAÇYA. La que no quiere dejarte libre el paso es aquella gacela agradecida que, atormentada por una espina de Kuça, la curaste, rociando la herida con ungüento suavísimo de aceite Ingudî; despues has usado con ella gran cuidado, tratándola en todo como á hija muy querida.

SAKÚNT. Linda gacela, ¿á qué me sigues ahora que abandono este recinto? Sin la madre que perdiste en los primeros momentos de tu vida, has sido criada; el amable maestro te cuidará en mi ausencia. Vuélvete, pues, y déjame libre el paso. (Llora.)

KAÇYA. No dejes caer tu espíritu en abatimiento; cese ya de tus ojos el llanto, que impide la ejecucion de buenas obras, y levanta tus hermosos párpados al cielo. Si en tu marcha no prestas atencion á las quebraduras y asperezas, tropezarás y caerás seguramente.

ÇARN. Maestro venerable, «hasta un depósito ó corriente de aguas se debe únicamente acompañar á la persona amada.» Así lo ordena la ley santa. A la vista tenemos la ribera de un lago; comunica tus postreras órdenes, y puedes retirarte.

KAÇYA. Has hablado rectamente; pero deja que

descansemos un momento á la sombra de aquella frondosa higuera... (Se dirigen todos al punto señalado.) ¿Qué mensaje llevarías de nuestra parte y digno de nosotros al rey Dushyanta? (Queda pensativo.)

SAKÚNT. Mira, Anasûya, y escucha; la tierna avecilla C'akravaka da gritos, llamando á su amado compañero, que se oculta detras de unas hojas de Lotos, y le dice: «sufro mucho.»

ANASUYA. Calla, y no atormentes tu corazon con tales pensamientos. No ves que esta mísera avecilla pasa resignada la noche, que la ausencia de su amadō hace mucho más larga y penosa? La dulce esperanza hace más ligeros los pesares.

KAÇYA. Çârngarava, cumplida tu primera mision de presentar á Sakúntalâ al Rey, le dirás en mi nombre...

ÇARN. Lo que ordene el venerable maestro.

KAÇYA. «Considera, noble príncipe, con el mayor detenimiento, que nuestra riqueza y la base de nuestra dicha está en la negacion y dominio de la voluntad propia. Si tu familia es de ilustre descendencia, no es ménos elevado el nacimiento de esta nobilísima princesa; el amor de su alma es puro y espontáneo su cariño, y no criado por inspiraciones de familia. Lo que tenga decretado el inmutable destino debe cumplirse y no pueden cambiarlo ni juzgarlo siquiera los parientes de la esposa.»

ÇARN. Está comprendido vuestro mensaje.

KAÇYA. Hija mia: escucha mis últimas palabras, y graba en tu corazon mis consejos. Aunque moradores de las selvas, no desconocemos del todo los asuntos de la tierra.

ÇARN. Nada, ciertamente, se oculta á la mirada penetrante del verdadero sabio.

KAÇYA. Cuando estés en la morada de tu esposo,

escucha la voz de los maestros y de los sabios. obra con las compañeras de palacio como sincera y cariñosa amiga; no contrarí s con encono la voluntad de tu esposo, aunque defiendas la justicia; sé atenta y amable con los que te sirven y rodean, y modesta en la próspera fortuna: las jóvenes que así obran son verdaderas señoras de su casa; las que no guardan esto son en ella una carga pesada. ¿Qué opina Gautamî de lo que estoy diciendo?

GAUT. No debe ser otra la costumbre de la mujer: conserva todo esto en tu corazon y serás dichosa.

KAÇYA. Es llegada la hora de nuestra separacion: dame el último abrazo, y hazlo tambien con tus amigas.

SAKÚNT. (Abraza al Maestro.) Cómo podré soportar la vida, arrancada para siempre del seno del amado padre, cual la planta C'ándana, trasportada á otro suelo desde la pendiente del Malaya!

KAÇYA. ¿Qué pensamientos abaten tu corazon y ofuscan tus sentidos? Cuando te veas estimada y honrada por un esposo de glorioso nombre y de nobilísimo linaje que te haga señora de su casa; cuando deberes altos y sagrados ocupen sin cesar tu mente; cuando, en no lejanos dias, nazca de tí un hijo hermoso como el sol de las regiones orientales; entónces, hija mia, no turbará tu dicha el recuerdo del padre, que pasa léjos de tí los postreros dias de su vida... (Sakúntalá cae á los piés del Maestro.) ¡Ojalá que tengas todo lo que para tí deseo!

SAKUNT. (A las amigas.) Dadme las dos un fuerte abrazo. (Lo hacen.)

PRIYANV. Si el Rey augusto, influido por fuerza extraña, desconociese tu persona y negase tus derechos, preséntale este anillo que lleva grabado su propio nombre.

SAKÚNT. Esta siniestra duda me hace temblar. Dices bien.

PRIYANV. Nada temas; el amor sospecha siempre mal del sér amado.

ÇARNG. El sol ha pasado ya del punto medio de su carrera; no debemos dilatar más tiempo la marcha, señora.

SAKUNT. (Mirando á la Laura.) ¡Oh, cuándo verán mis ojos esta Laura que tan gratos recuerdos encierra.

KAÇYA. Escucha, cuando hayas sido, el tiempo decretado por el destino, señora de la anchurosa tierra y hayas dado tambien esposa al hijo incomparable de Dushyanta y tuyo, entónces pisarán una vez más tus plantas esta Laura, con tu esposo, que, confiado, echará sobre el nuevo príncipe la carga del Gobierno.

GAUT. Ea, pues, pongamos término á la despedida; el tiempo más precioso para el viaje se pasa; no detengas más, hija mia, al padre con nuevos discursos. Y tú, noble maestro, vuelve á dirigir los asuntos de la Laura.

KAÇYA. Dices bien; he descuidado largo tiempo mis prácticas sagradas.

SAKUNT. (Le abraza otra vez.) Vos, padre mio, atormentais demasiado vuestro cuerpo con privaciones y penitencias. Siquiera por mí, contened el celo de vuestro espíritu.

KAÇYA. ¡Cómo ha de tener fin mi dolor, hija mia, cuando mis ojos vean crecer á la puerta de tu morada las flores, hierbas y el arroz del sacrificio que tus manos plantaban. Anda, que sea próspero tu viaje. (Sale Sakúntalâ con su comitiva.)

AMIGAS. (Mirando en la misma direccion.) ¡Oh dolor, dolor! ¡Sakúntalâ desaparece para siempre entre los árboles del bosque!

KAÇYA. Hijas mias, la hermosa compañera de vuestras inocentes diversiones, cuya dulce voz

animaba nuestros actos religiosos, nos abandona para siempre. No dejeis por eso abatir vuestro espíritu, y seguidme á la Laura.

AMIGAS. Maestro, ¿y cómo podremos soportar la vida en ella? Sin Sakúntalâ encontraremos lóbregas y tristes sus antes risueños pabellones.

KAÇYA. Ciertamente; así pinta los objetos el amor verdadero. (Se pasea en ademán triste y mesurado.) Ahora, hijas mias, que he enviado á Sakúntalâ á la morada del esposo amado, vuelve la tranquilidad á mi alma. Y en verdad, esta niña era, en mis manos, un tesoro ajeno. Restituido, en este dia, á su dueño legítimo, el esposo, renace en mi corazon la paz y la ventura que por breves momentos le habian abandonado. (Salen todos.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

La escena tiene lugar en Hastinapura, capital de Dushyanta.

Entra el Rey llevado en una silla, y á su lado el Bufon.

BUFON. (Aplicando el oido.) ¡Hola, qué escucho! en la sala de música se oyen los dulcísimos tonos de una voz suave y sonora. Será tal vez la graciosa Hansapadikâ que se está ejercitando en el canto.

REY. Guarda silencio; escucharemos un momento la melodía. (Se oye una voz que canta.)

VOZ. (Cantando.) ¡Cómo has de sentir la dulzura de la miel fresca, tú, malévola abejilla, si poco ántes besabas con delicia los capullos de Mango, y ahora desprecias su dulzura y te vas á vivir en el cáliz de la flor Lotos!

REY. ¡Oh! ¡cuánta verdad encierran sus palabras, y qué belleza se destila de sus notas delicadas!

BUFON. ¿Pero has comprendido, amigo, el blanco contra quien van dirigidas esas palabras y su hermosa melodía?

REY. ¡Oh! tiene razon. Hubo un tiempo en que la amé casi con delirio, y ahora reprende con dureza y con justo enojo mis relaciones amorosas con la augusta Vasumatî. Amigo Mathavya, anda y di en mi nombre á Hansapadikâ que

admiro y alabo el arte y delicado talento con que reprende mis amores.

BUFON. Serás obedecido. (Se levanta.) Pero temo que si la enojada princesa me agarra por los cabellos y con su linda mano golpea mis espaldas, tendré más trabajo en salir de sus redes que un solitario por vez primera aprisionado en los hechizos y encantos de una Apsarâ, despues de haber logrado vencer sus apetitos y pasiones.

REY. Anda, anúnciala el mensaje con palabras respetuosas y corteses.

BUFON. ¡Eh! ¿por dónde salgo? (Sale.)

REY. (Aparte.) ¿Por qué este canto ha producido en mi ánimo tal abatimiento y tan profunda tristeza? Ahora ciertamente no tengo que llorar la ausencia de mi amada. Pero ¡oh dolor! El hombre en la cumbre de la dicha no está exento de pesares. Terrible ansiedad devora su ánimo desde el momento en que ve objetos preciosos ó escucha sonidos agradables. Entónces acuden de una vez á su mente gratos recuerdos, cuya imágen nunca se borra del alma infortunada. (Da señales de gran turbacion; despues de una pausa entra el camarero de la reina.)

CAMARERO. ¡Mísero de mí! ¡A qué estado me han traido los años! Esta caña que, segun costumbre de mi oficio, llevo por baston cuando paso revista á las habitaciones de la reina, tiene que servirme ya de báculo y de apoyo; cada dia encuentro más dificultad para moverme... Sé bien que no conviene al rey descuidar el despacho de los negocios ni dilatar su exámen; pero tampoco es oportuno anunciarle ahora la venida de los discípulos de Kanva; hace sólo breves instantes que se ha levantado de la silla de trabajo, y ya vienen, cuando ménos, á perturbar tan efímero reposo. Pero... digo mal; el que tiene el cargo de regir los destinos de los pue-

blos no debe permitirse el más leve descanso. ¿Pues qué? Una vez tan sólo engancha el sol sus velocísimos corceles, y el viento, portador de dulcísimos aromas, corre infatigable dia y noche; Çêshas (1) sostiene tambien sin descanso el peso de la tierra; no es otro el deber de un soberano que recibe de sus vasallos el sexto por tributo. Ea, pues, voy á desempeñar mi cometido. (Anda unos pasos.) ¡Hola! allí está el Rey. Despues de conversar con sus vasallos como si fueran hijos propios, se retira á la soledad henchido su corazon de placer y de contento; semejante al pastor de los elefantes, que congrega el rebaño al llegar el sol á la mitad de su carrera, y busca un lugar fresco donde sustraerse al influjo de sus pesados rayos. (Acercándose.) La victoria os acompañe, Rey augusto. Acaban de llegar unos solitarios de una Laura de la falda del Himalaya acompañando á unas damas; dicen que son portadores de un mensaje de Kâçyapa. Dígnese el Rey manifestar su voluntad soberana.

REY. (Con respeto.) ¿Dices que traen un mensaje de Kaçyapa?

CAMARERO. Así es.

REY. Anda y anuncia de mi parte al Maestro Somarâta que reciba á los moradores de las selvas como las sagradas tradiciones prescriben, y que él mismo, sin demora, los introduzca á mi presencia. Yo entre tanto voy á esperarles en el lugar destinado á la recepcion de anacoretas.

CAMARERO. Sereis al punto obedecido. (Sale.)

REY. (Se levanta.) Vetravatî, anda y ábreme paso

---

(1) Monstruo, rey-serpiente, con mil cabezas, que vive bajo las siete Patâlas, ó regiones de la tierra. Esta descansa sobre una de sus cabezas.

al lugar donde el sagrado fuego se conserva.

VETRAVATI. Este es el camino, señor.

REY. (Anda unos pasos; luego, fingiendo pesar de ser rey, dice) Todo el mundo puede gozarse en el logro de sus deseos; pero los placeres á que el Rey se entrega son siempre causa y principio de nuevas penas y molestias. La satisfaccion de apetitos y deseos apaga por un momento la ansiedad del alma; pero la conservacion de lo ganado sólo pesares y dolor produce. La soberanía real es como un gran quitasol que, llevado en propia mano, aumenta el cansancio y la fatiga. (Detrás de la escena dos heraldos.)

HERALDOS. ¡Sea el Rey victorioso!

HERALDO 1.° Sin pensar en el placer propio sufres diariamente penalidades por causa de los hombres; pero este es el destino de tu vida. El árbol frondoso recibe calores vehementes y protege de los rayos solares al que busca la sombra de su copa.

HERALDO 2.° Tú llevas el báculo para contener á los que andan por camino errado: tú pones paz en la contienda y prestas eficaz auxilio en el peligro. La gloria y las riquezas de los hombres se perpetúan en su familia: para tí no existe otra familia que tu pueblo: él cuidará de conservar el esplendor y la fama de tu nombre.

REY. Hace un instante que me sentía cansado de alma y cuerpo; pero al verme rodeado de vosotros, un vigor fresco y siempre nuevo levanta mis fuerzas abatidas. (Se pasea entre ellos.)

VETRAVATI. El terrado que está delante del templo del sagrado fuego, donde tambien se guarda la vaca del santo sacrificio, ofrece el más risueño aspecto despues de la purificacion que en él se ha hecho. Suba, pues, el Rey bondadoso.

REY. (Sube apoyado en el hombro de Vetravatí.) Vetravatî, ¿no has adivinado el objeto de la venida de estos

venerables, mandados por Kaçyapa? ¿Será tal vez que las prácticas del Tapas que habian dado feliz comienzo, se han interrumpido de nuevo por maléficas artes de los genios? ¿O habrá sobrevenido tal vez alguna desgracia sobre los moradores de la selva? Tambien pudiera ser que el influjo de alguna falta mia haya perturbado el crecimiento y desarrollo de las plantas sagradas. Estas y otras dudas asaltan, en tropel confuso, mi mente... pero... no acierto á resolver el enigma.

VETRAVATI. Yo creo que estos sabios Rishis vienen á daros parte de algun extraordinario y próspero suceso. (Entran el camarero y el sacerdote de la casa, introduciendo á los solitarios: detras viene Gautamî con Sakúntalá.)

CAMARERO. Entren ya los señores.

ÇARNG. ¡Amigo Çâradvata! ¡Grande es la majestad del Rey soberano; con todo, ¡mira! toda esta gloria que le circunda no es bastante á desviar su corazon del camino de la virtud. Nadie, en su reino ni entre la más baja de las castas, anda por caminos extraviados. Es verdad que este palacio, en que tantos hombres bullen y se mueven diligentes, se pinta en mi espíritu, acostumbrado al silencio de las selvas, como un templo cercado de fuego.

ÇARAD. Tal era ya tu modo de pensar ántes de poner los piés en la corte. Tu juicio me parece acertado. Y tanto es así, que yo no encuentro aquí diferencia entre el hombre lavado y el ungido con aromas, entre el hombre puro y el manchado, el despierto y el dormido, el esclavo y el que obra con libre albedrío, porque así pasa con el hombre que se entrega á los placeres.

SAKUNT. (En tono misterioso.) ¡Ay! Un picor fuerte he sentido en este ojo derecho. ¡Oh dolor! Será tal vez signo de alguna desventura.

GAUT. ¡Hija mia! No tienes ahora motivos porque temer esos males que tu corazon augura: los dioses patrios te concederán seguramente dicha y envidiable fortuna. (Se van acercando.)

SACERDOTE. (Señalando al Rey.) Venerables solitarios: allí os espera el generoso protector de las castas y de los Rishis. Aunque ha pasado la hora de despacho, no se niega á escuchar vuestro mensaje: miradle; con paternal agrado os espera.

ÇARNG. ¡Gran Brahmán! el celo del Rey es muy digno de alabanza; pero no somos nosotros, ciertamente, la causa de sus molestias. Los árboles se inclinan bajo el peso de los sabrosos frutos; las nubes descienden cuando están cargadas de agua. Estas cualidades son propias de los que han nacido para prestar á otros auxilio; pero las riquezas y la dicha no han de ser causa de orgullo para los poderosos de la tierra.

VETRAVATI. Y parecen de carácter risueño... Será porque los Rishis no tienen que cuidarse de los asuntos de la tierra.

REY. (Mirando á Sakúntalá.) Una dama de noble aspecto les acompaña! Quién será esta bella cuyo lindo cuerpo, áun á través del velo, parece semejente á una flor cuando sale del capullo? Entre las solitarias sobresale como una verde y esbelta rama envuelta en hojas marchitas y amarillas.

VETRAVATI. Extrañas dudas va despertando en mí la presencia de esta dama: toda su figura me parece linda y hermosa.

REY. Quien quiera que sea, no está bien mirar á la mujer de otro.

SAKÚNT. (Poniendo la mano sobre el pecho.) ¡Corazon mio! ¿por qué tiemblas? ¿qué te espanta? Ea, ten confianza en el sincero cariño de tu amante; no desmayes, que su corazon es noble y generoso.

SACERDOTE. (Se adelanta.) Aquí están los sabios anacoretas: se les han tributado los honores que las leyes prescriben segun habeis ordenado. El jefe de ellos desea comunicaros un mensaje del Maestro. Dígnese el Rey escucharle.

REY. Estoy atento.

SOLITARIOS. (Levantando los brazos.) Honor y victoria al Rey soberano.

REY. A todos os saludo.

SOLITARIOS. Que veas pronto cumplidos tus deseos.

REY. Han sufrido acaso los sabios detrimento ó daño en sus ceremonias y prácticas sagradas?

SOLITARIOS. Siendo tú protector de los buenos, no hay que temer desacato de parte de los genios que impiden las prácticas sagradas. Las tinieblas se disipan allí donde penetran los rayos del sol brillante.

REY. No en vano llevo el nombre de rey augusto. Decidme, y el noble Kaçyapa ¿sigue trabajando con próspero suceso por la salud del mundo?

SOLITARIOS. Los hombres perfectos llevan siempre consigo la dicha y la fortuna. Despues de saludaros con respeto, os comunica por nuestra boca el mensaje siguiente:

REY. Decid pronto lo que el sabio me ordena.

ÇARNG. Estadme atento: esto dice el varon santo: «noticioso de que os habeis desposado con mi amada hija, he dado mi consentimiento á vuestro himeneo. Porque he dicho para mí: á tí te llaman el mejor entre los buenos, y Sakúntalâ es retrato acabado de virtud y de belleza: al unir así á un hombre y á una mujer en todo iguales, ha obrado Brahma con perfecta justicia y con acierto inusitado. Así, pues, recibe hoy á la preciosa niña, para que contigo cumpla los deberes de esposa.»

GAUT. ¡Noble príncipe! Por mi parte, aprove-

chando esta única ocasion que se me ofrece de dirigirte la palabra, debo recordarte una circunstancia grave; al obrar de esta manera, ni tú guardaste el respeto debido á los sabios, ni ella consultó á sus parientes. Libres sois ahora como entónces, puesto que obrasteis de comun acuerdo.

SAKÚNT. (Aparte.) ¡Qué contestacion dará el amado!

REY. Nada comprendo de lo que me decís.

SAKÚNT. (Aparte.) ¡Sus palabras son fuego que me abrasa!

ÇARNG. ¿Qué significan vuestras dudas? Versado como estais en los asuntos y hábitos del mundo, sabeis que las gentes juzgan mal de la mujer casada aunque su vida sea perfecta, si vive fuera de la casa del esposo: por esta razon desean siempre los padres que sus hijas no se aparten del amado.

REY. Todo esto significa que yo he celebrado himeneo hace algun tiempo con esta jóven?

SAKUNT. (Aparte: consternada.) ¡Ay! eran ciertos los temores de mi corazon.

ÇARNG. ¿Qué escucho? ¿El arrepentimiento de un hecho consumado, puede convertirse en desprecio y olvido de sacratísimos deberes?

REY. ¿Qué significa esa pregunta maliciosa?

ÇARNG. Ya lo entiendo: estos cambios que ofuscan la inteligencia son frecuentes en los que se dejan embriagar por la fortuna y por los placeres de la vida!

REY. ¿Pero que estás diciendo? Esto es injuriarme con insufrible altanería.

GAUT. ¡Hija mia! Sufre un instante la vergüenza de ser vista. Deja que aparte el velo de tu rostro y te reconocerá seguramente el esposo. (Hace lo dicho.)

REY. (Aparte, mirándola con asombro.) Si alguna vez me he desposado con esta incomparable y purísima

belleza, no sabré decirlo... pero me encuentro en igual caso que la abejilla cuando, al rayar el dia, ve no léjos de sí el suavísimo jazmin *Kunda*; no me es dado gustar las delicias de su hermosura; ni el corazon me permite dejarla abandonada. (Queda como luchando con sentimientos contrarios.)

VETRAVATI. Mucha devocion tiene mi amo á sus deberes. ¿Quién, si no, hubiera dudado al ver que la fortuna le ofrece la posesion y dominio de tan singular belleza?

ÇARNG. Tu silencio te condena.

REY. ¡Oh, tapasvins! (1) por más que pienso no logro recordar el acto solemne que decís he celebrado con esta hermosa dama. Y cuando nada me prueba que yo sea su esposo, ¿cómo he de recibirla si en ella veo señales evidentes de que pertenece á otro?

SAKÚNT. (Aparte.) El orgulloso príncipe pone ya en duda nuestro himeneo. Ya no queda en mi alma un solo rayo de esperanza... ¡cuánta es mi desventura!

ÇARNG. No has hablado rectamente. ¿Acaso es tu intencion vituperar al sabio Kaçyapa por haber dado su consentimiento al himeneo que has celebrado con su hija? Y á fe que te hace honor cediéndote la posesion del precioso tesoro que has robado.

ÇARAD. Amigo Çarngarava, cesa ya de hablar en vano. Y tú, Sakúntalâ, ya ves que hemos dicho al Rey nuestro mensaje, y has escuchado su respuesta. Preséntale, por fin, una prueba irrecusable de la verdad de tus derechos.

SAKUNT. (Aparte.) Si amor tan grande, y al parecer sincero, ha sufrido este cambio, ¿á qué evocar aún otros recuerdos? Mi destino será el despre-

(1) El que vive consagrado á las prácticas del Tapas.

cio y la compasion del mundo; esto me dice el corazon. (A media voz.) ¡Esposo mio! Pero... no, puesto que acabas de negar nuestro himeneo, no debo pronunciar este sagrado nombre. ¡Pâurava! No conviene á tu buen nombre y á tu fama que hoy rechaces á la que poco ántes deslumbrabas con seductoras promesas, y buscándola en su retiro, sorprendiste su corazon inocente con leyes y palabras que hoy no cumples.

REY. No prosigas... Lo que me imputas es un crímen. ¿Pretendes acaso manchar la pureza de mi nombre y echar por tierra el trono glorioso de mi casa? Tu vano empeño se asemejaría al furioso torrente, que, raspando la ribera, enturbia las aguas cristalinas y arranca el árbol de la costa.

SAKÚNT. Pues bien, si sólo por frívolas sospechas, y no por malicia, niegas mis derechos, una señal que me vino de tus manos abrirá tus ojos y alejará de tu corazon las dudas.

REY. La ocurrencia es ingeniosa y me agrada.

SAKÚNT. (Tocando el lugar donde tenía el anillo.) ¡Oh, dolor! El anillo ha desaparecido. (Llena de espanto, fija los ojos en Gautamí.)

GAUT. No desmayes; tal vez le has dejado caer al Çakrâvatâra en el momento en que te inclinaste para rendir veneracion á las aguas de Çac'itîrtha (1).

REY. (Sonriendo.) La más leve contrariedad disipa la constancia de la mujer, como dicen los sabios.

SAKÚNT. No es lo que tú piensas, sino que el destino inexorable ha puesto sobre mí su mano fuerte. Escucha, y te contaré otra cosa.

---

(1) Era este un lugar santo consagrado á «Çac'i», esposa de Indra. «Çakra-avatara» significa el descendimiento de Indra, uno de cuyos sobrenombres ó títulos es Çakra.

Rey. Ha llegado el momento de escuchar. Habla, pues.

Sakúnt. ¿No recuerdas de cierto dia en que, estando conmigo en el pabellon de Navamâlikâs, tomaste en la mano un vaso hecho de hojas de Lotos, lleno de agua?

Rey. Te estoy atento, prosigue.

Sakúnt. Y en esto entró en el pabellon un hijito de gacela que yo llamaba Dîrghâpânga, y criaba con singular cariño. Tú, movido á compasion le decías: bebe primero. Y por este medio tratabas de atraerle hácia tí engañado con el agua. Pero no vino á tu lado, porque te desconocía. Mas cuando yo tomé el agua, tuvo confianza y vino conmigo: entónces asomó á tus labios la sonrisa, y digiste: «todos los séres tienen familiaridad con otros de su clase: vosotras dos sois habitantes de las selvas.

Rey. Con estas y semejantes invenciones tratan las mujeres de seducir á los hombres de mundo, cubriendo con el velo de la inocencia sus acciones.

Gaut. Príncipe augusto: no has hablado verdad. esta niña educada en una Laura, apartada del bullicio del mundo, desconoce por completo el fraude y la mentira.

Rey. ¡Venerable solitaria! La astucia es natural en los séres más débiles: la emplean igualmente los irracionales; pero es más fina y profunda en los dotados de ingenio y de conocimiento. No debes ignorar que las hembras del Kokila, ántes de remontar su vuelo á la region del aire, dejan sus pequeñuelos al cuidado de otras aves.

Sakúnt. Tus palabras dan la medida de lo que tu corazon encierra. Nadie, sino tú, infiel, es capaz de obrar de esta manera. Tu alma hipócrita se asemeja á una fuente escondida en la maleza.

Rey. (Aparte.) La firmeza y el enojo de esta bella,

cuyo corazon me parece sincero y libre de engaño, empiezan á despertar en el mio la duda. Cuando envuelto mi ánimo en caos tenebroso, y perdida por completo la memoria de los hechos pasados, negué, por vez primera, que algun dia la hubiese prometido fe y cariño, en contrato privado, ví que sus bellísimos ojos se volvían enrojecidos y terribles, y frunciendo sus cejas á impulsos de la ira, semejantes al arco de Amor, pronunció en tono firme y altanero palabras amenazadoras, llenas de fuego. (Alto.) ¡Bella mia! La vida y hechos de Dushyanta son en toda la tierra celebrados. Por lo tanto, ningun caso haré de vuestras amenazas.

SAKÚNT. Con eso quieres decir que para tí soy una mujer falaz y engañadora. ¡Mísera de mí! Deslumbrada por la fama de los Purus, me entregué en manos de este hombre, que en su boca tiene miel y su corazon encierra mortífero venero. (Se cubre con el delantal del vestido y llora.)

ÇARNG. Tales son los terribles efectos de una accion ejecutada por consejo propio. Por eso debe la mujer examinarse mucho ántes de consentir en celebrar su himeneo en secreto. El cariño de los hombres, cuyo corazon no se conoce, se vuelve fácilmente enemistad ó desprecio.

REY. ¡Eh! ¿Cómo te atreves á echar sobre mí ese cúmulo de injurias y baldones? ¿Por qué das sólo fe á las palabras de esta dama.

ÇARNG. (En tono de burla.) Ya has oido su respuesta. El estado de humillacion en que la pones da nuevo valor á sus palabras... ¡Cosa extraña! La voz salida de un corazon que jamás aprendió dolo ni engaño no merece ser atendida: las palabras de los hombres que aprenden la falacia y la mentira como ciencia, son dignas de atencion y de respeto.

REY. ¡Oh varon de verdad! Tu parecer es en esto

idéntico al mio. Pero dime: ¿qué vendría sobre mi si realmente fuese yo el seductor de esta dama?

ÇARNG. La ruina.

REY. No es creible que un Pâurava corra en pos de su desgracia.

ÇARAD. Çârngarava, ¿á qué hablar más? Hemos cumplido la mision que nos encomendó el Maestro: tiempo es ya de que volvamos á casa. (Al Rey.) Está probado que esta jóven es tu esposa; recházala ó recíbela contigo: entre los sabios es doctrina corriente, que el dominio del esposo sobre la mujer es absoluto.

GAUT. Salgamos nosotros. (Salen.)

SAKÚNT. ¡Qué haceis! Engañada por este malvado, infiel á sus promesas, tambien vosotros me abandonais en esta situacion terrible? (Sale en pos de Gautamí.)

GAUT. Çârngarava, veo que Sakúntalâ nos sigue y me conmueven sus lamentos. Rechazada por el cruel esposo, nada más que tormento tendrá en su casa mi hija muy amada.

ÇARNG. (Volviéndose con ira.) ¿Acaso quieres seguir únicamente los impulsos del capricho? (Sakúntalâ permanece inmóvil y llena de espanto.) Sakúntalâ, si eres tal como el príncipe asegura, nada tiene que ver el venerable Maestro contigo, vástago indigno de tu nobilísima familia: y si tienes conciencia de que tus actos fueron inocentes, quédate; que la esclavitud al lado del esposo es gloriosa. Marchemos nosotros.

REY. ¡Oh solitario! ¿Por qué censuras tan duramente á esta dama? La refulgente luna despierta las flores kumulas, y el sol da nuevo esplendor á la hermosa Lotos Pankachas. Así el honor y el decoro impiden á los hombres rectos estrechar en abrazo á la mujer de otro.

ÇARNG. Pero si el que da leyes á los pueblos olvida sus primeros compromisos por afecciones pos-

teriormente adquiridas, ¿qué camino debe seguir el que tiene horror á la injusticia?

Rey. Voy á hacerte una pregunta: enséñame á discernir lo bueno de lo malo. En la duda de si estaré ofuscado, ó de que esta dama pretenda sorprenderme, habré de rechazar á la esposa ó mancharme con el trato de la mujer que no me pertenece?

Sacerdote. (Despues de una pausa.) Si álguien obrase de esta manera...

Rey. Tú que eres maestro de los pueblos, resuelve el problema.

Sacerdote. Mi parecer es este. Que la jóven permanezca en el palacio hasta que lleguen sus dias. La razon de esto es evidente. Acuérdate que los sabios te anunciaron un dia los destinos de tu casa, diciendo: «Tendrás un hijo que será poderoso y dominador del mundo.» Si el hijo de esta nobilísima dama estuviere dotado de semejantes cualidades, entónces la recibirás sin recelo y con gloria en el sagrado de tu casa. De lo contrario, quede asentado que sea de nuevo conducida á la de su padre.

Rey. Cúmplase lo que los sabios han dicho.

Sacerdote. Quede así; hija mia, sígueme.

Sakúnt. ¡Santa tierra, ábrase tu seno y oculte mi deshonra! (Se echa á llorar. Sale con el Sacerdote y detrás los solitarios. El Rey, influido por la maldicion, se acuerda de Sakúntala y da señales de inquietud. Despues se oye detrás del escenario)

Voz. ¡Oh, hecho portentoso!

Rey. ¿Qué será? ¿Qué pasa? (Entra el)

Sacerdote. ¡Oh, príncipe! Un suceso admirable hemos presenciado.

Rey. ¿Qué ocurre? Cuenta.

Sacerdote. Apénas salieron los discípulos de Kanva con la hermosa dama, empezó ésta á lamentar la crueldad de su destino, llorando con los brazos alzados...

REY. ¿Y qué pasó?

SACERDOTE. No léjos del estanque de las Apsaras se levanta del suelo una ráfaga luminosa, como relámpago, en figura de mujer, y elevando á la dama, desapareció de nuestra vista. (Todos escuchan asombrados.)

REY. Hace un momento negaba tener participacion en este asunto: ahora empieza mi corazon á sentir de otra manera. No persigamos á la inocente con nuevas sospechas.

SACERDOTE. La victoria será contigo. (Sale.)

REY. Vetravatî. Turbada la mente no conozco siquiera el lugar donde me encuentro. Muéstrame el camino del dormitorio.

VETRAVATI. Por aquí, seguidme, señor. (Sale.)

REY. ¡Mísero de mí! No puedo hacer memoria de que esta nobilísima hija del Muni sea mi esposa; pero atormentado ya mi corazon por su recuerdo, me siento inclinado á amarla con fuerza irresistible. (Salen todos.)

FIN DEL ACTO QUINTO.

ACTO SEXTO.

Entra un jefe de policía seguido de dos guardias que conducen á un hombre con las manos atadas á la espalda.

GUARDIA 1.° (Pegándole con un baston.) Ladron, villano, habla y cuenta cómo ha venido á tus manos este anillo que en su preciosa y lucida piedra tiene grabado el nombre del Rey augusto.

HOMBRE. (Con muestras de temor.) Tened de mi piedad, benévolos señores; no hago yo tan bajas acciones.

GUARDIA 1.° ¿Eres, quizá, de casta de Brahmanes, y te le ha dado el príncipe en recompensa de tus hechos y virtudes?

HOMBRE. Escuchadme un instante y os lo contaré todo. Yo soy pescador de oficio y ejerzo mi industria en Çakrâvatâra.

GUARDIA 2.° ¡Bellaco! ¿quién te ha preguntado por tu oficio?

JEFE. Suc'âka, deja que todo lo cuente por su órden. No le interrumpais de nuevo.

GUARDIA 2.° Se hará lo que el noble señor mande.

HOMBRE. Yo gano el sustento para mi familia con redes, anzuelos y otros medios usados en la pesca.

JEFE. (Sonriendo.) Es una ocupacion muy honrada.

HOMBRE. Señor, no es bueno despreciar la indus-

tria de otro. El hombre no debe dejar, por ningun pretexto, el oficio que de sus padres ha heredado, aunque sea mezquino y bajo. El oficio de matador es terrible; y con todo, el sacerdote le practica, aunque al dar muerte al holocausto sienta compasion y pena.

JEFE. Está bien, prosigue.

HOMBRE. En cierto dia, estaba yo haciendo trozos un pez Rohita y encontré en su interior este anillo, que de sus piedras despedía un brillo extraordinario. Indeciso al principio, determiné despues llevarle al mercado y venderle, y estando en esta ocupacion me vieron los señores y me cogieron preso. Ya sabeis la historia verdadera del caso: podeis ahora quitarme la vida ó darme muerte, así ha venido á mis manos este anillo.

JEFE. Chânuka, aunque este hombre despide olor á carne de vaca, su oficio es indudablemente el de pescador. No debemos, pues, condenarle por el hallazgo del anillo. Voy inmediatamente á dar cuenta al Rey de este suceso.

GUARDIAS. Haceis bien.

JEFE. Anda y marcha delante, rompebolsillos (1); vosotros no le perdais de vista y conducidle á la puerta de la ciudad. Entre tanto, voy yo á anunciar al Rey el hallazgo del anillo, y recibidas sus órdenes, saldré á encontraros en el punto señalado.

GUARDIAS. Vaya el muy noble señor y encuentre

---

(1) Propiamente «desatador de nudos.» *Wilson*, en una observacion de su *Teatro indio*, vol. 1, pág. 51, dice que «los naturales de la India llevan ordinariamente el dinero atado á un extremo de la faja ó banda que gastan para sujetar la cintura. Otros lo llevan á la espalda.» La primera costumbre está en uso en muchas de nuestras provincias. En Marruecos llevan, con mucha frecuencia, los naturales el dinero en el capuchon que les cae sobre la espalda.

gracia en la presencia del soberano. (Sale el Jefe. Sucede una pausa.)

GUARDIA 1.° Mucho tarda en salir el jefe, Chânuka.

GUARDIA 2.° Para pedir favores de los reyes hay que aprovechar las ocasiones que la fortuna presenta.

GUARDIA 1.° Apénas puedo contenerme, Chânuka, ardiendo como estoy en deseos de acabar con este villano.

HOMBRE. Sin justa causa no debes quitar la vida á un hombre.

GUARDIA 2.° (Observando.) Allí veo á nuestro Jefe que viene hácia nosotros con una hoja en la mano: en ella estarán escritas las órdenes reales. Ahora vas á saber la suerte que te espera: ó serás en breve pasto de los buitres, ó verás hoy mismo la cara de tu hijo. (Entra el)

JEFE. Deja en libertad á ese pescador. El hallazgo del anillo ha producido una impresion muy favorable en el príncipe.

GUARDIA 1.° Sereis al punto obedecido.

GUARDIA 2.° Este pobre diablo tenía ya un pié en el palacio de *Yama* (1) y ha vuelto de lleno

---

(1) *Yama* en los Vedas, *Yima* en Zendavesta y *Chemshid* en la tradicion Parsi ó de los sectarios de Zoroasto. El Zendavesta le pinta como un rey benéfico, bienhechor del género humano, que congregó á los hombres con los animales buenos, para gobernarles y poblar toda la tierra. En su reinado no conocieron los hombres mal alguno; y entre otras muchas obras é industrias de utilidad comun, les enseñó el uso de las carnes, la fabricacion y manejo de armas é instrumentos, etc. Al cabo de trescientos años de tan feliz reinado, Yima se ensoberhece, niega al Sér supremo la adoracion y culto que pide para sí mismo, y pierde en consecuencia todos los dones que había recibido del Todopoderoso. La mitología moderna, principalmente india, le ha convertido en Dios del terror, del infierno y de la muerte, juez de los muertos y ejecutor inexorable de la condena impuesta á los malos. Consúltese sobre esta tradicion la obra del autor *Los pueblos iranios y Zoroastro*, pág. 130 á 135.

al mundo de los hombres. (Desata las cuerdas al pescador.)

HOMBRE. (Hace una cortesía al Jefe.) Señor, ahora no despreciareis mi oficio.

JEFE. Toma el presente que el Rey te envía; no es ménos que el valor del anillo precioso. (Da dinero al hombre.)

HOMBRE. (Al tomarlo hace una segunda cortesía.) Ahora experimento de lleno los efectos de la gracia del Rey.

GUARDIA 1.° Este hombre es verdaderamente afortunado. El destino le ha bajado del palo de la muerte para subirle sobre el elefante del triunfo.

GUARDIA 2.° Señor, á juzgar por el regalo, tenía el Rey en gran estima el anillo.

JEFE. Algo más precioso que el valor de la joya representa para el príncipe; porque, al ver el anillo, hizo memoria de una persona muy querida; y á pesar de su carácter severo, se enterneció su corazon, y lágrimas asomaron á sus ojos.

GUARDIA 1.° Eso demuestra que habeis prestado un gran servicio al Soberano.

GUARDIA 2.° Y este hombre ha sido el principal agente de tan grato suceso. (En tono despreciativo.)

HOMBRE. Señores mios, dignaos recibir la mitad de esta suma en recompensa de vuestras agudezas.

GUARDIA 2.° No es mal pensamiento.

JEFE. Pescador, desde ahora te cuento en el número de mis más fieles amigos. Vamos á la taberna y sellaremos nuestra amistad con un vaso de licor precioso.

TODOS. Vamos, pues. (Salen todos.)

FIN DEL PRAVEÇAKA.

Baja por los aires, sobre una carroza, la apsara Sânumatî.

SANUMATI. He cumplido el turno de guardia en el lago de las Apsaras, y estoy libre. En esta, que es la hora del baño para las nobles jóvenes, voy yo á tomar informes del estado y de los sentimientos del gran rey Dushyanta. Por mis relaciones íntimas con Mênaka me interesa la suerte de Sakúntalâ tanto como la mia propia. La madre cariñosa me envia á esta morada régia para que indague lo que el Rey piensa de su hija. (Observando los objetos y sitios porque pasa.) ¡Cosa extraña! ni la más leve señal indica que en este palacio se hagan preparativos de fiesta, estando tan próxima la época de los sagrados Ritus (1), Aunque por la virtud de intuicion celeste pudiera conocer todas las cosas, no haré uso de ella. Ahora más que nunca cuidaré de no faltar al respeto y cariño que á mi bella amiga debo. Así, pues, no me daré á conocer en este sitio. Cubierta con el velo de lo invisible me presentaré á esas jardineras y sabré lo que pasa. (Baja á tierra. Entra una jardinera examinando un capullo de flor Mango, y despues de ella otra.)

JARDINERA 1.ª ¡Oh, tú, hermosa flor, emblema de la vida en la estacion florida, cuyos encantos simbolizas con tus colores, rojo, verde y amarillo; tu ayuda y tu favor espero, mensajera de la dicha en la estacion de los placeres.

JARDINERA 2.ª Parabhritika, ¿qué estás hablando á solas?

JARDINERA 1.ª Madhukarika, cuando me pongo á

(1) *Ritus*, fiestas con que se conmemoraba la entrada de cada una de las *seis* estaciones en que los indios é iranios dividen el año. Aquí se trata de la fiesta de primavera.

contemplar un capullo de flor Mango pierdo el juicio.

JARDINERA 2.ª (Con muestras de alegría.) ¡Cómo! ¿Qué veo? ¿Ha entrado ya el mes de las delicias?

JARDINERA 1.ª Amiga mia, este es para tí el mes de los placeres, de locuras amorosas y de cánticos alegres.

JARDINERA 2.ª ¡Oh, hermosa mia! sostenme un instante para que, puesta de puntillas, pueda coger un capullo de Mango y haré con él un bellísimo presente al dios Amor.

JARDINERA 1.ª Si me cedes la mitad del premio que recibas por la ofrenda, haré cuanto me pidas.

JARDINERA 2.ª ¡Bah! es muy natural que así sea, y no necesitabas decírmelo. ¿No ves que nuestra vida es una en todos los actos, por más que la conservacion del cuerpo sea doble? (Hace lo dicho y coge el capullo.) ¡Oh! Mira, encerrada aún la flor con triple muro, despide ya suavísimos aromas á traves del celaje de las hojas. (Juntando las manos.) ¡Oh, hermoso capullo de Mango! al dios Amor te ofrezco, porque temo los disparos de su arco terrible; sé la mejor y más bella de las cinco flechas de su aljaba y escoge por blanco á las bellezas celestiales. (Arroja el capullo al suelo. Entra el Camarero y dice con ironía.)

CAMARERO. No hagas eso, loca; ¿por qué rompes y deshojas los capullos de Mango, si el príncipe augusto ha suspendido las fiestas de primavera?

JARDINERAS. (Llenas de espanto.) No se incomode el muy noble señor con nosotras, que nada de eso habíamos oido.

CAMARERO. ¿Es cierto que no teníais noticia de este suceso, cuando hasta las plantas de primavera y las avecillas que en sus ramas buscan asilo han acatado las órdenes del soberano

de la tierra? ¿Pues qué, no habeis observado que los capullos de Mango, que hace tiempo brotaron, no crecen ni reciben el finisimo polvo aromático; y el rojizo amaranto, llegado el tiempo de abrir sus flores, se detiene y las deja en estado de capullos; que el armonioso Kokila no entona sus dulces melodías, aunque el invierno ha pasado con sus frios y la naturaleza viste hermoso ropaje que alegra el alma; que el loco y jugueton Amor ha vuelto, presuroso y asustado, á la aljaba la flecha que tenía preparada?

JARDINERAS. Si eso pasa como dices, no es posible dudar del invencible poder de nuestro soberano.

JARDINERA 1.ª Gracioso señor, hace sólo algunos dias que el muy noble Mitrâvasu nos puso á los piés de nuestro Rey augusto, y nos fué encomendada la custodia de estos régios verjeles. Perdonad si, por ser nuevas en la casa, nada hemos oido de esa órden extraña.

CAMARERO. Está bien; pero haced de modo que otra vez no suceda.

JARDINERA 1.ª Si el amable señor no tomase á mal nuestra curiosidad, le haríamos una pregunta. ¿No sabrá decirnos las causas por las cuales el Rey ha suspendido las grandes fiestas de primavera?

SANUMATI. Y que deben de ser muy poderosas; porque los hombres gustan sobre todo de fiestas y regocijos.

CAMARERO. No hay inconveniente en contaros un hecho que es ya de todos conocido. Pero ¡cómo! ¿tampoco ha llegado á vuestros oidos el rumor de la bella Sakúntalâ?

JARDINERA 1.ª Mitrâvasu nos ha contado la historia hasta el hallazgo del anillo, y su presentacion al Rey.

CAMARERO. Si así es, poco me resta que deciros.

En cuanto vió el anillo se acordó el Rey que estaba desposado en secreto, pero legalmente, con Sakúntalâ y que una turbacion misteriosa de sus facultades le había llevado á repudiar á la bella niña. En seguida nació en su corazon agudísima pena y arrepentimiento de lo que con ella había despues hecho. Y es su dolor tan profundo y sincero, que desde aquella hora aborrece los placeres y no gusta como ántes de las adoraciones de sus fieles vasallos; pasa las noches completas en vigilia, y el cruel insomnio y los terribles cuidados le obligan á dar más y más vueltas sobre el régio lecho. Si alguna vez por decoro dirige la palabra, como es costumbre, á las damas del serrallo, su conversacion es breve, cortada y de tal modo incoherente, que parece haber perdido el conocimiento y memoria de las cosas más triviales. Otras veces permanece largo tiempo cabizbajo y como oprimido por el pesar y la vergüenza.

SANUMATI. Esto va bien, me gusta.

CAMARERO. Estas son las causas que le han movido á suspender las grandes fiestas de los Ritus.

JARDINERAS. Y la conducta del Rey es muy justa y muy noble. (Detrás del escenario una)

VOZ. El camino está libre, señor.

CAMARERO. (Escuchando.) ¡Hola! ¿Habeis oido? Aquí viene el príncipe. Andad y cumplid bien vuestra obligacion.

JARDINERAS. Así lo haremos. (Salen. Despues entra el Rey en traje de penitente, seguido del Bufon y de la portera.)

CAMARERO. ¡Oh! ¡Su figura es sin igual encantadora! La tristeza de su alma no encubre ni una sola de sus nobles cualidades. Su presencia es más que nunca majestuosa y agradable, á pesar del dolor que lleva pintado en el rostro. Y es tan natural y propia su grandeza, que por

único adorno de su régia persona lleva puesto en el brazo izquierdo un precioso brazalete de oro. Los suspiros arrancados por la más honda pena han quebrantado el color de sus hermosos labios y el cruel insomnio ha puesto enrojecidos sus grandes y rasgados ojos. Pero con todo, siempre deslumbra el esplendor de su persona; porque su virtud es superior á todos los pesares y brilla cual joya nuevamente pulida.

SANUMATI. (Mirando al Rey.) Con sobrada razon se abrasa el corazon de Sakúntalâ de amor á tan airoso príncipe sin dejarse vencer por sus desprecios.

REY. (Se pasea cabizbajo.) Herido estaba mi corazon y dormía, cuando en vano se esforzó por despertarle su amada, hermosa y de lindos ojos como de gacela: ahora despierta para sentir el dolor amargo de un arrepentimiento sin fruto.

SANUMATI. Tal puede ser la suerte de los pecadores aunque estén arrepentidos.

BUFON. (Aparte.) A lo que voy viendo, esta vez acomete á mi señor con más fuerza la enfermedad de Sakúntalâ, que ya me parece incurable.

CAMARERO. (Acercándose.) La victoria sea contigo, Rey; todos los departamentos del jardin regio están cuidados con especial esmero y en disposicion de que vuestra augusta persona visite sus verjeles deliciosos.

REY. Vetravatî, anuncia, de órden mia, al ministro Piçuna, que el malestar que en mí han producido el insomnio y los pesares me impiden acudir hoy al despacho del Estado. Mi voluntad es que el digno ministro traslade al papel nota de los asuntos de los ciudadanos que haya examinado y los presente despues á mi aprobacion.

VETRAVATI. Al punto sereis obedecido. (Sale.)

Rey. Vâtâyana, anda y cumple tambien los deberes de tu cargo.

Camarero. Ya os obedezco. (Sale.)

Bufon. Ahora que estás libre de moscas puedes entregarte al goce de los placeres que tan deliciosos verjeles ofrecen: aquí no tienen entrada los efectos del calor ni del frio, y para solaz del alma presenta la estacion amena los más bellos objetos que la tierra produce.

Rey. Amigo mio, «el desgraciado cae en un abismo,» como dice el proverbio; no es otra la suerte mia desde que repudié á la amada de mi alma. Ahora que se ha corrido el negro velo que ocultaba á mi espíritu el recuerdo del eterno cariño que prometí á la hermosisima hija de las selvas, veo que con furia implacable corre hácia mí el cruel Amor con la flecha de flor Mango puesta en el arco: ya me siento acometido, ya me hieren sus dardos.

Bufon. (Sonriendo.) Aguarda un momento; no temas; con este palo voy á dar muerte al cazador Kandarpa. (Levanta el palo para destrozar el capullo de Mango, y da contra el suelo.)

Rey. (Sonriendo.) ¡Bien está! Una vez más he sido testigo del gran poder de un Brahman. Ahora dime, amigo, dónde me sentaré de modo que vea alguna hermosa Liana. Ellas precisamente ofrecen tantas analogías con mi amada...

Bufon. Acabas de anunciar á la doncella C'aturikâ que ibas á reposar el ánimo á la sombra de aquellas Madhavîs, donde quieres que te lleven el retrato de Sakúntalâ dibujado y puesto en tabla por tu propia mano.

Rey. La presencia del retrato de mi amada será lo único capaz de dar contento á mi corazon: muéstrame, pues, el camino á ese punto.

Bufon. Por aquí llegamos pronto, sígueme. (Se dirige al punto señalado y les sigue Sânumatî.) Esta empali-

zada de Mâdhavîs, con su banco de piedra esmaltado de joyas, nos ofrece espontáneamente sus dulcísimos aromas como graciosa bienvenida. Entra, pues, y toma asiento. (Hacen lo dicho.)

SANUMATI. Yo entre tanto, reclinada sobre esta Liana voy á contemplar el retrato de mi amiga Sakúntalâ. En seguida correré á darla cuenta de lo que he visto y oido: tal vez ignora que su amado la quiere más que nunca (Hace lo dicho.)

REY. Ahora recuerdo claramente, uno por uno, los actos que he consumado con Sakúntalâ. Ya te he contado la desgraciada historia. Tú, como infiel amigo, no te hiciste presente en el terrible momento del repudio, ni ántes me recordaste, como debieras, su dulcísimo nombre. ¿O es que tambien se habían borrado de tu memoria estos hechos?

BUFON. Nada de eso. Pero, aunque una vez me contaste la historia de tus relaciones amorosas con la hermosa niña, al tiempo de separarnos, en su Laura, me dijiste que todo había sido juego y que no tomase en serio tus palabras. Y yo, que tengo una inteligencia como un pedazo de barro, tomé en serio tu advertencia. Pero no importa, ten confianza y ánimo, que la fuerza del destino es grande.

SANUMATI. Así es ciertamente.

REY. (Pensativo.) Sabio amigo, sálvame tú, si puedes, de este abismo.

BUFON. ¡Cómo! Tal abatimiento de fuerzas es indigno de tu glorioso nombre. Nunca los hombres grandes se dejan vencer de los pesares. Las tempestades más furiosas no conmueven la base de los montes.

REY. Pensando sin cesar, y no puedo evitarlo, en las tristezas y penas que por mí sufre mi amada, huye del corazon la alegría y el reposo del alma. ¡Oh! el recuerdo de mi amada en

aquel terrible momento, cuando rechazada por mí, cruel, se volvió para seguir á sus antiguos compañeros; cuando el discípulo de Kanva, recto como el maestro, con voz severa la dice: «quédate,» y ella de nuevo fija en mí sus lindos y llorosos ojos, traspasa mi pecho como flecha envenenada.

SANUMATI. Grande y sincero es el pesar que han despertado en él sus extravíos. Yo tambien me complazco en su arrepentimiento.

BUFON. Escucha una idea. Se me ocurre que sólo algun viajero de los aires pudo arrebatar de las márgenes del lago á la hermosa niña.

REY. Esa es mi creencia. ¿Quién, si no, hubiera osado mirar siquiera al sér adorado de Dushyanta? Y esto es muy posible, porque precisamente es Mênakâ, la seductora Ninfa, madre de mi bella amada. El corazon me dice tambien que sus amigas me han robado el precioso tesoro.

SANUMATI. Si de admirar es la manera como este infortunado príncipe ha recobrado el uso de la memoria, sorprenden mucho más las tinieblas que ofuscan su mente.

BUFON. Si tus palabras son ciertas, te verás pronto unido con tu amada.

REY. ¿Por qué lo crees así?

BUFON. Porque no tendrán valor los padres de la niña para ver que su hija sufre y pena por la pérdida del esposo amado.

REY. ¿Será posible? ¡Oh, amigo mio! ¡dulcísima esperanza! Pero... ¡vana ilusion! ¿fué un sueño? ¿fué un delirio? ¿O fué que los actos meritorios de mi vida perecieron en un dia como frutos de otoño? ¡Sí, ella ha desaparecido para no volver!... ¡Insondables abismos á que me han arrastrado los caprichos de la fortuna y mis placeres!

BUFON. No piensas rectamente. El extraño hallaz-

go de este anillo es segura prenda de que la union de vuestros corazones es necesaria: la fortuna te sonrie y se acerca.

Rey. (Observando el anillo.) ¡Deseos vanos! Este anillo no volverá á ocupar el lugar que ha abandonado. Bien demuestran los frutos que sus méritos eran tan efímeros como los de su primer dueño, puesto que se dejó caer al suelo de los preciosos dedos de mi amada, lindos como los de la incomparable Aurora.

Sanumati. Desgracia irremediable sería si hubiese caido en otras manos.

Bufon. ¿Pero no me has dicho, amigo mio, cómo llegó á poder de la bella Sakúntalâ este anillo, con el sello regio?

Sanumati. Este loco parece que adivina mis pensamientos: yo tambien ardía en deseos de saberlo.

Rey. Escucha y lo sabrás. El dia de mi regreso á la corte la encontré hermosa como nunca, y al tener noticia de mi partida, me dijo con gruesas lágrimas: «¿cuándo dará el esposo cumplimiento á sus promesas?»

Bufon. ¿Y despues?

Rey. Saqué entónces mi anillo de sello, y poniéndole en su finísimo dedo, la dige estas palabras: «cuenta en él cada dia una sílaba de mi nombre, y el mismo en que termines vendrá un jefe de mi casa para conducirte á mi palacio.»— Pero yo, perseguido por un destino implacable, no he cumplido esta promesa.

Sanumati. El destino es, seguramente, el que le ha hecho faltar á su palabra.

Bufon. ¿Y cómo se ha encontrado ahora en el interior de un pez, cogido en las redes de un pescador de Çakrâvatara?

Rey. Porque se deslizó de la mano de Sakúntalâ y cayó en las aguas del Ganges en el acto de postrarse á dar veneracion y culto á *Çac'itîrtha.*

BUFON. El hecho tiene todos los caracteres de verdadero.

SANUMATI. Y, con todo, no quitó al regio amigo, que se precia de muy justo y muy piadoso, la duda fatal de su enlace con Sakúntalâ. Pero... ¡necia de mí! Tal vez este cariño tendrá que manifestarse á impulsos de alguna causa extraña, ó á la vista de algun signo misterioso. Algo desconocido se oculta en este asunto.

REY. ¿Qué hago? Debiera reprender con dureza á este anillo, causa de mis males.

BUFON. (Aparte.) El desgraciado ha perdido ya el juicio.

REY. ¿Cómo pudiste caer en el fondo de las aguas dejando la más hermosa mano, cuyos graciosos dedos son lindos como de una diosa? Pero... ya lo entiendo: lo inconsciente no percibe las cualidades de las cosas. Y yo, ¿por qué desprecié á la que mi corazon adoraba?

BUFON. ¡Bah! Déjate de lamentos y haz que yo no perezca de hambre.

REY. ¡Oh, alma pura y hermosa! te rechacé injustamente, pero ten ya misericordia de mi corazon, que se abrasa de amor y muere de pena; ven, no te ocultes por más tiempo al que te adora. (Entra C'aturikâ con el retrato en la mano.)

C'ATURICA. Aquí está el retrato de la hermosa dama.

BUFON. Magnífica es tu obra, amigo mio. La reproduccion está encantadora; la posicion del cuerpo es graciosa: el dibujo es de mano diestra: la actitud del rostro es elevada: todo el conjunto es tan acabado, que mis ojos no saben dónde pararse.

SANUMATI. Ciertamente: la habilidad del príncipe es grande. Si la afligida Sakúntalâ estuviese presente, ¡cuánto gozaría en esta escena!

REY. Lo que en el retrato no es bello, lo ha pues-

to la torpeza del artista. Tal vez han sido vanos mis esfuerzos por estampar en él algo de su belleza encantadora.

SANUMATI. Mi amiga está de enhorabuena. El dolor que sus palabras revelan sólo puede nacer de amor sincero y de modestia no fingida.

BUFON. Pero no comprendo por qué se ven tres damas en el cuadro, y todas igualmente bellas. Dime cuál es Sakùntalâ.

SANUMATI. Este hombre tiene ojos inútiles, si no sabe distinguir tan linda figura entre séres que á su lado son vulgares.

REY. ¿Cuál de ellas crees tú que debe ser?

BUFON. Es seguramente la que está pintada al pié del árbol Mango, cuyos tiernos hijuelos, por ella regados, descuellan por su lozanía y hermosura. Sus largos cabellos ondean libres sobre la espalda, y por el suelo yacen las flores y la banda que daba forma á su peinado: tiene los brazos caidos de cansancio, y por su gracioso rostro ruedan, como perlas, gotas de sudor precioso. Las otras dos son sus amigas.

REY. Eres inteligente. He aquí estampadas en la tabla dos señales del amor que ardía en mi pecho. En este lado se señaló la impresion de los dedos que despedían fuego: aquí se ve la marca de una lágrima que cayó rodando por mi rostro, y quedó oculta detras de la pintura. C'aturikâ, este verjel no está bien acabado: anda y tráeme los colores.

C'ATURIKA. Voy al punto. Toma la tabla del retrato hasta que yo vuelva.

REY. La tendré yo mismo. (La toma. Sale la criada.) Mísero de mí; haciendo tan alto aprecio de la hermosa amante en efigie, despues de haberla rechazado cuando me ofrecía la posesion absoluta de su existencia, soy semejante al viajero que desprecia el agua pura de la cristalina fuente,

y corre despues en busca de las aguas ilusorias del desierto.

BUFON. (Aparte.) ¡Escucha! ¡Mi señor Rey ha pasado por un rio y por una fuente ilusoria en el desierto! (Alto.) Amigo, no veo qué objetos más podrás pintar en el cuadro.

SANUMATI. Será indudablemente alguna de las cosas favoritas de Sakúntalâ.

REY. Sí tal. En la ribera del Malinî hay que pintar un par de cisnes descansando sobre la arena: á los costados del mismo las pintorescas y hermosas colinas que circundan el Himalaya con los rebaños de gacelas que allí habitan: á la sombra de este árbol, de cuyas ramas penden vestidos de anacoretas, quise pintar una linda antílope acariciando el ojo izquierdo sobre el costado de una gacela negra.

BUFON. A lo que veo va á llenar mi amigo la tabla de anacoretas barbudos, de flores, árboles, plantas, aves y cuadrúpedos.

REY. Y aún falta en el cuadro otro objeto muy favorito de Sakúntalâ.

BUFON. ¿Cuál?

SANUMATI. No puede ménos de ser algo que diga bien al lado de su incomparable belleza.

REY. La flor Çirísha que llevaba sujeta hácia la oreja, cuyas fibras, más finas que la seda, caían con infinita gracia hasta la cara. Tampoco puse entre sus lindos pechos los filamentos de Lotos, tiernos y bellos como los rayos de una luna de otoño.

BUFON. ¿Y por qué causa está Sakúntalâ tan asustada cubriendo su rostro con las manos enrojecidas como ramitos de Lotos (Examinando el retrato con atencion.) ¡Oh! ¡qué veo! ¡Una osada abejilla anda persiguiendo el rostro de la bella!

REY. ¿Qué dices? ¡Eh! Aparta á esa atrevida.

BUFON. Tú que eres poderoso en someter á los

perversos y rebeldes, sabrás mejor apartar al perseguidor de tu amada.

Rey. Dices bien. ¡Eh, tú, robador del jugo de las flores! Cesa ya en tu inútil empeño de perseguir este rostro querido. La compañera te espera con entrañable cariño sentada sobre una flor, y aunque sedienta, no bebe, en ausencia tuya, la miel que ha fabricado. Anda y vuela en busca de tu amada.

Sanumati. Cuánta cortesía usa el Rey para desechar á un importuno.

Bufon. El animalillo es malicioso; conoce el engaño y no se marcha por más que le despiden.

Rey. ¿Desprecias, acaso, mis mandatos? Entónces escucha y sabrás la suerte que te espera. Si tocas, atrevida, los hermosos labios de mi amada, rosados y tiernos como ramitos de una Bimba nueva (1), que yo besé con infinito cariño en los alegres dias de fiesta, te encierro seguramente en el cáliz de una Lotos.

Bufon. Ya se detiene: y ¡cómo no había de temer al verse amenazada con tan tremendo castigo! (Se rie y dice aparte.) Mi amigo está loco de véras. Lo peor del caso es, que con su trato no ando yo muy léjos. (Alto.) ¿Pero te has olvidado, amigo mio, que este no es más que un retrato de tu amante?

Rey. ¿Un retrato, dices?...

Sanumati. Yo misma no entiendo una palabra de este embrollo. Qué de extrañar es, que el desgraciado príncipe, en la fuerza del delirio, haya olvidado que es sólo un retrato!

Rey. ¿Y por qué tú has hecho conmigo esta partida cortesana? Cuando mi corazon la creía presente y nadaba en el placer de contemplar su

---

(1) Momordica monadelpha. Una planta rastrera que da frutos de color rosado.

celestial figura, me presentas, cruel, la realidad terrible, y ya no ven mis ojos más que su retrato inerte y mudo. (Llora.)

SANUMATI. El implacable destino que les tiene separados, es contrario al porvenir como al presente de su vida.

REY. ¿Tú que eres sabio, sabrás explicarme las causas de mis penas y de esta cruel persecucion de mis destinos? Gocé un momento, y la vigilia horrible vino á cortar los dulcísimos lazos que, en sueño, me unían con la amada: contemplo su retrato, y lágrimas amargas se ponen delante de mis ojos como velo impenetrable, y me roban esta única delicia de mi vida.

SANUMATI. Así purgas tus extravíos y pagas la pena que diste al hermoso corazon de Sakúntalâ, negándola un amor que la debías. (Entra)

C'ATURIKA. La victoria sea contigo, Rey augusto. Cumpliendo vuestro mandato busqué la caja de colores y me dirigía aquí con ella...

REY. Y qué pasó.

C'ATURIKA. Encontré á la reina Vasumatî acompañada de Taralikâ, y me la arrebató con violencia de las manos, diciendo estas palabras: «yo misma la llevaré al esposo.»

BUFON. Y no es pequeña fortuna que hayas escapado libre de sus manos.

C'ATURIKA. En tanto que miraba cómo Taralikâ descolgaba de un árbol su regio manto, pude yo evadirme del sitio del peligro.

REY. Amigo Mathavya, la Reina, orgullosa del honor que la dispenso, se acerca á turbar nuestro reposo; pon tú en salvo este retrato.

BUFON. Mejor hubieras dicho: ponte en salvo, Mathavya. (Toma la tabla y se levanta.) Cuando el Rey augusto se vea libre del veneno del Harem, pueden buscarme en el palacio Meghapratic'anda. (Sale apresuradamente.)

SANUMATI. El corazon de este príncipe es ahora flexible como una caña: ha dado á otra su amor, pero respeta el cariño primero. (Entra)

VETRAVATI. La victoria sea contigo, Rey augusto.

REY. Vetravatî, ¿no has encontrado á la Reina en el camino?

VETRAVATI. Ciertamente; pero sin duda notó que traía esta hoja en la mano, y se volvió sobre sus pasos.

REY. Es conocedora de los negocios del Estado, y no quiere perturbar con su presencia mis ocupaciones. Está bien: ¿qué traes?

VETRAVATI Un mensaje del ministro que dice: «Ocupado en la contaduría del dinero, no he podido examinar más que un asunto de los ciudadanos. Este único le presento por escrito á la inspeccion del Rey, mi señor.»

REY. Veamos lo que dice la hoja. (La toma y lee.) ¡Hola! ¡Caso extraño! «Un comerciante rico, por nombre Dhanamitra, ocupado en el comercio marítimo, ha perecido en un naufragio. Y el industrioso mercader no deja descendencia, por lo que su gran fortuna pertenece al Rey.» Esto escribe el ministro. Muy desgraciado es indudablemente el que no tiene hijos. Pero conviene examinar el caso. Este hombre, siendo rico, habrá tenido muchas mujeres. Debe, pues, primeramente verse si entre ellas hay alguna en cinta.

VETRAVATI. Señor, dicen que su esposa, hija de uno de los nobles de *Ayodhyâ*, ha practicado ya la ceremonia del Punsavana (1).

REY. Está bien. El hijo en el seno de la madre tiene derecho á la herencia paterna. Anda, y anúnciaselo así al ministro, de órden mia.

---

(1) La ceremonia que practica la mujer india cuando siente las primeras señales del embarazo.

VETRAVATI. Voy al punto. (Sale.)

REY. No lo hagas; vuelve y lo pensaré mejor.

VETRAVATI. Aquí estoy.

REY. ¿Qué me importa que tenga ó no descendencia? Mejor será que se expida este decreto: «Dushyanta hará las veces de cualquier pariente que sus vasallos pierdan en lo sucesivo, sea ó no muy allegado, sea ó no querido, excepto si en vida fué un malvado.»

VETRAVATI. Voy á hacer que se publique. (Sale, y despues de una breve pausa vuelve á entrar.) Como por la caida de una copiosa lluvia en tiempo de gran sequía, ha mostrado el pueblo su contento al escuchar la lectura de vuestra órden soberana.

REY. (Suspira con vehemencia.) ¡Oh! ¡Qué mísera es la suerte de las familias cuyo jefe muere sin hijos! Por doquier vuelven los ojos sólo ven desolacion y ruina; ni les queda el goce de las riquezas que ganaron. Conmigo se acabará tambien la fama de los Purus. Cual la miés de los campos, quedará segada mi descendencia.

VETRAVATI. Los dioses aparten de tí esas desgracias, señor.

REY. ¡Mísero de mí! Esto y más sufriré porque rechacé la suma ventura cuando se echaba en mis brazos.

SANUMATI. Estas palabras se refieren á Sakúntalâ.

REY. Cuando en ella tenía asegurada la vida de mi raza ilustre, abandoné á la esposa legítima, gloria de mi casa y de mi pueblo.

SANUMATI. No temas; tu descendencia vivirá despues de tí, siglos dilatados.

C'ATURIKA. El asunto del mercader ha puesto al príncipe triste y abatido. Anda y busca al chistoso Mathavya en el palacio Meghapratic'anda para que levante su espíritu.

VETRAVATI. Dices bien. (Sale.)

REY. ¡Oh, dolor! Los Manes de Dushyanta están irritados. Seguramente dicen: «¿Quién de nuestra descendencia, ¡ay! ofrecerá los sacrificios de los muertos, segun la ley de los eternos dioses?» Tal vez los Manes tristes y taciturnos, cuando esto dicen, beben el agua amarga que yo derramo por el padre sin hijos: lágrimas de pena. (Cae desmayado.)

C'ATURIKA. (Con espanto.) Animo, príncipe augusto, recobrad vuestras fuerzas.

SANUMATI. ¡Oh, dolor! Llena de vida está la hermosa lámpara que disiparía las tinieblas de este desgraciado amante, pero cubierta con denso velo por el genio del mal. ¿Qué haré? Correré á devolver á su corazon el contento y la dicha. Pero no... Yo misma oí de los labios de la madre de Indra, en ocasion en que dirigía á Sakúntalá palabras de consuelo, que tan pronto como estuviesen aplacados los dioses con cierto sacrificio, saludaría el príncipe á su esposa verdadera. No conviene, pues, adelantar el término de prueba. Entre tanto iré á dar cuenta á mi cariñosa amiga de los gratos sucesos que he presenciado. (Se eleva por los aires y sale. Detrás del escenario grita una)

VOZ. ¡Socorro al Brahman! ¡Favor al Brahman!

REY. (Con inquietud, aplicando el oido.) ¿Qué escucho? Es la voz de Mathavya que pide auxilio. ¡Hola! ¡Eh! (Entra)

VETRAVATI. Señor, salva á tu amigo de un terrible apuro.

REY. ¿Quién se atreve á molestar á Mathavya?

VETRAVATI. Un genio malo invisible le salió al encuentro hace un instante y le ha puesto sobre la cima del palacio Meghapratinc'anda.

REY. (Se levanta.) No dejaré impune tan grave ofensa. Los genios del mal se atreverán tambien á in-

vadir mi casa. Pero... tal vez habrá de esto una causa escondida. Si el hombre no es capaz de contar las faltas que hace al dia por incuria propia, ¿quién podrá saber exactamente la senda que sigue cada uno de los vasallos de su reino?

Voz. ¡Eh! amigo; ¡auxilio, socorro!

Rey. (Anda con paso vacilante.) No temas; ánimo, Brahman amigo.

Voz. (El eco repite estas palabras.) ¡Cómo no he de temer! Un sér invisible me oprime la garganta y trata de partirla en dos, cual si fuese una caña de azúcar.

Rey. (Mirando á todos lados.) Venga el arco y el escudo de la mano. (Entra una Yavani con los objetos dichos.)

Yavani. Señor, aquí está todo.

Voz. Aquí te doy muerte aunque te agites, como el tigre á una bestia, ahora que estoy más sediento que nunca de sangre fresca. En vano llamas en tu socorro á Dushyanta, que ha cogido el arco para quitarte el miedo.

Rey. (Con ira.) ¡Cómo! ¿Y se burla de mis propósitos el atrevido? Aguarda, devorador de cadáveres; pronto dejarás de existir. Vetravati, muéstrame el camino de la escalera.

Vetravati. Seguidme, señor.

Rey. El sitio está despejado.

Voz. ¡Socorro, socorro! ¡Oh! Ya veo venir al augusto amigo, pero él no puede verme. Como el raton cogido en las garras del gato, desespero yo de mi vida.

Rey. ¡Eh! Tú que te envalentonas con la virtud de hacerte invisible; ten por cierto que mi flecha descubrirá tu cuerpo. Aquí pongo la saeta que te dará la muerte que mereces, y salvará la vida del Brahman ilustre.—El cisne bebe la leche separando el agua que contiene. (Pone la flecha. Cuando va á disparar, entra Mâtali, dejando en libertad al Bufon.)

MATALI. Asuras (1) ha puesto Indra por blanco de tus flechas; contra ellos endereza el arco. Entre los buenos, deben caer sobre el amigo miradas de cariño sincero, no terribles saetas.

REY. (Retira la flecha.) Bien venido seas, Mâtali, auriga del gran Indra. (Entra el)

BUFON. ¡Ah! Mi amigo saluda y dice bien venido al que me ha degollado, como á una bestia de holocausto.

MATALI. ¡Oh, Rey de larga vida! escucha y te diré el objeto de la mision que me ha confiado el gran Indra.

REY. Te estoy atento.

MATALI. Se ha levantado en guerra un ejército de Dânavas (2) que lleva el nombre Durchâya, y descienden de la familia de Kâlanêmi.

REY. Nârada me dió noticias de estos séres rebeldes.

MATALI. Pues bien; tu amigo Indra, por causas especiales, no podrá vencerlos; pero si tomas tú el mando de su ejército, serán en breve exterminados. Al modo que la oscuridad nocturna que el refulgente sol no puede alejar del horizonte se disipa ante los rayos de la hermosa Luna.—Sube, pues, Rey valeroso, á la carroza

---

(1) *Asura*, espiritual, divino, viviente, designó en los primeros tiempos de la mitología india séres buenos; á los dioses, á Indra, Varuna, Agni, Çiva y otros. Pero despues se usó como denominacion de séres malos, demonios, enemigos declarados de los *Devas*, del mismo Indra, Varuna y demas divinidades que en épocas anteriores se nombraban con esta voz genérica. Al contrario *Asura*, en la religion de Zoroastro, es denominacion del único Dios, del Todopoderoso *Ahura-mazda*, Ormuz. Consúltese sobre estas importantes tradiciones la obra del autor, *Los pueblos iranios y Zoroastro*, pág. 91-95.

(2) Séres malignos invisibles, enemigos de los dioses, tan poderosos, que se hacían temibles al gran Indra. De aquí el nombre de éste ejército, *Durchaya*, difícil de ser vencido.

del poderoso Indra, ahora, ahora mismo, y con las armas que tienes en la mano corre en pos de una victoria segura y gloriosa.

REY. Me considero altamente honrado con esta distincion del gran Indra, y acepto el encargo.—Ahora, dime, por qué has obrado así con Mathavya.

MATALI. No te ocultaré la causa que me impulsó á obrar de esta manera. Por virtud sobre humana conocía que tu ánimo estaba triste y decaido á consecuencia de cierta desgracia, de que tambien tengo noticia. Resolví, pues, ejecutar algun acto extraño que levantase tu espíritu y despertase en tu corazon la ira. Por aquello de que el fuego arde en cuanto se mueve la leña, y la serpiente levanta la cabeza si se ve acosada de enemigos: Así, el hombre excitado por una causa extraña, recobra á veces su vigor y forma primera.

REY. (Aparte al Bufon.) Amigo mio, órdenes expresas del gran Indra requieren mi presencia en otra parte. Así lo harás presente al ministro Piçuna; y de mi parte le dirás estas palabras: «Endereza tus acciones al único fin de proteger los intereses de los vasallos; el arco regio, armado de flechas, tiene que ocuparse en otro asunto.

BUFON. Sereis al punto odedecido:

MATALI. Suba el Rey valeroso á la carroza. (Salen todos. Mâtali y el Rey desaparecen con la carroza.)

FIN DEL ACTO SEXTO.

ACTO SÉTIMO.

Entran Mâtali y el Rey, sentados en una carroza que baja por los aires.

REY. Mâtali, he cumplido como bueno las órdenes de Indra; pero esas distinciones que usa conmigo son seguramente superiores al mérito de mis obras.

MATALI. (Sonriendo.) Rey valeroso, tengo para mí que los dos quitais algo al mérito de vuestros actos. El oportuno auxilio que has prestado al Rey de los cielos te parece de ningun valor ante los favores con que Indra corresponde; y él tiene en poca estima esos favores comparados con el placer que le han producido tus heróicas hazañas.

REY. Mâtali, no hables así; los honores que me tributó en el acto de nuestra despedida están muy por encima de lo que hubiera podido imaginar la humana inteligencia. Despues de hacerme tomar asiento en su elevado trono, en presencia de los dioses, mirando con sonrisa á Chayanta, su hijo, que estaba á su lado y abrigaba ciertos celos, me puso una guirnalda de árbol de paraíso, adornada con el sándalo celeste.

MATALI. Y eso y más ha merecido el Rey valeroso del Príncipe de los Inmortales. Dos héroes habeis destruido el ejército de Dânavas, que turbaban la paz y la gloria del cielo de Indra; ahora han caido á los disparos de tus nudosas y certeras flechas; ántes sucumbieron entre las garras del Leon-hombre (1).

REY. Pero en estos hechos sólo debemos alabar el poder ilimitado de Indra; que si los siervos llevan á buen término heróicas hazañas, debido es al poder y virtud de sus señores. Aurora no sería la primera en disipar las tinieblas de la noche, si el refulgente Surya no la hubiese puesto por auriga de su carro.

MATALI. Algo hay de verdad en eso. (Acercándose.) ¡Príncipe valeroso! Has de saber que el esplendor de tu gloria y la fama de tu nombre penetran hasta la bóveda del cielo. Los dioses refieren tus hazañas en cantos divinos y las pintan con preciosos colores, lindos como los que usan en sus tocados bellezas celestiales.

REY. Mâtali, impaciente por entrar en combate con los Asuras, no puse atencion al camino que conduce á la morada de Indra cuando subíamos al Olimpo; ¿en qué senda de los vientos nos encontramos ahora?

MATALI. Esta vía que hizo libre de tinieblas el segundo paso de Vishnu (2), se llama «camino del

---

(1) *Leon-hombre*, la cuarta encarnacion de Vishnu, que en esta forma bajó á la tierra á destruir al gran gigante Hiranyakacipu.

(2) El gigante Mahâbali había alcanzado por la virtud del Tapas una influencia y un poder extraordinarios, de que los dioses, como en muchos otros casos análogos, se mostraban celosos. Estaba en una ocasion ocupado en celebrar un gran sacrificio, con el que pretendía dar al traste con todo el poder de los dioses, y se le presentó Vishnu en figura de enano, pidiéndole el dominio sobre la pequeña porcion de tierra que pudiese medir con tres pasos. No vió el gigante inconveniente en conce-

viento Parivaha;» el mismo que impele las aguas del triple rio que recorre las regiones de los aires; que hace girar las estrellas y reparte sus lúcidos rayos por el orbe.

Rey. En verdad, ahora se van sosegando todos los órganos de mi cuerpo. (Mirando las ruedas del carro.) Es porque ya hemos descendido á la region de las nubes.

Matali. ¿Cómo conoces eso?

Rey. Las finísimas gotas de agua que salpican las ruedas de la carroza; las aves C'atakas que vuelan entre sus radios; el brillo deslumbrador de los relámpagos que corona la crin de los corceles, son indicios seguros de que hacemos la ruta sobre nubes hinchadas de agua.

Matali. Es verdad; muy pronto pisará el Rey el suelo de su reino amado.

Rey. (Mirando á la tierra.) La rapidez de nuestro descenso da un aspecto admirable al mundo de los hombres. La tierra parece hundirse entre las montañas que destacan sus elevadas crestas; los árboles no visten su manto ordinario de hojas y flores, dejando ver su tronco descarnado; los rios se abultan y se multiplica el volúmen de sus aguas; la tierra viene hácia nosotros como traida por una fuerza sobrehumana.

Matali. Bien has hablado. Mira, ¡qué hermosa es la tierra bienhechora!

Rey. Mâtali, ¿qué monte es aquel cuyos cimientos se bañan en el Océano, semejante á un muro de gruesas nubes en el crepúsculo vespertino, del que baja un torrente de plata?

---

derle tan modesta demanda, y obtenida, se extiende Vishnu tomando proporciones tan fabulosas, que con los tres pasos midió el espacio de los tres mundos: con el primero la tierra; la region del aire con el segundo, y con el tercero el cielo. La region del aire quedó entónces libre de tinieblas. Sobre Vishnu, véase *Vikramorvaçi*, páginas 126-128.

MATALI. El de los siervos de Kuvêra (1), llamado Hematuka; es el lugar donde se practica el más perfecto y acabado Tapas. Prachapati, hijo de Marîc'i, que á su vez lo fué de *Brahma* (2), maes-

(1) *Kuvera*, el dios de la riqueza.

(2) El padre creador ó generador de los séres en la teología india es *Brahma*; la palabra más importante de la mitología y filosofía sanskrita, y como el círculo alrededor del cual se mueve toda la vida espiritual del indio y término de sus especulaciones y de sus esperanzas. Desde muy antiguo designó la idea de la causa primordial de la existencia de lo absoluto. Pero la significacion primitiva de la palabra fué más material y práctica.

En un diccionario titulado *Nighantavas*, que data del siglo V ántes de Jesucristo, por lo ménos, viene la voz con la significacion de *comida* y *riqueza*. Posteriormente ocurre con la misma significacion y con otras varias de que se fué desarrollando el concepto del sér absoluto: 1.° Una produccion de canto destinada á los cantores del sacrificio Sôma. 2.° Amuleto, sentencia mágica. 3.° Ceremonia religiosa. 4.° Canto y sacrificio á la vez. 5.° Recitacion de los versos del Rigveda. 6.° Grande, sublime.

La significacion primitiva de *Brahma* ó *Brahman* no fué por lo tanto un concepto abstracto, mucho ménos *devocion*, como algunos orientalistas pretenden; las abstracciones son poco ménos que desconocidas en los himnos del Rigveda, donde la palabra ocurre con más frecuencia. El indio no necesitaba dirigir á los dioses sus plegarias con *devocion*, porque toda oracion suya tenía virtud esencial, innata para mover y áun *obligar* al sér divino á conceder lo pedido en la plegaria. (Cp., *El estudio de la filología*, del autor, página 195 y siguientes.)

Brahma significó luego *ciencia sagrada* y «fuerza concentrativa de la voluntad y del pensamiento á un objeto sublime, generalmente á la divinidad.» De estas dos acepciones nació la de *ciencia triple* y *eterna*, contenida en los tres Vedas principales,—Rig—Yachur—Sâma—Veda. *Brahma* se llamó tambien el manojito de hierba Kusa, usado por los Brahmanes en las ceremonias, próximamente como los Parsis lo hacen con el Barson en las de su culto (consúltese la obra del autor *Los pueblos iranios y Zoroastro*, páginas 107 á 128); su nombre verdadero es *Veda*, y representa en ambos rituales el conocimiento, la prosperidad, el

tro de los dioses, vive allí con su esposa, entregado á la práctica de perfectísimo Tapas.

REY. No está bien pasar de largo cuando tan cerca se tiene la fortuna. Voy á ofrecer mis servicios y respetos á los venerandos maestros de los dioses.

MATALI. ¡Magnífica idea! (Baja un poco más la carroza.)

REY. ¿Qué veo? El roce de las ruedas no produce ruido ni levanta polvo del suelo, aunque hemos bajado á tierra.

MATALI. Eso te da á conocer la distancia que hay entre un Rey de la tierra y el poderoso Indra.

REY. ¿Hácia qué punto está situada la Laura del hijo de Maric'i?

MATALI. (Señalando con la mano.) Mira, un poco más allá de esa arboleda está el sabio, firme, inmóvil, como el tronco de un árbol, vuelto hácia el sol su venerable rostro, los ojos siempre fijos en el suelo, sumergido hasta medio cuerpo en un monton de tierra, que tambien sirve de guarida á innumerables y dañinos insectos, cubierto el otro medio de piel de culebra; con el cuello cerrado de Lianas, que de todos lados le vejan y molestan; una inmensa trenza de pelo

---

buen éxito. *Brahma* significa, pues, *canto sagrado*, ceremonia, sacrificio. Tomada la palabra en esta acepcion, se desarrolló naturalmente la significacion más importante y profunda que despues recibió de los filósofos indios. Porque siendo el sacrificio, en concepto de los mismos, el medio principal para obtener satisfaccion de todos los deseos, necesidades y aspiraciones, como toda clase de bienes terrestres y espirituales, y no teniendo aquel por otra parte, virtud sin el *Brahma*, vino á ser este último concepto el principio de todo sér, fundamento y base de toda existencia, y por lo tanto independiente de todas las cosas y anterior á todos los séres (M. Haug, *Ueber die ur prüngliche Bedeutung des Wortes Brahma*, 1868 (folleto).—G. W. Cox, *Mythology of the Aryan nations*, II vol., 1870.—Muyr, *The principal Deities of Rigveda*).

le baja en mechones por la espalda y sirve de nido á las aves de los aires.

Rey. Rindamos veneracion al invencible penitente.

Matali. (Ata las bridas á la carroza.) Rey poderoso, hemos llegado al retiro de Prachapati; aquí crecen los árboles Mandâras que cuida Aditi (1).

Rey. Esta mansion es más preciosa y apreciable que el cielo de Indra; el corazon se encuentra en ella como bañado en un lago de ambrosía.

Matali. Baje el Rey augusto.

Rey. (Lo hace.) Y tú, ¿qué piensas hacer?

Matali. Bajar tambien á tierra. (Hace lo dicho.) Mira, en ese bosque está la silenciosa Laura de los santos Rishis.

Rey. Mirando estoy asombrado. Los moradores de esta selva deben alimentar su alma del más puro de los elementos; hacen las abluciones sagradas con agua y polvo de dorado Lotos; se entregan á la contemplacion sobre piedras salpicadas de joyas; guardan continencia viviendo entre mujeres divinas; practican en perfectísimo grado el Tapas con que los sabios obtienen los más altos honores.

Matali. Las aspiraciones de los grandes corazones no encuentran límites. (Anda unos pasos.) ¡Eh, Vridhaçâkalya! ¿qué está haciendo el santo Mâric'a? ¡Eh! ¿no contestas? Ya lo sé. Consultado por Dâkshani sobre los deberes de una mujer fiel á su esposo, está instruyendo en la materia á todas sus mujeres.

Rey. Para emprender una obra importante se deben aprovechar las ocasiones propicias.

Matali. Toma asiento en este tronco de Açoka;

---

(1) *Aditi*, hija de Daksha y esposa de Mâric'a, con otras doce hermanas suyas; Aditi era la mayor. (Cp. Wilson, *Vishnupurana*, p. 30.)

yo entre tanto me adelantaré á pedir audiencia para presentarte al maestro de los dioses.

REY. Haz como te parezca. (Se sienta.)

MATALI. Espérame. (Sale.)

REY. (Ejecuta ciertos movimientos.) Este brazo me pica como si algun deseo se me hubiese de lograr pronto. ¡Vana esperanza! La dicha que mi corazon ha despreciado se ha convertido en desgracia. (Detrás del escenario una)

VOZ. Niño, no hagas locuras; ¿qué es eso? ¿Vuelves á recobrar tu carácter indómito y fiero?

REY. (Escucha con atencion.) ¡Cosa extraña! No es esta mansion de corazones orgullosos. Y sin embargo, algun niño inquieto y altanero corre cerca de aquí. (Mirando hácia el lado de donde partió la voz.) ¡Hola! ¿Quién será este niño de noble y varonil aspecto? Dos doncellas le siguen y guardan con cuidado. ¡Qué portento! Viene arrastrando con violencia á un cachorrito de leon que no ha mamado el tiempo necesario el pecho de su madre; los halagos y juegos infantiles del niño han puesto en desórden las melenas de la pequeña fiera. (Entra el niño en la ocupacion indicada y detrás las doncellas.)

NIÑO. Abre la boca, voy á contar tus dientes, cachorillo.

DONCELLA 1.ª ¡Cruel! ¿Por qué molestas á los animales, que son semejantes á nuestros hijos? Veo que tu carácter indómito va siendo cada dia más fiero. Con razon los sabios Rishis te pusieron el nombre de *Sarvadamana* (1).

REY. ¡Eternos dioses! ¿Qué siento? En mi corazon se despierta un impulso de amor hácia este niño, fuerte como el cariño de un padre. ¡Mísero de mí, fué una ilusion! La falta de hijos me ha hecho tan sensible al cariño de los extraños.

---

(1) Significa «el que todo lo vence».

DONCELLA. De seguro que la leona te va á coger entre sus garras si no sueltas á su hijito.

NIÑO. (Sonriendo.) ¡Huy! ¡Tengo un miedo terrible!

REY. En este niño se oculta, seguramente, el gérmen de una fuerza invencible. Firme está delante de la fiera como fuego chispeante que espera nuevo combustible.

DONCELLA 1.ª Niño, deja en libertad á este príncipe de los animales, y yo te daré otro juguete.

NIÑO. ¿Dónde está? Dámele. (Alargando la mano.)

REY. En todo su porte lleva las señales que distinguen á los grandes héroes de la tierra. Esa linda mano extendida hácia el objeto que su corazon desea, es semejante al hermoso capullo de flor Lotos, de tupidas hojas y color rosado, abriéndose al influjo de los primeros rayos de la aurora.

DONCELLA 2.ª Suvrata, ya ves que desprecia nuestras palabras. Anda, busca en mi tienda el pavo real del niño Mârkandeya, hecho de barro pintado y tráele para éste.

DONCELLA 1.ª Voy al punto.

NIÑO. Pero yo no quiero jugar más que con éste. (Mira á la doncella y se rie.)

REY. El impulso que me arrastra hácia este niño se hace por momentos más fuerte. Afortunados son los que tienen la dicha de llevar en los brazos á sus hijos, cuyos dientes, como botoncitos de flor, apénas son visibles; que rien sin cesar con infinita gracia y pronuncian palabras que, sin ser comprendidas, producen encanto.

DONCELLA 2.ª Está bien; no haces caso de mis palabras: llamaré á uno de los mozos de la casa. (Viendo al Rey se dirige á él.) ¡Gracioso señor! Ven y libra á este pobre cachorrito de leon de las manos duras y crueles de este niño, que le atormenta con sus juegos infantiles.

REY. (Acercándose.) ¡Eh! Si eres hijo de un sabio

¿por qué obras de esta manera contra los sentimientos de tu padre que se complace en proteger á todo sér viviente? ¿No sabes que quebrantas las reglas de la vida solitaria haciendo como el engendro de la serpiente negra con la planta del sándalo?

DONCELLA 2.ª Amable señor, este niño no es hijo de un sabio ni de anacoreta.

REY. Su porte, como sus actos, son claras señales de la nobleza de su orígen. (Hace lo que le pidió la doncella, y al tocar al niño exclama) ¡Cosa extraña! Un ligero contacto con el cuerpo de este niño, que me es desconocido, produce en el mio delicia suma y la conmocion más agradable: ¡cuánto placer y cuánta dicha sentirá el corazon del que fué autor de sus dias!

DONCELLA 2.ª Una cosa me admira y me sorprende.

REY. ¿Cuál es, jóven amable?

DONCELLA 2.ª La semejanza que observo en el rostro de este niño con el tuyo: y sobre todo, me extraña, el que, sin conocerte, se muestre contigo tan afable.

REY. (Acariciando al niño.) Dices que no es hijo de un sabio: ¿cuál es, pues, el nombre de su familia?

DONCELLA 2.ª Paurava.

REY. (Aparte.) ¡Extraño suceso! ¿Es quizá precioso vástago de mi familia? Ahora lo comprendo; por eso es natural que haya encontrado en su rostro alguna semejanza con el mio. Este niño es la última esperanza de la familia de los Pâuravas: de los héroes ilustres que establecen primero su morada en mansiones preciosas donde los placeres abundan y los hombres bullen, para regir desde allí los destinos de la tierra, y despues fijan sus tiendas en bosques silenciosos donde cumplen sus votos de abnegacion y penitencia (Alto.) Pero dime, ¿cómo se ha esco-

gido este retiro por morada de hombres tan ilustres?

DONCELLA. No ha sido por eleccion voluntaria. Su madre dió á luz en la morada del maestro de los dioses por haberlo dispuesto así la madre de ésta, que es una de las Apsaras más celebradas del Olimpo.

REY. (Aparte.) ¿Será posible? Un rayo de dulcísima esperanza se enciende de nuevo en mi corazon. (Alto.) ¿Cómo se llama el sabio afortunado que comparte con esa dama su vida y sus amores?

DONCELLA 2.ª No me atrevo á pronunciaros el nombre de un infiel que abandona á su legítima esposa.

REY. (Aparte.) ¿Seré yo el aludido en estas palabras? ¡Vana ilusion! ¿Pregunté acaso por el nombre de la madre de este niño? No está bien que yo me ocupe de la mujer de otro. (Entra con el pavo real de barro en la mano la)

DONCELLA 1.ª Sarvadamana, mira qué lindo es este *Çakunta* (1).

NIÑO. (Mirando con interes.) ¿Dónde está mi madre?

DONCELLA 2.ª El cariño que tiene á su madre y la semejanza de los nombres le han hecho pensar en ella. Niño, te ha dicho que mires el bonito pavo real de barro que trae para tí.

REY. (Aparte.) ¿Estoy soñando? ¿Será Sakúntalâ el nombre de su madre? ¡Ilusion! ¡Hay tantos nombres semejantes!... Pero mi corazon cobra nueva esperanza... Ese nombre ha producido en mi ánimo sediento la inquietud y la ansiedad que siente el viajero al ver en lontananza las falaces aguas del desierto!

NIÑO. Este pavo real me gusta mucho. (Toma el juguete.)

---

(1) Çakunta, nombre sanskrito del pavo real.

DONCELLA 1.ª (Le examina y se aturde.) ¡Oh dolor! Se ha perdido el castillete que protegía la articulacion de la pata del pavito.

REY. No te asustes. El cachorrito de leon ha chocado con él y se ha caido al suelo. Aquí está. (Levanta del suelo la pieza.)

DONCELLA 1.ª ¡No le toques!... ¿Cómo? ¿Le toma en sus manos sin sufrir daño alguno? (Se miran asombradas.)

REY. ¿Por qué te opones á que levante el juguete?

DONCELLA. Escucha, gran Rey: el santo Màric'a dió al niño esta pieza hecha de la planta Apârachita, en la festividad de Châtakarma (1). Pero dijo que, si cayese á tierra, nádie sino sus padres ó él mismo podrían levantarla.

REY. ¿Y qué pasaría si álguien quebrantaba este mandato?

DONCELLA 1.ª Se convierte la pieza en serpiente y muerde al atrevido.

REY. ¿Habeis presenciado vosotras alguna vez ese cambio?

DONCELLA 1.ª Muchas veces.

REY. (Aparte. Con alegría.) ¿Qué más espero? ¿No están ya plenamente cumplidos mis deseos? (Abraza al niño.)

DONCELLA 2.ª Suvrata, ven, vamos á contar este suceso á la hermosa Sakúntalâ, que estará ocupada en prácticas piadosas. (Salen apresuradamente.)

NIÑO. Déjame, yo tambien quiero ir á donde está mi madre.

REY. Hijo mio, espera y saludarás conmigo á la madre querida.

NIÑO. Mi padre es Dushyanta, no tú.

---

(1) Es una ceremonia que se practica con los niños al cortarles la cuerda umbilical, que consiste en tocar su lengua con cierta sustancia, diciendo varias oraciones. Cp. Wilson, diccionario.

Rey. ¡Oh, placer! Esta misma negativa del niño acaba de fortalecer mi esperanza. (Entra Sakúntalâ con el pelo en una trenza, en señal de dolor.)

Sakúnt. (Aparte.) Si el amuleto de Sarvadamana ha permanecido en su estado ordinario, debiendo haberse trasformado, como dicen, se apagará en mi pecho el último rayo de esperanza; ya no se aplacarán mis crueles destinos... Con todo, Sanumati me ha dicho que este suceso pondrá tal vez fin á mis desgracias...

Rey. (Viendo à Sakúntalâ.) ¡Oh, qué ventura! Es Sakúntalâ, mi amada. Traje de dolor cubre su perfectísimo talle. Los pesares han abatido su lindo y gracioso rostro: en señal de duelo lleva puestos sus bellísimos cabellos en una sola trenza. ¡Oh, destino cruel! así habrá esperado en perfectísima vida el término de nuestra separacion, á que por mis extravíos fuimos condenados.

Sakúnt. (Mirando con atencion al Rey, que se presenta desfigurado por los pesares.) ¡Oh, ilusion! No es mi esposo.—Pero... sí, él es, ¿quién sino se atrevería á manchar con su contacto á mi hijo, que ha recibido hoy mismo el amuleto de la fortuna.

Niño. (Ve á su madre y corre hácia ella.) ¡Madre mia! ¿Quién es este hombre que me llama hijo y me abraza?

Rey. Bella mia, si ántes fuí cruel contigo, hoy ha llegado el término feliz de nuestra desventura. El velo que en aquel dia aciago te ocultó á mis ojos, se ha rasgado.

Sakúnt. (Aparte.) ¡Corazon mio! Ten valor y confianza. El cruel destino, compadecido al fin de tus infinitas desgracias, se vuelve amigo y te presenta al amado esposo.

Rey. Amada mia, dias de ventura nos ofrece la fortuna. Al verte graciosa y amable como en otro tiempo, se disipan las negras tinieblas que

me tenían velada la memoria, y á los resplandores de esta nueva luz se une para siempre Rohinî con la hermosa luna.

SAKUNT. (A media voz.) Que los dioses ensalcen tu glorioso nombre. (Llora.)

REY. Esposa amada, no es hoy dia de llanto; levanta del suelo tus lindos ojos y alégrate, que hoy he añadido á mis timbres de gloria otro más sublime, al tener la dicha incomparable de hablarte y de ver tu hermoso rostro.

NIÑO. Madre mia, ¿quién es este guerrero?

SAKÚNT. Ya te lo dirán tus destinos.

REY. (Se echa á los piés de Sakúntalá.) Bella mia, cese ya el dolor que en tu alma produjeron mis desdenes. La turbacion de mi ánimo fué causa de tanta desventura; que así ofusca el destino con negras tinieblas á los que más ha encumbrado la fortuna, á la manera que el ciego arroja de su cabeza la corona de flores creyendo que le oprime una serpiente.

SAKÚNT. Levántate, esposo mio. Tal vez cometí yo alguna falta que en aquellos dias me hizo adversa la fortuna y mereci por ella que el esposo, que ántes siempre fue conmigo atento y generoso, se mostrase insensible á mis razones. (Se levanta el Rey.) Ahora dime, ¿cómo ha vuelto á tu memoria el recuerdo y á tu corazon el amor de esta desgraciada?

REY. Todo te lo contaré en cuanto arranques de mi corazon la flecha del dolor. Deja que limpie de tu hermoso rostro esas lágrimas que ántes, en la turbacion de mi mente, he despreciado, más preciosas que perlas, y arrancarás de mi corazon la tristeza y de mi alma el arrepentimiento. (Lo hace.)

SAKÚNT. Esposo amado, ese anillo que llevas es la joya misteriosa de que te hablé en aquel terrible dia.

Rey. Y por él precisamente empecé á recobrar la memoria de lo pasado.

Sakunt. No estuvo bien que se ocultase en el momento en que era más necesaria su presencia.

Rey. Ahora toma tú, hermosísima Liana, esta flor como prenda de tu union perpetua con la primavera de la dicha. (La entrega el anillo.)

Sakunt. No confio más en su virtud engañadora, guárdalo tú. (Entra.)

Matali. ¡Dichosos sean los amantes! El Rey valeroso ha tenido la fortuna de hallar á la perdida esposa y de ver el rostro de su hijo.

Rey. Felicidad incomparable ha coronado en un momento los deseos de mi alma. Mâtali, ¿tendrá el gran Indra noticia de este suceso?

Matali. (Sonriendo.) Nada hay oculto para el príncipe de los dioses inmortales. Ven, afortunado príncipe; el venerable Mâric'a te espera.

Rey. Sakúntalâ, toma al niño; quiero que tú tambien saludes al gran Rishi.

Sakúnt. Tengo vergüenza de presentarme con el amado al maestro.

Rey. En momentos extraordinarios es preciso obrar segun las costumbres recibidas. Ven, no tengas reparo. (Al tiempo de salir entra Mâric'a con Aditi, llevados en una silla.

Maric'a. Dâkshâyani, este es el príncipe Dushyanta, el más valeroso en los combates de Indra, tu hijo invencible, que rige y gobierna el mundo con notable acierto. Terminadas felizmente sus hazañas, lleva puesto por adorno de su arco una punta del rayo de Indra.

Aditi. Su noble porte demuestra bien su gloria y el poder de su brazo.

Matali. Príncipe augusto, los padres de los dioses inmortales te aman como á hijo muy querido; ven, pues, y acércate á los reyes del Olimpo.

Rey. Con profundo respeto me acercaré á los sagrados esposos, hijos de Daksha y de Maric'i; que los sabios llaman fundamento de la luz en sus doce formas diferentes; que engendraron y dieron sér al Señor de los tres mundos y príncipe de los dioses inmortales, que descienden de Brahma, y por cuyo medio, Vishnu, él Supremo de los séres, vino al mundo de los hombres.

Matali. Rectamente has hablado.

Rey. (Se postra á sus piés.) A vuestros piés cae postrado Dushyanta, el siervo de Indra.

Maric'a. Hijo mio, vive largos años y sé protector de los débiles mortales.

Aditi. Sé invencible en todas tus empresas.

Sakunt. Os saludo en mi nombre y en el de mi amado hijo.

Maric'a. Hija mia, tu esposo es semejante á Indra y tu hijo es fiel modelo de Chayanta; no hay para tí bendicion más gloriosa que ésta, sé tú semejante á Paulomî (1).

Aditi. Honrada seas siempre por tu esposo; que tu hijo viva largos años y sea la gloria de tu casa. Tomad asiento. (Todos se sientan á los lados de Prachapati ó Maric'a.

Maric'a. Un suceso próspero tiene lugar en estos momentos. La virtuosa Sakúntalâ, este gracioso niño y el príncipe ilustre; fe, riqueza y ley; esta trinidad formará desde hoy un solo cuerpo.

Rey. Nobilísimo señor, aunque ántes he recibido de tí señalados favores, no los he conocido hasta este dia; tu benevolencia conmigo no tiene límites. Porque á la manera que en la naturaleza causas y efectos se suceden, aparece primero la flor y luego el fruto; las nubes son

---

(1) Esposa de Indra.

precursoras de las aguas, así á tus favores precede la bendicion.

MATALI. Así reparten sus gracias los dioses creadores.

REY. Señor, aunque al rechazar á la esposa amada obré bajo la influencia de ineludibles destinos, tal vez ofendí con mi conducta á Kanva, vástago de vuestra nobilísima familia. Lo que despues ha pasado me parece cada vez más admirable. Como aquel que teniendo ante sus ojos un elefante, niega su existencia, y cree en ella á la simple vista de sus huellas, tal me encontré yo, turbado el ánimo y perdida la memoria.

MARIC'A. Hijo mio, no tengas temor por lo malo que hayas hecho. No eres tú culpable de esa turbacion de las potencias. Escucha.

REY. Estoy atento.

MARIC'A. Cuando Menakâ se presentó á Dakshayani con Sakúntalâ, despues de su descendimiento al lago de las Apsaras, tuve noticia, por virtud sobrehumana, de que la turbacion de tu mente era consecuencia de la maldion de Durvâsas. Y no fué otra la causa. Supe tambien que este anillo pondría término á vuestra desgracia.

REY. Grande es mi placer al saber que estoy libre de culpa en este asunto.

SAKÚNT. (Aparte.) ¡Soy dichosa! El esposo no me repudió por voluntad propia; fuera, pues, con los tristes recuerdos del pasado. ¿Pero qué digo? Yo misma atraje sobre mí esta maldicion insana. La ausencia del amado produjo en mi corazon tal vacío, que no supe siquiera conservar el anillo y presentarle al amado, segun me tenían advertido mis amigas.

MARIC'A. Hija mia, ahora que ves logrados tus deseos, haz de modo que no merezcas sino el cariño de tu esposo, en cuyo corazon y espíritu

dominas como señora absoluta. En un espejo cubierto de manchas no penetra la imágen; pero si la superficie está clara y tersa, fácilmente la recibe.

Rey. Señor: ¿y qué decís de este niño, que es la gloria y la esperanza de mi casa ilustre? (Le presenta á Maric'a.)

Maric'a. Te anuncio que será un gran Rey y sujetará la tierra. Tu hijo no tendrá igual entre los héroes del orbe. Traspasará veloz los dilatados mares, y se hará obedecer en la tierra de siete islas. Entónces, su nombre que, por la fuerza irresistible con que sujeta las fieras es *Sarvadamana*, será cambiado en el de *Bharata*, porque será conservador del mundo.

Rey. Sé que habeis practicado con él las sagradas ceremonias de la infancia, y tengo segura esperanza en el cumplimiento de vuestras promesas.

Aditi. Conviene participar á Kanva que sus deseos, respecto á Sakúntalâ, se han cumplido. Y á Menakâ, que ama á su hija con delicada ternura, la debemos tambien este servicio.

Sakunt. (Aparte.) La venerable señora ha interpretado mis sentimientos.

Maric'a. Por la virtud del Tapas puede Kanva tener noticia de estos hechos.

Rey. El noble solitario no tendrá ya motivos de resentimiento contra mí.

Maric'a. Con todo, es conveniente que le enviemos un mensaje sobre este feliz desenlace de los acontecimientos. Venga, pues, un ayudante. (Entra un)

Discípulo. Señor, aquí estoy.

Maric'a. Châlava, marcha al instante por los aires y anuncia á Kanva este mensaje: «libre de la maldicion del Rhisi ha reconocido Dushyanta á Sakúntalâ por esposa muy amada,

que además tiene la dicha de ser madre de un hijo ilustre.»

DISCÍPULO. Sereis al punto obedecido. (Sale.)

MARIC'A. Hijo mio; entre tanto, sube con tu esposa é hijo á la carroza de Indra y partid juntos para vuestra corte.

REY. Prontos estamos á obedecer vuestras órdenes.

MARIC'A. Escucha mi bendicion: que Indra envie lluvias copiosas sobre tu reino y bendiga el trabajo de tus vasallos: tú, ofrece ricos presentes á los dioses y recibirás dones sin medida. Vivid en paz y ventura cien ciclos, y haced obras dignas de ser alabadas por las generaciones venideras.

REY. Con ánimo esforzado entraré por la senda de la virtud.

MARIC'A. Si alguna cosa más deseas de mí, habla y serás complacido.

REY. Nada más glorioso puede ambicionar mi corazon que lo que habeis anunciado. Mi último y principal deseo es que se cumpla esta ley del gran Bharata: atienda el soberano á hacer la dicha de todos sus vasallos; Sarasvati (1) ocupe el primer puesto entre las ciencias que se cultivan en su reino: si así lo hiciere, el dios increado y clemente hará tambien gloriosa y elevada su segunda vida. (Salen todos.)

---

(1) La esposa de Brahma, diosa de la elocuencia y protectora de las artes y de las ciencias.

FIN DEL ACTO SÉTIMO Y DEL DRAMA.

INDICE.

	PÁGINAS.
Introduccion	5
Prólogo	13
Acto primero	17
Idem segundo	37
Idem tercero	51
Idem cuarto	67
Idem quinto	83
Idem sexto	99
Idem sétimo	123

ienen la bandera de la cultura humana en nuestra pátria que-
ida se mantienen indiferentes á nuestra publicacion, negándola
lirecta ó indirectamente el apoyo incondicionado que su impor-
ancia y magnitud requieren. Estudiar las creencias, hábitos y cos-
umbres de los pueblos que nos han precedido en el gran palenque
le la vida y su manera de pensar y obrar en todas las esferas y en
odos los momentos del desenvolvimiento sucesivo de la razon y de
a inteligencia, es la ocupacion más noble de los hombres pensado-
es. No es otra cosa lo que nos proponemos con los **Estudios**
que en el presente prospecto anunciamos á los amantes y favore-
cedores de las letras.

En vista de las consideraciones que anteceden, nos atrevemos
esperar de unos y otros respuesta favorable al llamamiento que
oy hacemos á todos los que buscan los adelantos del saber huma-
no y el honor de nuestra historia literaria.

El procedimiento que nos proponemos seguir en el desarro-
lo y ejecucion de empresa tan atrevida como interesante, está
laramente indicado en el trabajo que hoy ofrecemos á los aman-
es y favorecedores de las investigaciones científicas y literarias.
Sabemos que algunos han de calificar de aventurado é irrealizable
uestro pensamiento. A los que así juzguen nuestros propósitos
es diremos únicamente que nuestro primer trabajo filológico, *El
studio de la filología*, duramente criticado por algunos literatos
spañoles, ha merecido de doctísimos orientalistas extranjeros los
nayores elogios que de una obra literaria pueden hacerse, ponién-
dole al nivel de las mejores publicaciones modernas de su clase (1).

Algunos artículos de los que forman la primera obra (2) de
uestros **Estudios**, han sido juzgados en sentido muy favo-
able y altamente lisonjero para el autor por doctísimos orientalistas
lemanes, considerándoles como la exposicion más completa, cla-
a y metódica hecha hasta nuestros dias de las diversas materias
que cada uno trata. De los artículos V al X dice un crítico orienta-
ista aleman, que son más *ricos en contenido* que otros análogos
ecientemente publicados por el orientalista americano *Whitney* (3).
Tal es el trabajo que hoy ofrecemos á nuestros favorecedores como
arantía de la verdad de nuestros ofrecimientos y rectitud de
uestras intenciones al emprender una obra dificilísima, que ha de
er fruto de grandes sacrificios, penalidades y trabajos de todo
énero.

De los **Estudios** verá la luz pública un tomo al año.

Cada volúmen formará una obra independiente de los demás,
n forma y contenido. Su precio será de **siete** á **diez** *pesetas*,
egun la extension é importancia de la obra.

---

(1) Consúltese *Allgemeine Zeitung*, de Augsburgo, 30 de Marzo
e 1873, suplemento: y *La Epoca*, 20 de Junio de 1873; *Gaceta Popu-
ar*, 28 de Junio de 1873; *Eco de la Patria*, 20 de Julio de 1873; *La Re-
onquista*, 3 de Noviembre de 1873, y *La Independencia Española*, 28
e Agosto de id., etc.

(2) *Los pueblos iranios y Zoroastro*, 1 vol. 4.º m. de 320 páginas, 1874.
u precio *siete pesetas*.

(3) En un extenso y notable juicio crítico de nuestros artículos citados
del escrito de Whitney *The Avesta*, publicado en el *Allgemeine Zeitung*
e Augsburgo, dia 20 de Febrero de 1874 (Suplemento). Su autor no conoció los otros seis ni toda la Introduccion.

Simultáneamente aparece una **Biblioteca sanskrita** compuesta de las principales obras de autores clásicos *indios*, en version española, hecha por el autor de los **Estudios**, de la que verá la luz pública *un* tomito al año: su precio será **tres** *pesetas* próximamente.

Los señores que quieran ser *suscritores* á los **Estudios** se servirán manifestarlo *por escrito* al autor, *Campomanes, 11, entre suelo*, **Academia de lenguas**, *Madrid*, y recibirán un tomito de la **Biblioteca sanskrita** por *mitad* de precio, ó *grátis* si tomasen todas las obras del autor. Los pedidos irán acompañados de su importe en letras de giro. Las suscriciones pueden hacerse tambien en las librerías de Lopez, Cármen, 13; Tejado Arenal, 20; Durán, Carrera de San Jerónimo, 2, Madrid; y en las de Guevara, Granada, y D. Francisco Moya, Málaga.

Tenemos en prensa de los **Estudios**, un *Ensayo crítico de filología comparada*, que verá la luz pública á fines de año; seguirán después otros volúmenes sobre *Geografía, etnografía é historia de los pueblos Iranios;* los *Vedas*; *Sistemas filosóficos indios*; su *Poemas épicos*, y otras producciones de su rica literatura.

De la **Biblioteca sanskrita** tenemos en preparacion los lindísimos poemas de *Kâlidâsa*, *Meghadûta* y *Ritusanhâra*, y seguirán dos dramas del gran poeta *Bhavabhûti*.

La lista de señores suscritores se publicará en alguno de los inmediatos tomitos de la **Biblioteca sanskrita.**

Los señores suscritores ó libreros que, reuniendo *diez* ó *más* suscriciones, verifiquen el cobro y remision de su importe al autor *Campomanes, 11, Madrid*, recibirán un ejemplar grátis, y la comision.

Los suscritores á los **Estudios** lo serán tambien á la **Biblioteca sanskrita**, si no se advierte lo contrario, recibiendo de ésta un tomito al año por la mitad de precio, y el de los **Estudios** por su precio completo, pero franco de porte. Sólo tendrán derecho á estas ventajas los que hagan la suscricion á todo lo publicado, y que se vaya publicando, de los **Estudios** y de la **Biblioteca.**

El autor remitirá oportunamente á los señores suscritores los pedidos que tengan hechos, ó pondrá en su conocimiento la aparicion de los volúmenes siguientes, segun convenga.

En consideracion á las difíciles circunstancias por que atraviesan casi todas las provincias, no se admitirán sellos de franqueo por el pago de suscriciones.

Si el público estudioso nos favorece, tratarémos además de poner á nuestros suscritores al corriente de todo lo que al ramo de los Estudios orientales y filológicos se refiere, dando al fin de cada volúmen de los **Estudios**, *apéndices* en que indicaremos los principales descubrimientos y trabajos hechos en filología, paleografía, inscripciones, etc.

Obras del autor. *El estudio de la filología en su relacion con el Sanskrit*, 1871, á **seis** *pesetas.*

Gramática árabe, método teórico-práctico, 1871, á **seis** *pesetas*

Vikramórvasi, drama de Kâlidâsa en cinco actos, 1874, **tres** *pesetas*; los dos dramas **cinco** *pesetas.*

Los pueblos Iranios y Zoroastro, un tomo en 4.° mayor, 1874, **siete** *pesetas.*